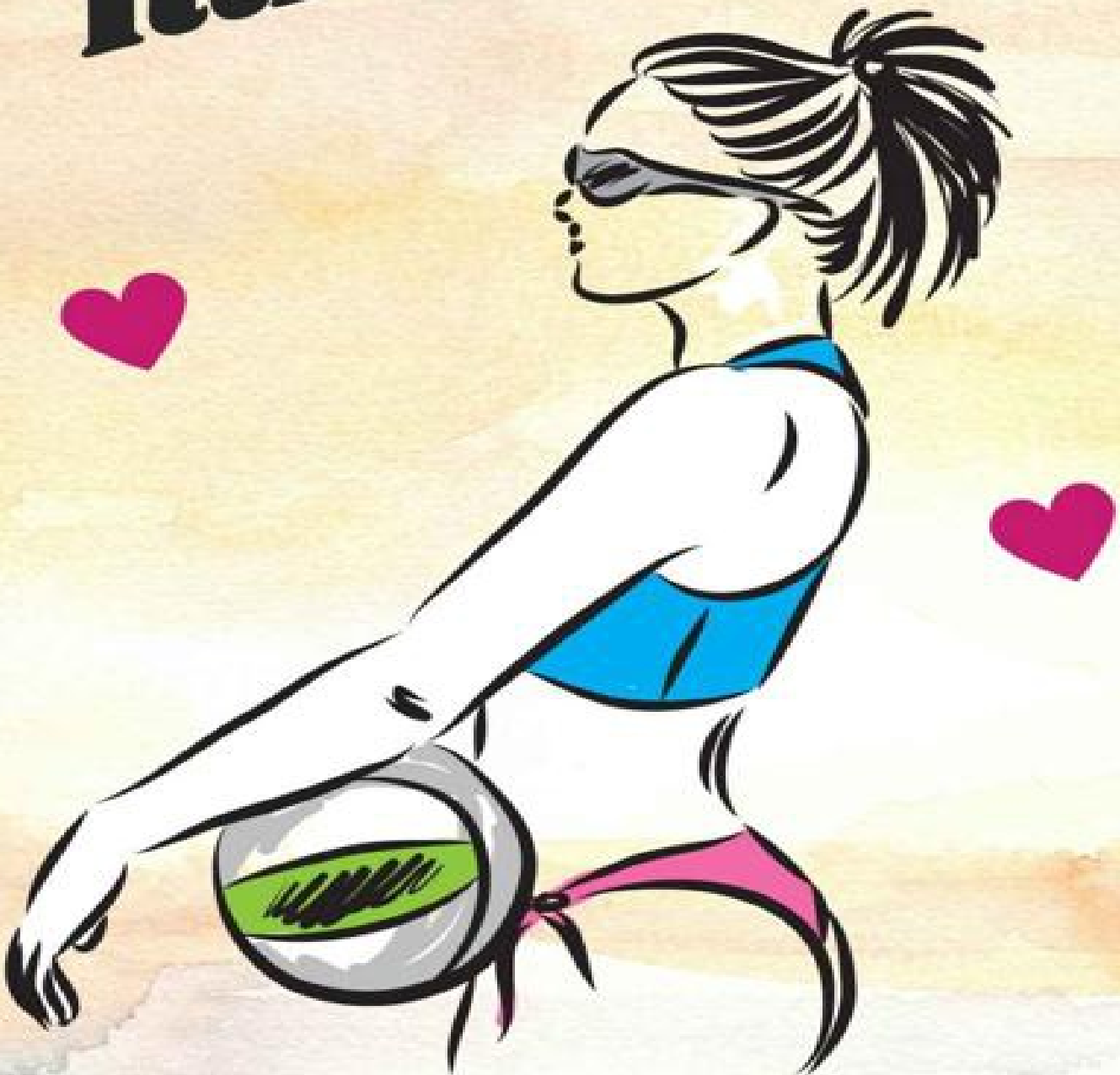
Sonia Bellido

Bajo la misma red



Bajo la misma red

Sonia Bellido Aguirre

Bajo la misma red
Sonia Bellido Aguirre

Copyright © 2023 por Sonia Bellido Aguirre
Todos los Derechos Reservados.
Registrado el 15/08/2023

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

La portada aparece a afectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con su autora, ni con ninguno de los protagonistas.

Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en soniabellido02@gmail.com

Twitter: @AguirreBellido

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Otros libros de la autora

Capítulo 1

El sol comienza a ocultarse cuando regreso a casa. Todo está en silencio. Tan solo se escucha el crujir del viejo suelo bajo mis pies. Se acerca la hora de cenar y mi padre sigue en el instituto. Seguramente, repasando estrategias y planes de juego.

Cocinar me relaja. Por algún motivo, siempre me pongo muy nerviosa antes de empezar el curso, pero ¿quién no lo estaría? Mañana comienza mi último año. Para bien o para mal, en cuanto me gradúe, este pequeño pueblo será historia. Para siempre.

Escucho la puerta justo cuando estoy a punto de añadir la pasta al agua hirviendo. Mi padre parece cansado, pero en sus ojos observo una pequeña chispa que no había esta mañana. La temporada será dura para él.

—Estoy preparando espagueti —anuncio.

Hace un gesto de victoria, puño en aire, y no puedo evitar sonreír. Años atrás, cuando teníamos un buen equipo, hacía ese gesto muy a menudo en los partidos. Últimamente, cada vez se lo veo menos.

Me gusta cenar con él. Creo que tenemos una buena relación. Solemos comentar muchas cosas, incluidos los últimos cotilleos del instituto. Aunque siempre evitamos hablar de por qué cenamos solos. Sin mamá.

—¿Qué tal ves la temporada? —pregunto, aclarándome la garganta.

—Creo que este año tenemos un buen equipo. Veo potencial.

—¿Potencial? —inquiero, alzando una ceja.

—Bueno, te tenemos a ti de capitana, ¿no? —apunta, encogiéndose de hombros.

—Sin presiones, ¿eh?

Mi padre sonríe, pero los dos sabemos lo duros que han sido los dos últimos años. Los resultados recientes no son ni la sombra de lo que un día fueron. El año pasado se habló de cambiar de entrenador, y mi padre lo pasó muy mal. Apenas dormía.

Tras la cena, subo a mi dormitorio y cojo un balón de vóley. Trazo con los dedos esas líneas que me resultan tan familiares. En el fondo, es un objeto sencillo; una esfera de cuero llena de aire. Para mí es mucho más. Es la llave de mis sueños, el billete a una vida más allá de Asteria Heights.

***

El estridente sonido del despertador me arranca de mis sueños justo cuando estaba besando a Tina. Abro con pereza los párpados, palpando la mesita de noche en un intento de apagar el molesto ruido. Los primeros rayos de sol se cuelan ya a través de la ventana.

Haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad, ruedo fuera de la cama y me dirijo con torpeza a mi armario. Los entrenamientos a primera hora deberían estar prohibidos por ley.

Jenna me espera frente a mi casa, apoyada en su Jeep rojo. Ha sido mi mejor amiga desde que llevábamos pañales. Si tuviese que confiar mi vida a una persona, sería a ella.

—¿Lista para arrasar esta temporada? —pregunta en cuanto nos metemos en el vestuario.

Pero antes de que pueda responder, se enzarza en un monólogo sobre la última cita con su novio. Trato de mostrar interés, aunque mi mirada se desvía instintivamente hacia Tina.

Se seca el pelo con una toalla. El equipo de baloncesto ha entrenado incluso antes que nosotras. Siento cómo me ruborizo cuando nuestras miradas se cruzan y, de pronto, la

taquilla que tengo al lado me parece de lo más interesante.

—Tierra llamando a Amelia —Jenna chasquea los dedos frente a mi cara —¿me estás escuchando?

—Estaba distraída.

—Sigues teniendo a Tina en el radar, ¿eh?

—Anoche soñé con ella —suspiro.

—¿Qué tal? ¿Llegasteis a … ya sabes?

—Dilo más alto, que todavía no se enteró nadie —protesto, tapándole la boca con la mano—. Lo último que necesito es que mis sueños se conviertan en el cotilleo del vestuario.

—Pero ¿lo hiciste en el sueño o no? —insiste mi amiga.

—Eres gilipollas, de verdad, Jenna.

—¿Te vas a decidir de una vez a decirle algo o vas a seguir mirándola de lejos?

—Seguiré mirando. Es hetero —le recuerdo.

—Eso no lo sabes. Leí en internet que el 50% de las chicas del último año de instituto se declaran bisexuales y …

—Eso no será en este pueblo —me quejo—. ¿El 50%?

—Vaya fiestón que te vas a dar en la universidad —bromea, pegándome un pequeño golpe en el hombro.

Estoy a punto de responder, pero una de las chicas del equipo nos hace una seña, indicando que llegaremos tarde a nuestro primer entrenamiento.

—¡Chicas! —brama el entrenador—. ¡Este es nuestro año! Tenemos el talento, el espíritu ganador, la experiencia. Esta temporada podemos conseguir cualquier cosa que nos propongamos, incluso llegar a la final estatal después de veinte años. Quiero que demostréis de qué estáis hechas y salgáis a darlo todo a la cancha.

Casi todas las compañeras aplauden de manera tímida. Otras, ni siquiera se molestan en hacerlo. Es el mismo discurso que el año pasado, cuando quedamos las últimas. También el mismo que el de hace dos años. Seguramente, siempre ha sido igual. Tengo que decirle a mi padre que quizá sea hora de pensar en algo nuevo.

En cuanto comienza el entrenamiento, me invade la familiar cacofonía de sonidos y olores. El chirrido de las zapatillas sobre la madera pulida, el golpe del cuero sobre la piel, la mezcla de sudor y desodorante.

El vóley es lo único que me gusta de este instituto, aunque empiezo a pensar que la verdadera razón es que me permite mantener una buena relación con mi padre.

Todavía recuerdo las cálidas tardes de verano en nuestro patio. Me enseñaba con infinita paciencia a colocar o a recibir. Sus enormes manos guiaban las mías. A los cinco años, me parecía casi un gigante que todo lo podía. Nada me motivaba más que observar el orgullo en sus ojos cuando ejecutaba un buen saque, su risa sincera cada vez que conseguía hacer una buena recepción.

—¡Thompson, concéntrate!

La voz de mi padre me devuelve a la realidad. Me sonrojo al ver que algunas de mis compañeras se ríen. No es fácil ser la hija del entrenador y al mismo tiempo la capitana.

***

Con todas las chicas en las duchas, el gimnasio se ha quedado vacío. Quiero aprovechar para trabajar en mi saque flotante unos minutos. Jenna me espera, cruzada de brazos en una esquina, pensativa.

—Muy bien, pelota. Colabora de una vez —susurro antes de sacar por enésima vez.

Pero la pelota se niega a colaborar y mis saques flotantes no parecen llevar demasiado peligro, salvo que mejoren de manera radical.

—¿Te vas a quedar mucho tiempo? —pregunta mi padre, acercándose a mí con gesto cansado.

—Diez minutos más. ¿Tienes que cerrar ya?

—Cierra tú —indica, tirándome las llaves del gimnasio—. Ah, ¿Amelia?

—¿Sí?

—Recuerda que confío en ti —susurra besando mi frente.

—¿Lo dices porque soy la capitana o porque soy tu hija?

—Ambas cosas —responde con un guiño de ojo.

Dejo escapar una pequeña sonrisa de orgullo y me quedo en el gimnasio con mis pensamientos, una pelota de vóley testaruda que no hace lo que yo quiero que haga y la pobre Jenna, que me mira aburrida desde su esquina. Quizá sea el momento de dejarlo por hoy.

Y mientras cierro las puertas del gimnasio, me pregunto qué pudo haber ocurrido hace muchos años para que este diminuto pueblo de Indiana se convirtiese en fanático del voleibol. Apenas puedes caminar sin ver a niños jugando en un parque, pasando las pelotas por encima de una destartalada red. Tampoco entrar en un bar y no ver a alguien discutiendo sobre las ventajas de un saque en potencia o un saque flotante.

Aunque, mientras el pequeño pueblo sueña con que nuestro equipo llegue a algo esta temporada, yo sueño con marcharme lejos de aquí. A algún lugar con rascacielos y calles llenas de gente. Con ruidos de sirenas y contaminación. A una ciudad en la que pueda perderme sin que nadie me recuerde que nuestro equipo no gana ningún trofeo desde que mi padre es el entrenador.

Capítulo 2

Los pasillos del instituto comienzan a llenarse de gente. Los pocos estudiantes que han tenido la suerte de salir de Asteria Heights durante el verano, cuentan sus aventuras mientras los demás les escuchan con la boca abierta.

Para los que nos hemos quedado aquí, ha sido lo mismo de siempre. Algunos hemos aprovechado para hacer algún trabajo y ahorrar algo de dinero. Otros se han pasado el verano tirados junto al río, viendo pasar las nubes.

—¿Has visto que Julia se tiñó el pelo de rubio? —pregunta Jenna, dándome un codazo.

Es igual cada primer día de clase. Lo único interesante de ese día es ver si hay algún corte de pelo diferente. La maravilla de vivir en un pequeño pueblo de Indiana.

Y, de pronto, mis ojos se detienen en una chica alta, su pelo castaño cae en ondas sobre los hombros. Sonríe tímidamente mientras se pelea con la combinación del candado de su taquilla y tengo que parpadear varias veces para asegurarme de que es cierto lo que ven mis ojos.

Viste de manera sencilla, unos vaqueros, una camiseta blanca y unas zapatillas de deporte también blancas, pero podría ponerse cualquier cosa encima y llamaría la atención.

Para mi desgracia, antes incluso de que pueda decirle algo a Jenna, el timbre marca el inicio de la clase de matemáticas. Sigo a la nueva como hipnotizada, sin ni siquiera esperar a Jenna, que me mira extrañada. Se sienta en el fondo de la clase, mirando por la ventana con una expresión melancólica.

—Bienvenidos a vuestro último año de instituto —saluda con voz alegre el señor Watson —. Este año tenemos una nueva alumna y al ser la primera clase del curso escolar, voy a llamarla para que se presente brevemente —añade.

Siempre pensé que es una auténtica faena que te obliguen a salir delante de toda la clase para presentarte en tu primer día de curso. Seguramente, no lo han pensado bien porque pone mucha presión a los alumnos que son algo más tímidos. Aunque tampoco es que tengamos muchos nuevos alumnos en el instituto de Asteria Heights. En los últimos cuatro años, esta chica es la segunda.

La nueva se levanta, se coloca al lado de la mesa del profesor con desgana y se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja antes de empezar a hablar.

—Hola a todos. Soy Ivy Scott —saluda en voz baja—. Me acabo de mudar aquí desde Miami.

Sonríe y no da más detalles. Se limita a sentarse de nuevo y por algún motivo, no puedo apartar los ojos de ella. Al pasar a mi lado, me llega el aroma de su champú, es algo fresco y cítrico. Instintivamente, cierro los ojos por unos instantes, como si quisiera grabar ese aroma para siempre.

Este va a ser un año interesante.

La clase se hace interminable y lo único que la hace soportable son mis continuas miradas a la nueva estudiante de Florida. Tiene algo misterioso y cautivador. Una extraña confianza. Por desgracia para mí, no soy la única, porque creo que el noventa por ciento de los chicos de la clase no le quitan ojo.

Sin embargo, el destino me echa una mano por una vez y sin que sirva de precedente. A

segunda hora tenemos educación física. Eso significa no solo compartir vestuario con ella, que ya es algo interesante. Sobre todo, hoy toca vóley, lo que me dará una oportunidad única de llamar su atención. Podríamos haber empezado con cualquier otro deporte, pero no, hemos empezado con ventaja. Gracias, universo.

Y al universo debo agradecerle también la camiseta que Ivy ha escogido para la clase. Los tirantes dejan al descubierto brazos y hombros y tengo que concentrarme para que no me dé un infarto antes de empezar.

—Te veo un poco distraída —susurra Jenna con un guiño de ojo.

—Solo estoy cansada del entrenamiento de primera hora —disimulo.

—¿Seguro que no tiene nada que ver con cierta chica nueva, alta y misteriosa?

—¿Quieres callarte? —protesto, dándole un golpe en el brazo.

—Vale, vale. Solo digo que es totalmente tu tipo. Vaya, que hasta yo me empiezo a plantear mis preferencias sexuales. ¿Has visto esos hombros?

—Puede que me haya fijado —suspiro—. Pero tiene pinta de ser hetero. Incluso puede que hasta tenga novio. Y mira cómo babean la mitad de los chicos esta mañana. Yo creo que alguno está escondiendo una erección.

—Tienes la oportunidad perfecta para adelantarte a todos en esta clase. No la desaproveches —indica, señalando con la barbilla hacia la chica nueva.

Los pocos días al año que toca vóley en la clase de educación física siempre han sido mi refugio seguro, pero hoy tiene una emoción añadida y Jenna tiene razón. Si voy a tener una oportunidad, es justo ahora.

—Muy bien, vamos a hacer algunas cosas muy básicas. Lo importante será vuestra actitud y lo que mejoréis durante el curso. No os voy a poner la nota por vuestros conocimientos actuales de ningún deporte —anuncia el profesor, haciendo sonar su silbato para llamar nuestra atención.

Haciendo acopio de todo mi valor, me sitúo al lado de la nueva, que parece muy tranquila, recogiéndose el pelo en una coleta. Desde luego, tiene el cuerpo perfecto para este deporte.

—Oye, Ivy —susurro, pegándome a ella—. Son cosas muy básicas, pero si tienes alguna duda, puedes preguntarme. Soy la capitana del equipo de vóley del instituto y estaré encantada de ayudarte —le aseguro con mi mejor sonrisa.

Me mira con un gesto extraño, creo que se me ha notado demasiado el interés y creo haberla asustado.

—No sé si has jugado algo al vóley antes —insisto.

—Algo he jugado.

—Genial, vamos a empezar con los saques. Puedes sacar por abajo si no quieres complicarte. Sobre todo, no intentes hacer lo que yo voy a hacer, es bastante avanzado, pero yo llevo jugando desde que era una niña.

Me coloco algo más atrás de la línea para dar varios pasos de carrera. Puedo observar los ojos de mis compañeros fijos en mí. Realmente, en condiciones normales haría un saque tranquilo y no me complicaría la vida, pero quiero llamar su atención. Jenna me mira y pone los ojos en blanco, consciente de que tan solo me estoy luciendo para la nueva, aunque si no aprovecho esta oportunidad, sería tonta.

Hago botar la pelota varias veces, concentrándome en su textura, en el peso que ya tengo memorizado. Lo hago girar en mis manos mientras me inclino hacia atrás. Lanzo la pelota al aire, arqueo la espalda, ganando altura en la batida y estiro el brazo derecho para golpear

con todas mis fuerzas. Un saque perfecto. Si no fuese porque lo estrello contra la red. Aun así, creo que ha quedado espectacular.

Mis ojos se dirigen de inmediato hacia Ivy. Sonríe y alza las cejas. Creo que se ha quedado impresionada. Es su turno.

Repite casi uno a uno mis movimientos, la misma rutina que yo he realizado, como si quisiera provocarme. Incluso me clava la mirada mientras lo hace. Lanza la pelota al aire, imposiblemente alta y, cuando pienso que ni siquiera se va a acercar a golpearla, su mano contacta con el cuero con un estruendo que resuena en todo el gimnasio, estrellándola al otro lado de la red a una velocidad endiablada.

¡Joder!

El gimnasio se queda en silencio. No se escucha ni una mosca. Los estudiantes se miran unos a otros y yo he quedado como una imbécil. Sin duda ha tenido suerte. La suerte del principiante.

Pero si es la suerte del principiante, la tal Ivy tiene mucha. Muchísima, porque no solo domina el saque. Coloca como los mismísimos ángeles, recepciona como si fuese una líbero y ya prefiero no hablar de sus remates. A falta de una palabra mejor para definirlos, son jodidamente perfectos.

Cuando el profesor hace sonar el silbato indicando el final de la clase, mira hacia mí y me descubre observándola. Me sonrojo, pero ella se limita a sonreír. Una sonrisa tímida y reservada que consigue que mi corazón se detenga.

—Ivy, espera —grito cuando sale del vestuario.

Se detiene y, con el pelo todavía mojado por la ducha, parece la estatua de alguna diosa griega. Se diría que ha sido esculpida por algún maestro que dominaba a la perfección las proporciones del cuerpo humano.

—Lo de antes ha sido… increíble, la verdad. ¿Hace tiempo que juegas al vóley?

—Más o menos —responde en modo críptico.

—Como te he dicho, soy la capitana y mi padre es el entrenador. El equipo ya está formado, pero puedo conseguirte unas pruebas para ver si puedes jugar con nosotras este año —propongo.

—Gracias, pero no.

—No sé si te lo han dicho ya… el equipo de vóley es como lo más de este instituto, todo el pueblo va a ver los partidos y…

—No me interesa.

—Es una gran oportunidad de conocer a gente. Te invitarían a todas las fiestas y…

—No me gustan las fiestas y suelen invitarme de igual modo —interrumpe de nuevo.

—Nos vendrías muy bien en el equipo —suspiro, tragándome el orgullo.

—Sigue sin interesarme.

—¿Puedes decirme al menos en qué instituto jugabas antes?

—No quiero hablar de ello.

Esa es su única respuesta. Se marcha antes de darme siquiera la oportunidad de hacer una nueva pregunta o insistir. Nada. Nada de nada.

—¿Te acaba de rechazar la chica nueva? —pregunta Jenna en tono burlón—. ¡Brutal!

—¡Cállate, Jenna! Ni siquiera me ha dicho de dónde ha salido —protesto.

—O por qué no ha traído un equipo entero de Ivys. Podríamos verlas jugar desde el banquillo mientras ganaban los partidos por nosotras.

Durante el resto del día, no puedo evitar obsesionarme con esa chica. Es como si mi

cerebro hubiese secuestrado al resto de los pensamientos.

—Tenemos que averiguar más cosas sobre Ivy Scott —propongo.

—No creo que sea buena idea, Amelia. Parece bastante reservada, está claro que quiere que la dejes en paz. Acosarla no te va a ayudar si quieres ligar con ella.

—Pero ¿has visto su nivel?

—Igual que todo el mundo. No se habla de otra cosa.

—Joder, una chica así no sale de la nada. Son muchas horas de entrenamiento —insisto.

—Búscala en Google. Ah no, que en esta mierda de instituto no nos dejan llevar teléfono móvil. Búscala cuando llegues a tu casa, pero a mí no me metas en esto —protesta mi amiga.

***

En cuanto Jenna me deja frente a mi casa, subo corriendo las escaleras hasta mi dormitorio y enciendo el ordenador. Y al teclear su nombre en el buscador, mi mandíbula se queda colgando como si fuese un personaje de dibujos animados. Literalmente.

No solo es buena. El término buena se queda muy corto. Jodidamente corto. Es increíble. Dos veces MVP en la final de los campeonatos nacionales. Un montón de veces internacional en las categorías sub-14 y sub-16. Varios blogs deportivos hablan de que será una estrella en los Juegos Olímpicos de dentro de cuatro años.

Con razón parecía estar en otra liga.

—Papá… tienes que ver esto —grito.

Sin embargo, antes de que mi padre pueda contestarme, me detengo y cambio de opinión.

—Nada, me había equivocado.

Las referencias se acaban hace dos años. De golpe. Por completo. Ya no hay nada sobre ella. Es como si se la hubiese tragado la tierra. No hay más resultados de torneos, ni convocatorias, ni premios. Nada. Cero.

Tampoco hay explicaciones de por qué abandonó el vóley siendo una estrella. Es como si se hubiese desvanecido en el aire como la bruma.

Mi mente se tambalea mientras repaso una y otra vez sus logros. Algo con lo que yo ni siquiera puedo soñar. Joder, esta chica jugó en la selección nacional. Varias veces. Y ahora está con nosotros.

No consigo dormir en toda la noche. Doy vueltas y más vueltas especulando con el motivo de su retirada. ¿Agotamiento mental? ¿Una lesión? ¿Algo más?

Necesito respuestas. Y las necesito ya.

Capítulo 3

A la mañana siguiente, en la cafetería del instituto, observo de lejos a la chica nueva y le hago señas para que se acerque y se siente con nosotras. Por unos instantes duda, pero deja escapar un suspiro y se une a nuestra mesa.

—¿Te has pensado lo de apuntarte al equipo de vóley? —pregunto—. Nos vendrías muy bien.

Ya ni me molesto en disimular diciendo que puedo conseguirle una prueba. Mi padre le daría mi puesto de capitana nada más entrar si se entera de su pasado.

—Ya te he dicho que no me interesa —responde con sequedad.

—Venga, será divertido. Tenemos un gran grupo de chicas y un entrenador increíble. Conocerías a mucha gente nueva. Piénsalo. Es tu último año de instituto y acabas de llegar. Te presentaríamos a todos los alumnos.

—Precisamente. Solo tengo que aguantar un año en este sitio y no volveré por aquí —añade, entornando los ojos como si fuésemos unos apestados.

—Al menos, ¿podrías entrenar con nosotras? Así verías si te gusta y…

—No.

—Joder, no me has dejado ni terminar —protesto.

—Es que me da igual lo que digas. Mi respuesta es no. Hoy, mañana, el mes que viene. Siempre. Así que deja ya de preguntarme de una jodida vez —responde haciendo una mueca de disgusto.

—He visto vídeos tuyos en internet. Eras increíble. ¿Por qué lo has dejado?

Jenna me mira con cara de asombro. Habíamos acordado que no sacaríamos el tema. Una cosa es preguntarle, pedirle, rogarle, suplicarle que se una a nuestro equipo y otra muy diferente admitir que hemos estado cotilleando por internet.

—No es asunto tuyo —espeta, levantándose de la mesa con brusquedad—. Y déjame en paz de una jodida vez.

Sin ni siquiera mirar atrás, se aleja de nosotras a grandes zancadas, ocupando una mesa libre en el otro extremos de la cafetería. Uno de los chicos del equipo de baloncesto se le acerca, pero la cara de odio que Ivy le pone es suficiente como para que levante las manos y la deje a solas.

—Joder, ¡eres imbécil! —protesta Jenna—. Va a pensar que somos unas pervertidas que la andamos buscando por Google.

—Es que la hemos buscado por Google —le recuerdo.

—Pero una cosa es hacerlo y otra muy distinta admitirlo, Amelia. Hemos quedado como dos gilipollas. Esa chica no se va a apuntar al equipo jamás en la vida.

—Nos vendría muy bien —suspiro, dedicándole una mirada a lo lejos.

—Demasiado bien. Este año va a ser un puto desastre —se queja Jenna—. Y teniendo en cuenta lo malo que fue el año pasado, eso ya es mucho decir.

Solamente asiento con la cabeza. Prefiero no confesar que anoche soñé que Ivy Scott jugaba en nuestro equipo. Destrozaba a las rivales con potentes saques directos, remates imposibles…bloqueos. Intento apartar de mi mente la parte del sueño en la que me quedaba a solas con ella en el vestuario y enjabonaba su cuerpo en la ducha. Frotar con jabón sus

hombros mientras las dos estábamos desnudas fue una imagen demasiado real como para olvidarla.

***

El aroma a pizza recién hecha inunda la casa mientras pongo la mesa. Mi padre está sentado en el salón, apuntando jugadas de un partido de vóley de los Juegos Olímpicos que jamás podremos replicar, ni siquiera con Ivy Scott en el equipo. Ni siquiera sé por qué se empeña en que intentemos ese tipo de estrategias.

—¿Sabías que hay una chica nueva en el instituto que jugaba al vóley? —pregunto una vez que nos sentamos a la mesa.

—¿Ivy Scott?

Mi padre levanta la vista frunciendo el ceño y hasta juraría que ha estado a punto de atragantarse con la pizza.

—Sí, Ivy Scott.

—Harías bien en no acercarte a ella —suelta con una mueca de asco.

—¿De qué estás hablando? ¿Sabes quién es? —inquiero con sorpresa.

—Por supuesto.

—Joder, papá. ¿Y no la quieres en el equipo? Esa chica podría ser nuestra salvación. Jugó en la selección nacional. Fue una estrella y…

—Prefiero perder todos los partidos —interrumpe mi padre.

—Es que a este paso los vamos a perder, papá —protesto.

—Gracias por la confianza.

—¿Me puedes explicar qué ocurre? Y, sobre todo, ¿por qué no me dijiste nada? —insisto.

—Te lo acabo de decir. Es mejor que no te acerques a ella. Cuanto más lejos estéis Jenna y tú de esa chica, mucho mejor.

—¿Has visto algún vídeo suyo jugando?

—¿Quieres dejar el tema, Amelia? Sí, he visto muchos vídeos suyos. Incluso antes de que viniese aquí. Fue una estrella, estaba llamada a ser especial. Muy especial. Ahora es una jodida bomba de relojería. Una sombra ridícula de lo que un día fue. No sé, supongo que tuvo mala suerte en la vida, pero aun así. Nació con un don maravilloso y lo ha tirado por el retrete.

—¿Puedes explicarte, por favor? Porque no entiendo nada de lo que estás diciendo.

Yo que estaba feliz por haber descubierto a la chica nueva y ahora parece que mi padre lo sabe todo de ella. Mucho más que yo, por lo visto. Incluso puede que el motivo por el que no juega ya al vóley.

Mi padre gruñe. Sus nudillos se quedan blancos de tanto apretar el trozo de pizza y me mira como si estuviese decidiendo compartir lo que sabe o no.

—Parte de lo que te voy a decir es información pública que cualquiera puede encontrar por internet con un poco de paciencia, pero otra parte no. Lo entiendes, ¿verdad? —pregunta mirándome por encima de sus gafas.

—Sí.

—Esa chica fue la gran estrella de las selecciones nacionales sub-14 y sub-16. Todo el mundo pensaba que un día llevaría al equipo de Estados Unidos a la medalla de oro en unos Juegos Olímpicos y…

—¿Qué ocurrió? —interrumpo sin poder aguantar más.

Mi padre menea la cabeza ante mi impaciencia. Suspira antes de seguir con su explicación.

—Qué no ocurrió, mas bien. Fue un cúmulo de circunstancias. Su madre murió en un accidente de tráfico, tuvo una grave lesión, rompió con su novia, la pillaron en un control antidoping por sorpresa…

—¿Has dicho que rompió con su novia? ¿Es lesbiana?

—¿Has escuchado una sola palabra de lo que acabo de decir, Amelia? ¿Esa es la única parte con la que te has quedado en la memoria? —protesta mi padre.

—Sí, te he escuchado, es solo que no me lo esperaba. Nada más —me quejo, levantando las manos en señal de que no quiero discutir.

—¿Ves? Esa es justo lo que me preocupa. La chica es muy guapa, de eso no cabe duda. Llega a un pequeño pueblo desde Miami. A un instituto en el que apenas hay otras estudiantes lesbianas o bisexuales y…

—¿Y?

—Y no quiero que te acerques a ella —insiste.

—¿Crees que voy a ir corriendo detrás de la nueva solo porque me has dicho que tenía novia?

En realidad, ahora mismo estoy temblando. Decir que es guapa es hacerle poca justicia a la palabra “guapa”. Es absolutamente preciosa.

—Simplemente parece un caso de mala suerte. Muy mala suerte —añado bajando la voz.

—Sea lo que sea, me parece una influencia muy mala para ti. En este pueblo has permanecido en una pequeña burbuja, para lo bueno y para lo malo. Has estado protegida. Esa chica ha visto mucho. Eso sin contar con que tiene una sanción de dos años sin jugar por el tema del doping —explica.

—¿Vive con su padre? Has dicho que su madre murió en un accidente.

—Con su padre, que es un borracho. Un hombre que se pone muy agresivo cuando bebe. Ayer pasó la noche en la comisaría por iniciar una pelea en el bar de Joe.

—Pobre chica —suspiro.

—Supongo que pobre chica, no la conozco. No digo que todo sea culpa suya. Es posible que sin el accidente de su madre o sin la lesión no se habría metido en el doping. O quizá ya estaba metida. No lo sé. Lo que sí sé es que no quiero que te acerques a ella —me recuerda.

—Pero, papá, si queremos hacer una buena temporada…

—¡Olvida hasta el nombre de esa chica, Amelia! —ladra mi padre, alzando la voz y pegando un fuerte manotazo sobre la mesa que hace saltar los platos.

Nunca le había visto así de agitado. Solamente sonrío y asiento con la cabeza. Prefiero no discutir en estas circunstancias en las que no está dispuesto a entrar en razón.

Recojo la mesa y me dirijo a mi dormitorio. Mi padre se disculpa, pero nunca me había levantado la voz de este modo y siento una sensación extraña en mi interior. Lo único que quería es buscar una solución para el equipo y la chica nueva era una tabla de salvación para nosotras. Nunca esperé la reacción de mi padre.

Capítulo 4

El teléfono suena tan solo una vez antes de que mi amiga Jenna lo coja y ni siquiera tengo la ocasión de saludar antes de que me empiece a bombardear con preguntas.

—¡Cuéntame ahora mismo! —chilla—. ¿Cómo te fue con tu padre?

Me dejo caer sobre el colchón con un largo bufido de desesperación.

—Un jodido desastre —respondo—. Se niega a considerar siquiera la posibilidad de que Ivy haga las pruebas para el equipo.

—No sé por qué no me sorprende lo más mínimo. Todas sabemos lo abierto de mente que es nuestro entrenador —ironiza mi amiga.

—Pensé que comprendería que nos viene muy bien.

—¿Y arriesgarse a perder el control del equipo?

—No sé qué pensar —suspiro mirando al techo—. Ivy no quiere ni oír hablar de vóley, ahora ya ni siquiera me mira y mi padre básicamente está convencido que es algo así como el anticristo. Me estoy quedando sin ideas.

—Bueno, hablando de tu amiguita Ivy —la voz de Jenna adquiere un tono extraño de pronto—. Se rumorea por ahí que le gustan las chicas.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —pregunta Jenna extrañada.

—Me lo dijo mi padre.

—¿Tu padre? Joder, ¿no te querrá liar con ella? —bromea Jenna.

—Te acabo de decir que piensa que es el anticristo. No quiere que me acerque a ella, que es distinto —le explico—. Espera, ¿tú cómo lo sabes?

—Tengo mis fuentes. ¿Cómo lo sabe tu padre?

—Parece saber muchas cosas sobre Ivy Scott. Muchas más que yo —agrego, poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, eso ni siquiera es lo más jugoso. Al parecer, la echaron de su último equipo por drogas o por hacer trampa. No sé por algo muy turbio.

—Creo que no deberíamos empezar a acusarla sin escuchar su parte de la historia —protesto.

—¿Alguien está coladita por la chica nueva?

—No seas gilipollas —me quejo, aunque siento cómo me estoy poniendo más roja que un tomate.

—Sigue repitiéndote eso a ti misma, Romeo. Seguro que has estado viendo vídeos de Ivy Scott por YouTube en bucle mientras se te caían las babas. No te has tocado mientras los veías, ¿verdad?

—Cuando te pones en ese plan eres lo peor —refunfuño, sabiendo que tiene razón, con lo que el calor en mis mejillas aumenta considerablemente, menos mal que no me puede ver.

—No pasa nada, no te voy a juzgar. Tu secreta obsesión lésbica con cierta señorita distante y misteriosa que además tiene problemas de drogas está a salvo conmigo —ironiza.

—Te odio, Jenna —respondo, aunque no puedo evitar que se me dibuje una sonrisa en los labios.

—Yo también te quiero —responde mi amiga con despreocupación—. No te toques

mucho esta noche pensando en ella antes de dormir —añade entre risas.

—¡Vete a la mierda, gilipollas! —exclamo, aunque creo que ha colgado antes de escucharlo.

***

Me despierto por segundo día consecutivo en medio de un sueño con Ivy Scott. Quizá es mejor que no piense en ella antes de irme a dormir.

En el fondo, me siento muy mal por todo lo que me ha contado mi padre. Mi madre se marchó, no aguantaba más la obsesión de mi padre con este deporte, pero al menos sigue estando ahí cuando necesito hablar con ella. Ahora, vive con su nuevo novio y es feliz.

La madre de Ivy murió de repente, cuando ella tenía tan solo 16 años. Tiene que ser muy duro. Si encima su padre tiene problemas con la bebida, no me extraña que a la pobre chica le cueste abrirse con otras personas y prefiera mantener ese aire de misterio.

Y sí, reconozco que anoche, antes de irme a dormir quizá dejé volar demasiado mi imaginación, pensando en que consolaba a Ivy. Me imaginé acariciando su espalda, besando su cuello, diciéndole que todo iría bien antes de comenzar a desnudarla y…

¡Concéntrate, Amelia! Esa chica ni siquiera quiere hablar contigo. Antes habría que empezar siendo su amiga, ganando su confianza. Esto no es ninguna comedia romántica en la que las protagonistas se enamoran perdidamente nada más verse.

Al entrar en la cafetería del instituto, la busco instintivamente con la mirada. Es el único punto de color en una foto en blanco y negro repleta de caras conocidas. Allí está, escondida en un rincón, tomando a solas un café. Ayer se había dedicado a espantar a todo el que se ha acercado a ella y la gente ha desistido.

Los rumores sobre ese asunto con el doping y los problemas con la bebida de su padre no tardarán en saberse y será aún peor. Quizá por eso ha decidido mantener esa actitud huraña. Si no tienes amigos, no puedes perderlos.

Es que la miro y prácticamente puedo ver una nube de tormenta sobre su mesa, como si fuese unos dibujos animados. Una parte de mí quiere marchar hacia allí y darle un abrazo hasta que se le dibuje una sonrisa. Aunque, por desgracia, no soy capaz de dar ni un paso.

En clase de historia, me revuelvo impaciente sobre el asiento mientras me pesan los párpados. Lo único que me mantiene despierta es desviar miradas furtivas hacia Ivy Scott, sentada dos mesas a mi derecha.

No sé si es fruto del aburrimiento o de la desesperación, pero casi sin darme cuenta, cojo un trozo de papel y garabateo una nota para ella.

“Hola, ¿quieres quedar un rato tras salir de clase? Amelia ��”

Queda un poco seco, pero no soy capaz de pensar con claridad.

—Keith, pásalo a la nueva —susurro, entregándole al chico que se sienta a mi lado la nota bien doblada en cuanto el profesor desvía la mirada hacia la pizarra.

Observo nerviosa cómo Ivy la despliega. Sus ojos bailan sobre las palabras escritas. Me lanza una mirada extraña, alzando una ceja y hace un gesto con la cabeza.

Supongo que no es un “no” rotundo y definitivamente ha sonreído. Solo un poco, pero juro que ha sonreído. Eso es que en el fondo está interesada en mí. Aunque, pensándolo mejor, quizá debería esperar a ver si responde primero.

De momento, me sorprendo a mí misma garabateando su nombre en mi cuaderno junto a un corazón.

Para mi desgracia, una nota con su respuesta no tarda en llegar a mí. Ni siquiera se ha molestado en doblarla y Keith pone los ojos en blanco escondiendo una carcajada al

entregármela.

"Déjame en paz de una puta vez y no te metas en mi vida. Ivy."

Joder, incluso ha dibujado una mano con el dedo medio levantado. La chica también tiene talento para el arte. Definitivamente, no es la respuesta que esperaba, pero no pierdo la esperanza.

La miro una vez más y nuestras miradas se cruzan. Se encoge de hombros como diciendo "que te den" antes de guiñarme un ojo y dejarme temblando.

¿Me está enviando señales confusas? Quizá debería enviarle otra nota, algo más ocurrente en plan "¿tienes libre la fecha de nuestra boda?" No sé, entre que hay pocas chicas abiertamente lesbianas en este pueblo y que a mí se me da fatal esto de ligar, no me extraña que siga soltera.

Lanzo un suspiro dramático y opto por esperar a que sea ella quien dé el primer paso. Mientras tanto, yo seguiré garabateando de manera distraída "Amelia + Ivy" rodeado de corazones por todo mi cuaderno de historia.

Poco a poco. Pero cuando llegue el momento, pienso conquistarla con todo el romance que se escribe en las novelas. Cena a la luz de las velas, besos bajo la luna, miradas perdidas, le voy a dar el paquete completo.

Por ahora, mantendré la calma, aunque mi corazón se acelere cada vez que se pasa la mano por su melena castaña. Algún día seré yo quien lo haga mientras beso sus labios.

***

El día transcurre entre miradas furtivas a Ivy Scott y bromas continuas por parte de Jenna, que asegura que estoy a punto de tener un orgasmo con tan solo mirarla. En cambio, cuando salgo del instituto en busca de mi coche, se me cae el alma a los pies. Literalmente.

Allí está Ivy, a su lado, un hombre muy alto que entiendo que es su padre. Está rojo, grita, su cuerpo se balancea. Ella baja la cabeza, desvía la mirada. Estoy demasiado lejos para escuchar lo que dice, pero por la expresión de dolor en el rostro de Ivy, nada agradable. De pronto, el hombre le suelta un tortazo que la envía directamente contra su coche.

Se endereza, lleva la mano a la mejilla y se queda quieta frente a él. Mirando al frente, como una hermosa estatua de mármol. Por suerte, su padre se da media vuelta y se aleja. Ella se mete en el coche y sale del instituto. Juraría que estaba llorando.

Me hubiese gustado correr hacia Ivy. Susurrarle palabras bonitas mientras la abrazo hasta que su dolor desaparezca. Pero, de nuevo, me quedo paralizada, observando cómo su coche se incorpora a la carretera y se aleja de mí.

***

Esa noche, doy vueltas en la cama, incapaz de dormir. Quisiera ganarme su confianza, pero ¿cómo puedo hacerlo si ni siquiera me habla?

Con un largo suspiro, salgo de la cama y bajo las escaleras. La casa está oscura y silenciosa. En la cocina, encuentro a mi padre sentado en la mesa, observando una taza de té como si contuviese el secreto para que nuestro equipo empezase a ganar algún partido.

Levanta la vista y me dedica una sonrisa cansada.

—Tú tampoco puedes dormir, ¿eh?

—Demasiadas cosas en la cabeza, supongo —respondo, sentándome junto a él y sirviéndome una taza de té para mí también.

—¿Qué tal la moral del equipo? Hemos perdido los dos primeros partidos, ¿qué tal lo llevan las chicas? —inquiere.

—Bueno…

Quisiera decirle que si tan solo hubiésemos perdido los dos primeros partidos, quizá lo llevaríamos bien. Pero es que no los hemos simplemente perdido, nos han aniquilado. En ambos. Han sido derrotas humillantes, de esas que duelen en el alma. De las que te dejan con ganas de querer dejarlo para siempre. Y lo peor es que queda mucha temporada y todas sabemos que las cosas no van a mejorar.

—¿Estás preocupada por el equipo? —insiste.

—No es eso —susurro.

Me detengo a mitad de la frase. No me atrevo a volver a hablarle de Ivy tras su reacción de ayer durante la cena. Pero, si no puedo confiar en mi propio padre, ¿a quién puedo recurrir?

—Es por la chica nueva, ¿verdad? —suspira, frotándose las sienes—. Amelia, sé que quieres ayudarla, pero algunas personas no quieren que las ayuden o es mejor ni intentarlo para que no te arrastren con sus problemas hacia el abismo. Es mejor dejar las cosas como están —zanja.

Un relámpago de ira estalla en mi interior al escuchar sus palabras.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Así es como pretendes educar a tu hija? ¿Ignorando los problemas de los demás en vez de ayudar? Esa chica lo está pasando muy mal, papá —protesto—. Fue una gran estrella, tenía un futuro brillante frente a ella, y ahora está destrozada. Se la ve tan triste.

—No siempre se consigue lo que se quiere en la vida —su voz se endurece de pronto—. Ivy Scott hizo su elección, decidió hacer trampas. Es hora de que tú hagas la tuya y te centres en tus prioridades. Estás en tu último año de instituto y eres la capitana del equipo. Es un año crucial para determinar tu futuro.

—¿Mis prioridades o las tuyas? —le replico—. Papá, no voy a poder jugar vóley en ningún equipo universitario. No soy lo suficientemente buena. Puede que destaque en un equipo de un pequeño pueblo como Asteria Heights, pero olvídate de un equipo universitario. ¿No ves que hay más cosas en la vida que el vóleibol?

Lágrimas de rabia ruedan por mis mejillas y ni siquiera me preocupo en secarlas. Mi padre me observa preocupado y aprieta mi antebrazo sin encontrar las palabras.

—¿Qué es lo que te preocupa de verdad? ¿Qué me enamore de Ivy?

Mi padre levanta las cejas con escepticismo antes de responder.

—No lo sé, Amelia. He visto esa mirada en tus ojos cuando te enamoras. Te metes demasiado y cuando las cosas no salen bien, cuando no te hacen caso, acabas destrozada. Y esta chica es totalmente tu tipo —añade, apretando de nuevo mi antebrazo.

—Joder, soy una adolescente, papá. Es normal vivir ese tipo de cosas con intensidad. Se supone que debo vivir en una montaña rusa, es lo que hace la gente de mi edad. Pero en el caso de Ivy, tan solo quiero ayudarla. Acaba de llegar al pueblo, no conoce a nadie y tú mismo me has contado todos los problemas por los que ha pasado en los dos últimos años.

—Está bien, pero ten cuidado, ¿vale? Y no te acerques a su casa en ningún momento, no te quiero cerca de su padre. El sheriff dice que puede llegar a ser peligroso cuando bebe.

—Te lo prometo —respondo con un suspiro.

Prefiero no contestarle que no tengo ninguna intención de acercarme a un hombre de dos metros y más de cien kilos de peso después de lo que he visto hoy en el aparcamiento del instituto, pero prefiero quedarme callada y no meterme en líos. Seguramente, Ivy no me hablaría en el resto de su vida.

Mi padre sonríe y sacude la cabeza antes de volver a hablar.

—Siempre has tenido un corazón muy grande, Amelia. Es una de las cosas que más me gustan de ti. Ten cuidado, recuerda. Ahora, vete a dormir de una vez, que mañana hay clase —agrega, señalando con el dedo la escalera que lleva a mi dormitorio.

—Entonces, ¿eso es un sí?

—Sigo teniendo mis reservas, pero confío en que tomarás buenas decisiones. Estoy aquí si algún día necesitas hablar, ¿vale?

—Gracias, papá —suspiro mientras le doy un fuerte abrazo antes de irme a la cama.

Capítulo 5

Si debo ser sincera, presenciar la desagradables escena del padre de Ivy borracho, gritando y empujándola contra el coche en el aparcamiento me dejó muy mal. No consigo quitármelo de la cabeza. Ni siquiera me imagino cómo te puedes sentir con algo así. Una cosa es discutir con tu padre y pensar que algunas veces es tonto. Eh, después de todo, somos adolescentes y por ahí pasamos todos.

Algo muy diferente es que tu padre se emborrache y te agreda.

Así que cuando la veo peleándose con el candado de su taquilla a la mañana siguiente, no puedo evitar acercarme a ella.

—Ivy, estaba pensando que mañana tenemos un examen de historia importante. ¿Qué te parece si estudiamos juntas? Ya tengo toda la materia resumida y conozco bien a ese profesor, podría ayudarte —propongo, forzando mi mejor sonrisa.

No me ilusiona la idea de que Ivy vuelva a casa con su padre. A ver, que está claro que tampoco es que la pueda secuestrar o adoptar para impedírselo, pero sé que si su padre bebe esta noche no podrá estudiar para el examen. Tampoco puedo decírselo abiertamente porque no volvería a hablar conmigo. Eso si no me cruza la cara de un tortazo.

Ivy me mira con recelo, como si fuese un vendedor ambulante intentando vender algún tipo de elixir milagroso.

—Creo que puedo estudiar yo solita, gracias —responde con sequedad.

—Sin presiones —me apresuro a indicar, levantando las manos en señal de que no pretendo discutir con ella ni convencerla—. Solo pensé que estudiar es más divertido con una amiga, podríamos preguntarnos los temas y esas cosas, pero no pasa nada si prefieres hacerlo tú sola.

Duda por unos instantes, parece indecisa, así que juego mi mejor baza.

—Preparo unas hamburguesas legendarias. Las mejores que has probado en tu vida —anuncio con un guiño de ojo antes de girar sobre mis talones y alejarme de ella—. Si cambias de opinión, mi oferta sigue en pie —añado, diciéndole adiós con la mano.

Ivy niega con la cabeza, pero capto una ligera sonrisa en la comisura de sus labios. Quizá todavía hay esperanza. Casi me apetece presentarme en su casa sin avisar, con las hamburguesas y los apuntes de historia perfectamente ordenados y codificados por colores, pero no quiero arriesgarme a que me pongan una orden de alejamiento.

Para mi sorpresa, cuando ya lo estaba dando todo por perdido y había abandonado cualquier tipo de esperanza, Ivy se acerca a mí al final de las clases.

—Eh, Thomson —llama—. Estaba pensando en que quizá no sea tan mala idea lo de estudiar juntas esta noche. ¿Me paso por tu casa sobre las cinco cuando termines el entrenamiento de vóley? —pregunta.

Por unos instantes, me tiemblan las piernas y las palabras no quieren salir de mi garganta. ¿Ha dicho que sí? Mi mente empieza a descontrolarse, imaginando a Ivy tumbada a mi lado mientras repasamos hechos y fechas. Quizá intercalando algún beso o dos. ¡Céntrate, Amelia!

—A las cinco sería perfecto. Acuérdate de traer un pijama —respondo con un hilo de voz.

¿Por qué le he dicho lo del pijama? Mis intentos de llamar su atención están resultando patéticos.

***

Esa tarde, tras una primera sesión de estudio, preparo las hamburguesas y observo que Ivy se empieza a abrir ligeramente.

—Joder, ¡sí que están buenas! Tenías razón —exclama tras pegar un buen mordisco a la suya.

—Ya te dije que preparo las mejores hamburguesas del mundo.

—No sé si son las mejores, pero debo reconocer que se acercan seguro —asiente.

—¿Cómo has acabado en un pueblo como Asteria Heights? Quiero decir, estamos en el medio de la nada, tener a una estudiante nueva en el instituto ha sido toda una novedad. Algo que no ocurría en los últimos tres años —inquiero fruto de la curiosidad.

—Nos mudamos mucho últimamente —confiesa—. Mi padre no parece ser capaz de mantener el mismo trabajo durante varios meses seguidos.

Prefiero no hacer ningún comentario, pero no me extraña nada su lo que ha dicho.

—Ahora trabaja en la construcción y pedían trabajadores para la autopista que están construyendo a la salida del pueblo —explica.

La miro y sonrío. Su mirada se ha puesto un poco triste. Me apetece coger su mano. Tengo un millón de preguntas en la punta de la lengua esperando salir. ¿Estabas muy unida a tu madre? ¿Cuándo te diste cuenta de que eras un prodigio del vóley? ¿Es cierto eso que dicen del doping? ¿Buscas novia? En caso afirmativo… ¿puedo ser yo?

Pero me limito a asentir lentamente con la cabeza, conteniendo mi curiosidad. En las últimas horas mi mente había imaginado una situación muy diferente. Para empezar, estaríamos en mi dormitorio, no en la cocina con mi padre viendo la televisión a escasos diez metros de nosotras.

En algunos de los escenario que se me pasaron por la cabeza, estábamos tumbadas en la cama. Empezamos a hablar de su pasado y debo consolarla porque las lágrimas ruedan por sus mejillas. Se las limpio con mi dedo pulgar, con toda la delicadeza de la que soy capaz, antes de besar sus labios y decirle que a partir de ahora yo estaré aquí para ella. Siempre. Sin fisuras.

Pero esto es la vida real y me temo que Ivy no da ni una sola señal de vulnerabilidad. Es dura como una piedra a pesar de todo lo que ha pasado. Ni siquiera ayer, con la situación horrible que vivió con su padre en el aparcamiento del instituto pareció romperse del todo. Yo no sé lo que hubiese hecho si me ocurre algo así.

Tras varias horas de preguntarnos la lección, decidimos dar por terminada nuestra sesión de estudio. Bosteza a cada rato, veo que está muy cansada, aunque yo no tengo nada de sueño. Esta noche hemos estrechado lazos y traspasado alguno de los gruesos muros que ha levantado para protegerse, así que siento una felicidad extraña.

O quizá es porque dentro de unos momentos compartiremos cama.

Mientras nos ponemos los pijamas, no puedo evitar lanzar alguna mirada de reojo. Joder, su cuerpo es perfecto.

Me quiero morir cuando me pilla observándola. Quiero que la tierra me trague, es una de esas situaciones que te hacen temblar porque por unos instantes, no sé cómo va a reaccionar. Intento disimular, pero siento el calor en las mejillas y estoy segura de que se me ha puesto roja hasta la punta de las orejas.

Ivy sonríe. Una sonrisa extraña. No sé si quiere decirme… “no pasa nada, todas lo hemos

hecho alguna vez” o “puedes mirar si te apetece, sé que estoy muy buena”. El caso es que no se inmuta ni se da la vuelta. Es más, se quita los pantalones y el sujetador antes de ponerse la parte de arriba del pijama y creo que la imagen de Ivy en bragas es lo más perfecto que he visto en toda mi vida.

—Gracias por no haber sacado el tema del vóley —susurra recostándose junto a mí en la cama.

Se ha girado hacia mí. Nuestras bocas a tan solo unos centímetros, y la sonrisa que me regala me hace temblar. Sé que me va a costar dormir, tener a Ivy a mi lado en la cama es demasiado, no estoy preparada para ello. Y el calor entre mis piernas es imposible de ignorar.

—Hasta mañana —suspira antes de darse la vuelta.

No hay beso de buenas noches, ni roces de nuestros pies bajo las sábanas. Tampoco rodeo su cintura ni me pego a ella haciendo una cucharita maravillosa. No hay nada de lo que me había imaginado, pero sigue siendo una noche perfecta, aunque no pueda pegar ojo.

Capítulo 6

La sesión de estudio con Ivy resultó mucho mejor de lo esperado. No quiero hacerme ilusiones, tengo claro que la principal razón por la que aceptó venir a mi casa a estudiar fue por no arriesgarse a soportar una borrachera de su padre justo delante de un examen importante, no porque quiera algo conmigo o pretenda ser mi amiga.

¿He conseguido algún avance? En la parte de querer algo conmigo está claro que no. Puede que a Ivy le gusten las chicas, pero empiezo a sospechar que no soy su tipo.

Ayer tuvo la oportunidad perfecta, estábamos a solas, nos cambiamos de ropa juntas y dormimos en la misma cama… y no me dedicó ni una mirada. Fue un poco decepcionante, la verdad. Jenna dice que no tire la toalla, que quizá estaba muy desganada por algún motivo, pero yo no lo tengo tan claro.

Lo que tengo menos claro aún es por qué se está literalmente matando por subir su nota media para acceder a una beca de estudio cuando simplemente regresando al vóley la podría conseguir. Es que por lo que he visto en los vídeos de YouTube, su principal problema iba a ser elegir universidad, porque prácticamente todos los equipos universitarios del país estarían encantados de tenerla en sus filas.

—¿Te vas a decidir de una vez? Se marcha —insiste Jenna una vez más.

Cuando le dije que ayer por la noche incluso tuvimos una conversación en la que empezó a abrirse, no deja de repetir que debo volver a invitarla.

—¡Espabila, joder, que se va! —exclama pegándome un codazo en las costillas.

—Voy, pesada. Si me denuncia por acosadora será culpa tuya —protesto.

Corro tras ella por el pasillo, llamando la atención de varios estudiantes que giran la cabeza extrañados al verme pasar.

—Eh, Ivy, espera un momento, por favor —chillo justo cuando sale por la puerta del instituto.

Se da la vuelta y me clava esos misteriosos ojos color avellana que me derriten y alza las cejas como pensando si soy gilipollas.

—Verás, es que me preguntaba si… —balbuceo, de pronto me siento tímida bajo su mirada—. No sé si te gustaría tomar algo aprovechando que hace muy buen día. Ya sabes, para celebrar que nos ha salido bien el examen de historia y eso.

Joder, está sonando patético.

—No sé. No le veo mucho sentido. El tiempo seguirá mejorando de aquí al verano —responde extrañada mientras cambia de brazo su mochila.

—Nos lo pasaremos bien —trato de forzar mi mejor sonrisa, aunque no tengo claro que lo esté consiguiendo—. Podemos seguir con nuestra conversación de anoche. Te invito a un batido, el sabor que tú quieras —propongo.

Alza las cejas y sonríe mientras yo mantengo la respiración hasta escuchar su respuesta.

—Está bien —concede y sus labios se curvan en una pequeña sonrisa.

Por un momento, tengo que luchar para reprimir el impulso de saltar con el puño en alto como si estuviese celebrando un punto decisivo.

—Genial, ¿me sigues con tu coche?

Prácticamente voy pegando saltos de alegría en el asiento mientras miro por el retrovisor para asegurarme de que Ivy no se pierde y sigue detrás de mí.

Cuando llegamos, nos sentamos en una de las mesas pegadas a la ventana, sus asientos de cuero rojo, ya cuarteados por el paso del tiempo, han conocido días mejores.

Una camarera con cara de aburrida nos toma el pedido. Un batido de chocolate para mí y uno de vainilla para Ivy y de pronto, empiezo a ponerme muy nerviosa en cuanto nos quedamos a solas.

—No imaginaba que tuvieses gustos vainilla con ese aire de misterio —suelto sin pensar.

—¿Qué?

Ivy me mira sorprendida y yo no sé dónde esconderme. ¿Por qué le he dicho esa tontería?

—Olvídalo. Así que Miami, ¿eh? Tiene que ser muy diferente de un pueblo como Asteria Heights.

—Supongo que sí. Las playas estaban bien, echo de menos jugar al vóley playa, me gustaba mucho —responde encogiéndose de hombros antes de dar un trago a su batido.

Sonrío y me empiezo a dar cuenta de que tengo que trabajar algo más duro si quiero sacarle algo de información.

—¿Echas de menos a tus amigos?

—Llevo dos años fuera de Miami. Desde entonces me he mudado cuatro veces. Les eché mucho de menos el primer año, luego supongo que te vas acostumbrando a que no estén a tu lado —responde con una mirada llena de nostalgia.

Por unos instantes, estoy tentada a preguntarle si echa de menos a su madre, pero la manera en que desvía los ojos y se empeña en alinear perfectamente la sal y la pimienta sobre la mesa, me indica que no quiere hablar de esos temas.

—Yo he vivido prácticamente desde siempre en Asteria Heights, así que te pareceré una aburrida —bromeo en un intento de aligerar la conversación.

Ivy levanta la mirada y sus labios se curvan en una sonrisa. Ligera, pero sonrisa al fin y al cabo.

—No estás mal. Mucho mejor que la mayoría de nuestros compañeros de instituto.

Pronto, la conversación se hace más fácil. Empezamos a hablar de las clases, de los hobbies sin mencionar el vóley, de los últimos cotilleos del instituto. De todo y de nada.

Quiero preguntarle si de verdad le gustan las chicas. Me gustaría que supiera que sé perfectamente lo que es ser lesbiana en un pueblo pequeño como este, pero no me atrevo. Aun así, a medida que habla, la encuentro cada vez más fascinante.

Antes de que me quiera dar cuenta, y para mi desgracia, el sol empieza a esconderse por el horizonte y tiñe las nubes de un color anaranjado.

—Supongo que va siendo hora de irse —propongo, aunque creo que ninguna de las dos tenemos la menor gana de hacerlo.

En mi caso porque quiero estar con ella. En el suyo, aunque me gustaría pensar que es por la misma razón, creo que el verdadero motivo es por no estar con su padre.

—Gracias por el batido —susurra cuando llegamos a nuestros coches.

Acaricia mi brazo con suavidad y me dedica una sonrisa que me hace temblar.

—Ivy —trago saliva antes de hablar, secando el sudor de mis manos en los pantalones vaqueros—. Estaba pensando que… bueno, tenemos un examen de matemáticas dentro de unos días y… No sé, ¿te apetecería venir a mi casa a estudiar mañana? Lo digo porque como nos ha salido tan bien el examen de historia, pues…

Madre mía, va a pensar que soy gilipollas. Nunca me había pasado esto.

—¿Vas a preparar hamburguesas?

—Sí, todas las que quieras —le aseguro como una boba.

—Hecho. Mañana cuando acabes el entrenamiento de vóley —propone con un guiño de ojo que consigue que mi corazón se salte varios latidos.

Cuando se sube al coche y se aleja de mí, estoy a punto de hacer la danza de la victoria aquí mismo, en el aparcamiento, pero hay demasiada gente conocida como para que quede decente.

***

Al día siguiente, tras el entrenamiento de vóley, me ducho a toda velocidad y me visto casi sin secarme. Recorro la casa hecha un manojo de nervios esperando a que llegue y cuando suena el timbre de la puerta, siento una extraña sensación en la parte baja del vientre que es imposible de ignorar.

—Tú debes de ser Ivy Scott, pasa, Amelia está en la cocina —indica mi padre al abrir la puerta.

Pone un aire de padre controlador, supongo que el mismo que pondría si fuese un chico el que viniese a casa, aunque creo que la idea de que acabe enamorándome de Ivy le aterra tanto como si metiese a un chico en la habitación con la puerta cerrada. Cosa que sabe que no pasará en cualquier caso.

Ivy balbucea un educado saludo y nos encerramos en mi dormitorio antes de que a mi padre le dé por interrogarnos.

Anoche, en cuanto supe que Ivy vendría, me pasé horas preparando guías de estudio para el examen de matemáticas. He preparado todos los tipos de problemas que nos pueden preguntar con ejercicios adicionales.

Las matemáticas se le dan mucho mejor que la historia y pronto estamos hablando de nuestros profesores en vez de seguir con el estudio. Ivy incluso hace una imitación muy lograda del profesor de literatura.

—El señor Adams sigue llevando la misma mancha en el cuello de la camisa desde hace una semana. ¿Su mujer no se lo dice? —bromea y la forma en que arruga la nariz cuando ríe me parece adorable.

—¿Qué te parece el profesor de educación física?

—¿Son imaginaciones mías o aprovecha cada clase para tocarle el culo a alguien?

Tras asegurarle que no son imaginaciones suyas, Ivy tiene un ataque de risa, preciosa, contagiosa, alegre y yo hago un esfuerzo por grabarla a fuego en mi memoria. Es la primera vez que la veo reír despreocupada.

Mientras seguimos hablando, me percato de que Ivy mira de reojo los trofeos de vóley que tengo en la estantería.

—¿Lo echas de menos? —pregunto en un susurro apenas audible—. ¿El vóley?

La expresión de su rostro se vuelve de pronto muy seria.

—Eso fue hace mucho tiempo ya —admite con un suspiro.

Sonrío y espero pacientemente a que siga hablando mientras de manera instintiva cojo su mano entre las mías y la aprieto para darle ánimos.

—Me encantaba, ¿sabes? —confiesa encogiéndose de hombros—. En la cancha, con la energía de la gente animando en las gradas… me hacía sentir…

—Invencible —termino la frase por ella y nuestras miradas se cruzan.

—Sí, algo así —concede.

—No quiero forzarte si no te apetece, pero en el jardín de la parte de atrás tenemos una red un poco vieja. ¿Quieres que peloteemos un poco? Solo para descansar de las matemáticas —añado, como si estuviésemos estudiando en vez de hablar de todo tipo de

temas.

Ivy asiente con la cabeza y pronto estamos pasando balones una a cada lado de la red. Simplemente los pasamos, jugamos sin ningún tipo de tensión, pero no hace falta ser muy lista para darse cuenta de que está a años luz de cualquier jugadora que yo haya visto en nuestros partidos.

Su técnica es impecable, el modo en que recibe con facilidad cualquier pelota, su toque de dedos absolutamente preciso para facilitar mi recepción. Es una maravilla solo verla jugar de manera relajada. Ni siquiera me puedo imaginar lo que sería jugar a su lado cuando estaba en su mejor momento. Hubiese dado cualquier cosa por ser su colocadora.

—Muchas gracias por todo —susurra cuando llega la hora de irse.

—Puedes quedarte a dormir, si quieres —me apresuro a proponer, mis piernas temblando en cuanto las palabras salen de mi garganta.

—No tengo pijama.

—Te dejo una camiseta —mi respuesta sale de manera automática antes incluso de que termine su frase.

Ivy me mira y sonríe.

—Una camiseta de mi padre —corrijo al darme cuenta de que me saca cerca de veinte centímetros de altura.

—Gracias, Amelia, pero creo que es mejor que me vaya. Me lo he pasado muy bien.

Y la calidez de su mano en mi cintura mientras termina la frase es suficiente como para que una corriente eléctrica recorra todo mi cuerpo y se detenga en la parte baja de mi vientre. Creo que esto empieza a ser mucho más que un simple crush.

Capítulo 7

Ya empieza a parecerse a una costumbre, pero una vez más, me despierto en medio de deliciosos sueños sobre cierta chica alta con los ojos color avellana.

No consigo sacar de mi mente los recuerdos de la tarde de ayer. Su risa, la manera en que arruga la nariz cuando sonríe, la tímida vulnerabilidad en sus ojos cuando se menciona el vóley.

En el instituto, trato de dejarle espacio, pero cada vez que la veo, mi corazón pega un pequeño salto mortal y un millón de mariposas revolotean en mi estómago.

—Estás de buen humor esta mañana, por lo que parece —comenta Jenna entre clases.

—Sí —exclamo, y apenas puedo contener un suspiro.

—Y supongo que no tiene nada que ver con cierta chica nueva, alta, con brazos definidos y mirada melancólica, ¿verdad?

—¿Ya estás otra vez con eso? Solo intento ser su amiga, nada más —me apresuro a responder en un intento por disimular que no creo que haya cumplido su objetivo.

—¿Amigas que de repente estudian juntas todas las noches? —pregunta Jenna alzando una ceja.

—Solo fueron dos tardes —aclaro.

—Y una se quedó a dormir.

—Sí,

—En la misma cama que tú. Por cierto, no me has contado nada de esa noche —bromea Jenna.

—Eres una guarra.

—Venga ya, Amelia. Conozco esa expresión en tu rostro y puedo ver que estás muy pillada por la chica nueva.

—¡Qué manía tienes de alzar la voz, joder! —protesto, pegándole un golpe en el hombro para que se calle.

Pero incluso mientras lo niego, mi mirada se desvía hacia Ivy. Se sienta en una mesa de la última fila y garabatea algo en su cuaderno ajena a todo el parloteo anterior al inicio de la clase. Y sin pensarlo, me sorprendo a mí misma hipnotizada por la línea de su mandíbula, por los rebeldes mechones de pelo castaño que se han escapado de su trenza…

—Tierra llamando a Amelia —Jenna chasquea los dedos justo delante de mi cara, sobresaltándome—. Se te nota una barbaridad. Tienes que cortarte un poco o decirle lo que sientes de una vez. No te puedes quedar así mirándola fijamente. Da un poco de yuyu. Pareces una perturbada.

Y si en la clase de matemáticas no puedo dejar de mirarla, tras la de educación física, en el vestuario, preferiría que la tierra me tragase. Hasta Jenna tiene que ponerse delante de mí para que deje de mirarla fijamente mientras se ducha y así evitar que me ponga en ridículo si alguien más se da cuenta.

Ha vuelto a esconderse tras su armadura. Tan solo me ha dedicado alguna sonrisa tímida mientras nos cruzamos por los pasillos, pero nada más. Ni siquiera ha querido sentarse en la mesa con nosotras a pesar de que se lo he pedido dos veces.

Y el resto del día transcurre entre una bruma de pensamientos a la deriva y miradas

furtivas que no me conducen a ningún buen camino, así que decido consultar con Jenna y admitir mi reciente obsesión.

Mi amiga me escucha pacientemente tras el entrenamiento, dejándome divagar sobre mis confusos sentimientos sin interrumpirme en ningún momento.

—Sí que estás colada por esa chica —apunta una vez que termino de hablar.

—¿Tú crees?

—Cariño, esto es bastante más que un crush pasajero. Acabas de describir todos y cada uno de los síntomas en el libro de los enamoramientos. Pero si hasta sueñas con ella cada noche.

—¿Es tan evidente? —pregunto, escondiendo mi cara entre las manos.

—Dolorosamente evidente —confirma Jenna.

—Es que creo que nunca me había sentido así, pero ahora empieza a abrirse un poco conmigo. Por fin hemos tenido conversaciones algo más privadas. No quiero que se asuste y estropearlo todo. No quiero que se aleje de mí ahora que estamos más cerca —suspiro, raspando la suela del zapato sobre el suelo.

—Reprimir tus sentimientos tampoco te servirá de nada. Quizá deberías decirle la verdad antes de que se compliquen más las cosas. Si ella no siente lo mismo, bueno, no es el fin del mundo. Eso sí, déjale bien claro que en este pueblo tampoco es que tenga mucha elección si quiere tirarse a una chica de su edad, que aquí somos muy conservadores —bromea, pegándome un suave puñetazo en el brazo.

—Estás loca, joder. Solo piensas en eso —me quejo.

—¿En qué quieres que piense? Acabamos de cumplir 18, tener las hormonas disparadas es lo normal a nuestra edad y la chica esa también tendrá sus necesidades —añade como si fuese lo más natural del mundo.

—Creo que Ivy sería capaz de convencer a más de una que se cree muy hetero —suelto sin pensar.

—Razón de más para que espabiles y te des prisa, guapa. Que un pibón como ella no se va a quedar esperando por ti toda la vida.

Sacudo la cabeza y me muerdo el labio con inseguridad. Por muy aterrador que suene confesar mis sentimientos, en el fondo, sé que Jenna tiene razón. Lo que más me preocupa es que Ivy quiera apartarme de su vida si no siente lo mismo.

Esa noche, doy vueltas y más vueltas en la cama. Incapaz de dormir. Mi mente repasa mil escenarios. Ivy enfadándose conmigo, diciéndome que no saldría conmigo ni aunque fuese la única lesbiana de Asteria Heights… Ivy sintiendo lo mismo por mí y fundiéndonos en un maravilloso beso.

Sobre las dos de la madrugada, tomo la decisión. Voy a decirle la verdad sobre lo que siento. Abriré mi corazón, confesaré mis sentimientos por ella y lo que ocurra después, estará fuera de mi control, pero no puedo seguir así por más tiempo.

Me lo repito a mí misma como un mantra hasta que por fin me quedo dormida. Mañana pondré mi corazón en juego y entonces… bueno, entonces solo el tiempo lo dirá.

Capítulo 8

Las tortitas parecen mirarme fijamente desde el plato como preguntándose si me las voy a comer o no. Empujo los trozos con desgana, mi estómago demasiado revuelto como para pensar en desayunar. Me gustaría contarle a mi padre que estoy lista para abrir mi corazón a Ivy. Siempre he tenido muy buena relación con él, pero solo de pensar en su más que probable reacción, me dan ganas de hundirme en el suelo y desaparecer.

—¿Ocurre algo? Estás muy callada esta mañana —deja caer mientras se levanta para rellenar nuestras tazas de café—. ¿Va todo bien?

—¿Qué? Ah, sí, todo bien —murmuro tratando de buscar una salida a mis pensamientos.

Rodeo la taza de café con las manos, buscando que el calor me reconforte y bebo un largo sorbo que me escalda la garganta. ¡Qué penoso! Ni siquiera sé disimular. No estoy acostumbrada a mentir y mi comportamiento es de lo más sospechoso.

Mi padre me mira con curiosidad, el vapor que desprende su taza ha empañado los cristales de sus gafas.

—¿No me vas a decir qué te ocurre? —pregunta de nuevo, arqueando sus tupidas cejas.

Sonrío, trato de disimular, pero sé que soy muy poco convincente. Las palabras se atascan en mi garganta, y sé que es ahora o nunca, no quiero que haya secretos con mi padre. Nunca los ha habido. La nuestra no es la típica relación de los adolescentes con sus padres. El mío siempre ha estado ahí, siempre me ha escuchado.

Dejo la taza sobre la mesa y me limpio las palmas de las manos al mantel que de pronto, han empezado a sudar.

—A ver, no sé muy bien cómo decírtelo. En realidad, sí que pasa algo —admito con un suspiro.

Mi padre corta un trozo de una de sus tortitas y se la mete en la boca, en espera a que por fin me arme de valor para proseguir.

—Últimamente, he pasado más tiempo con… bueno, ya sabes, con Ivy Scott, la chica nueva del instituto —continúo.

Observo con atención el rostro de mi padre para ver cómo reacciona al escuchar el nombre de Ivy, pero sigue masticando su tortita plácidamente como si no me hubiese oído.

—Como te decía, hemos estado hablando más y he empezado a conectar de verdad con ella, o eso creo. Al menos, nos hemos acercado mucho y… —¿por qué le estoy dando tantas vueltas? Respiro hondo, e intento sacarlo todo de golpe, como si me arrancasen una tirita—. Creo que empiezo a tener sentimientos más profundos por ella… sentimientos…románticos, supongo.

Bajo la voz al decir esas últimas palabras, observando a mi padre. Ya está. Ya lo he dicho. Por fin ha salido a la luz. Aprieto los puños bajo la mesa y siento cada latido de mi corazón en la sien. Bajo la mirada y la levanto poco a poco hasta encontrarme con los ojos de mi padre.

Un estruendo me hace saltar del susto cuando el cuchillo se le escapa de los dedos y cae sobre el plato.

—¿Sientes qué? —balbucea con la boca todavía llena de tortitas.

Respiro hondo, levanto la barbilla y le sostengo la mirada. No quiero desafiarle, pero

tampoco quiero callarlo.

—Creo que empiezo a sentir algo por Ivy, papá. Y voy a decírselo —confieso. Y al mencionarlo en voz alta, es como si me quitase de pronto un gran peso de encima. Vuelvo a respirar con normalidad. Ha costado soltarlo, pero ha sido liberador.

Mi padre me observa boquiabierto durante unos segundos y luego se lleva las yemas de los dedos a la frente, masajeándola como si le doliese la cabeza.

—Amelia —dice muy serio—. ¿Estás segura de que seguir adelante con eso es buena idea?

Su tono condescendiente me irrita. Ya no soy una niña pequeña.

—¿Por qué no iba a serlo? —pregunto a la defensiva.

Mi padre suspira y me mira con expresión muy seria. Casi severa.

—Sabes que yo solo quiero que seas feliz y…

—¿Lo quieres? —le interrumpo—. Porque ahora mismo no tienes pinta de estar precisamente encantado con lo que acabo de decir.

—Por favor, escúchame —exige levantando una mano—. Sé que te importa esa chica, pero viene con un pasado bastante turbio. Un pasado en el que no quiero que te veas envuelta. No quiero que te precipites por una tontería y te hagan daño. Crecer en este pueblo te ha hecho bastante inocente y esa chica ha visto y seguramente experimentado mucho para su edad.

—¿Una tontería? —sus palabras encienden una punzada de ira dentro de mí—. ¿Consideras una tontería que tu única hija esté enamorada de alguien? Ah, vale, que Ivy ha cometido algunos errores hace un par de años. Y claro, solo por eso tenemos que excluirla, hacerla ver que es una apestada y que no queremos nada con ella. Porque es una causa perdida, ¿verdad? Está rota, es mercancía dañada. ¡Qué se joda Ivy Scott! Toda su vida tiene que irse para siempre a la mierda por un jodido error cuando tenía dieciséis años. ¡Menudo ejemplo de mierda me estás dando como padre! —grito sin saber por qué.

Mi padre frunce sus pobladas cejas, pero trata de mantener la calma y no entrar en una discusión acalorada.

—No estoy diciendo eso. Entiendo que esa chica ha pasado por muchas cosas. Muchas más de las que tendría que pasar cualquier adolescente de su edad. Pero sabes que en Miami se metió en asuntos peligrosos: drogas, escándalos.

—No sabes nada de ella en realidad. Te estás dejando guiar por cuatro cosas que han publicado en internet que ni siquiera sabes si son ciertas. No has escuchado su versión —protesto alzando la voz—. Además, sea lo que sea, todo eso ocurrió en el pasado. Ivy no es así ahora. Es buena chica, puedo verlo, solo necesita que la gente crea en ella y deje de juzgarla por rumores estúpidos sacados de internet. ¿Tú sabes la cantidad de mierda que se dice de ella en el instituto?

—Amelia, tan solo intento ser realista —interrumpe mi padre, ahora sí levantando la voz —. Esa chica viene con demasiado equipaje a sus espaldas y por lo que he escuchado es muy problemática. Creo que lo que sientes por ella te ha nublado el juicio, cariñó —añade.

—Ya veo que eres de lo que habla con criterio —escupo, levantándome de golpe y empujando la silla hasta que cae al suelo—. Justo lo que me dices que no debo hacer, juzgar sin saber. Desde que llegó Ivy no has hecho más que hablar mal de ella. Te has negado en todo momento a saber más sobre ella, a darle la más mínima oportunidad. Pero claro, te tragas cualquier gilipollez que confirme tus prejuicios sobre Ivy; que si tomaba drogas, que si se follaba a medio equipo… Muy bien papá, me estás dejando muy claro cómo eres de

verdad —espeto.

—¡A mí no me hables así, Amelia! —grita, pegando un fuerte manotazo sobre la mesa que hace saltar los platos—. Solo quiero lo mejor para ti.

—¿Y eso es lo mejor para mí? Porque se te llena la boca diciendo que aceptas plenamente que sea lesbiana y me parece que ese es el fondo de la cuestión, ¿no? Cuando ves que de verdad puedo tener una novia, te asustas. Claro, ¿qué dirán tus amigos en este pueblo de mierda? Una cosa es llevar una pulsera arcoíris y otra diferente ir de la mano o besar a una chica. Pues lo siento por ti, pero me da igual que lo apruebes o no, no vas a controlar de quién me enamoro — chillo a todo pulmón.

—Amelia, no tiene nada que ver con que Ivy sea una chica, sino con su pasado —trata de explicar mi padre.

Pero antes de que pueda decir una sola palabra más, me doy la vuelta y salgo furiosa de la cocina, sin tan siquiera recoger la silla que he tirado al suelo. Subo las escaleras de dos en dos hacia mi cuarto y, cerrando de un portazo, me dejo caer sobre la cama, soltando por fin las lágrimas de rabia que he tratado de detener durante los últimos diez minutos.

Pensé que mi padre me entendería. Siempre lo había podido hablar todo con él y en cambio ahora… Supongo que esperaba demasiado, había creado unas expectativas que no eran reales.

Dos horas más tarde, me reúno con Jenna en nuestra cafetería favorita y aprovecho para desahogarme sobre la bronca con mi padre. Mi amiga me escucha con una paciencia infinita, asintiendo con la cabeza mientras me enfado y lloro en su hombro.

—Siento que reaccionara así, ya sabes cómo son los padres —explica con dulzura mientras me da un pañuelo de papel para que me seque las lágrimas y el rímel corrido—. Aun así, no puedes dejar que tu padre decida por ti. No sabes los problemas que me causa el mío con cada nuevo novio.

—Es que tus novios no son de lo más recomendable que digamos —bromeo.

—Está bien que nos den consejos, pero debemos seguir nuestro corazón, incluso si eso nos lleva a equivocarnos —agrega, ignorando por completo mi comentario.

Asiento lentamente con la cabeza y respiro hondo en un intento de calmarme. En el fondo, Jenna tiene razón, debo seguir a mi corazón con esto, incluso si mi padre piensa lo contrario. No es más que un testarudo sobreprotector.

—Intenta recordar que nuestros padres vienen de una generación diferente y solo quieren protegernos demasiado —me recuerda—. Estoy segura de que acabará aceptándolo.

—Espero que tengas razón —suspiro, sintiendo cómo mi enfado se va disipando y se transforma en tristeza—. Odio pelearme con él de ese modo, ya sabes que normalmente nos llevamos muy bien.

—Es que nunca le has dado ningún motivo para llevarse ningún disgusto. No eres la típica adolescente. No bebes, te controlas en las fiestas, no te acuestas con nadie, sacas buenas notas. Joder, eres perfecta, ¿cómo va a enfadarse contigo? Esta es la primera vez que le has llevado la contraria.

—Es que me ha molestado mucho que dijese que lo que siento por Ivy es una tontería —le explico.

—A mí me suena a amor a primera vista —bromea mi amiga con un guiño de ojo.

Meneo la cabeza entornando los ojos y siento cómo se me sonrojan las mejillas.

—Puede que sí. Lo único que tengo claro es que, por mucha vergüenza que me dé, por mucho que me cueste, tengo que decirle a Ivy la verdad sobre lo que siento por ella. No

importa lo que diga mi padre, ya me ocuparé de eso más tarde. Ivy merece saberlo y yo tengo que soltarlo, para bien o para mal, o si no, me volveré loca. No puedo seguir así.

Jenna sonríe y me da un golpe cariñoso en el hombro.

—Mírate. Así me gusta, valiente.

No puedo evitar soltar una pequeña carcajada al verla arquear las cejas.

Esa noche, tumbada en la cama, mi mente repite en bucle preciosos escenarios. Me imagino caminando de la mano con Ivy por los pasillos del instituto, bailando con ella en el baile de fin de curso, riendo mientras tomamos un helado, colando mis manos por debajo de su camiseta para acariciar sus senos.

Imagino su cara cuando se lo diga. Probablemente, colocará detrás de la oreja ese mechón de pelo rebelde, como hace cuando se siente vulnerable. Quizá esos hermosos color avellana se llenen de ilusión. Mañana daré el salto. Pase lo que pase. Necesito sacarlo de mi interior. No puedo seguir así. Si me dice que no, será un golpe muy duro, pero debo intentarlo. Solo espero no estropear la amistad que está surgiendo entre nosotras.

Capítulo 9

Siento cada latido de mi corazón en la sien al ver a Ivy junto a su taquilla justo antes de comer.

Hoy es el día. Tengo que hacerlo. Debo sacarlo de una vez porque me está consumiendo. Ha llegado el momento, expondré mis sentimientos y solo espero que salga bien, porque las piernas me tiemblan como si fuesen espaguetis demasiado cocidos.

Vamos, Amelia. Cíñete al plan que llevas repasando toda la noche.

Ivy levanta la vista y me saluda con la mano al darse cuenta de que me acerco a ella. Fuerzo algo que espero que se parezca a una sonrisa despreocupada y doy los últimos pasos temblando.

—Ivy, estaba pensando que… —mierda, ¿mi voz siempre suena tan aguda? Me aclaro la garganta y vuelvo a intentarlo en un tono más bajo—. Bueno… hace un día soleado hoy. No sé, ¿te gustaría comer fuera, en el parque frente al instituto? Podríamos dar un paseo hasta allí y comer al aire libre.

Joder, ha sonado patético.

Ivy parece sorprendida, pero sonríe y acepta mi sugerencia. Respiro aliviada porque no me ha pedido ninguna aclaración sobre mi extraño comportamiento y eso que me costó la misma vida sacar las palabras de mi garganta. Cogemos unos sándwiches de la cafetería y salimos fuera del instituto, hacia el parque.

Es una de las mejores cosas que tiene ser estudiante de último curso. Nos permiten salir a comer fuera si queremos. No es algo que se suela hacer, sobre todo en invierno cuando está todo lleno de nieve. En cambio, ahora en primavera, no es extraño ver a alguna parejita comiendo tranquilamente en el parque mientras se dan cariñitos.

Siento un nudo en la garganta solo al darme cuenta de lo que acabo de pensar. ¿Eso somos? ¿Una parejita que va a darse mimos mientras come? Ojalá. Sería como que me tocase la lotería.

Tranquila, Amelia. Puedes hacerlo. Son solo tres palabras. Bueno, técnicamente, cinco palabras “Siento algo por ti, Ivy”. Ya está. Lo sueltas de golpe y esperas a ver cómo reacciona. Pan comido. Ya lo tienes.

Joder, creo que voy a vomitar.

En el parque, encontramos un banco soleado algo apartado de los senderos principales. Es un sitio precioso, uno de mis favoritos. Rodeado de un sauce llorón, es de los lugares más románticos que se pueden encontrar en este pueblo.

Ivy se sienta y echa la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos. Es como si quisiese atraer todo el sol del mediodía sobre su piel. Está súper relajada. Ojalá pudiese grabar esa imagen para siempre en mi memoria.

—Me gustaría decirte una cosa —suelto de pronto, mi voz justo por encima de un susurro.

Ivy abre los ojos lentamente y parpadea un par de veces curiosa.

—A ver, no sé cómo empezar a decirte esto —yo misma me detengo y respiro profundamente.

—¿Por el principio?

—Ya, es que no es nada fácil. Lo primero, me gustaría que no cambiase nada entre nosotras después de lo que te voy a decir. De verdad, estoy nerviosísima en estos momentos.

—¿Quieres soltarlo de una vez, joder?

—Dime que no va a cambiar nada —insisto.

—Eso no te lo puedo decir, porque no sé lo que me quieres contar.

—Por favor.

—Está bien. No va a cambiar nada.

—Vale… a ver…desde el primer día que llegaste al instituto, me sentí atraída por ti. Es como si necesitase conocerte y… —me detengo y trato de forzar una sonrisa que me dé confianza—. Estos días que estamos pasando más tiempo juntas me estoy dando cuenta de que significas mucho para mí —me seco el sudor de las manos en el pantalón antes de seguir hablando—. Pienso que eres una persona increíble y… bueno, siento algo por ti. Sentimientos de verdad, no solo amistad. Yo…

—¿Quieres salir conmigo? —me interrumpe al ver que estoy tartamudeando.

—Sí, creo que eso es lo que estoy tratando de decir —reconozco con un largo suspiro.

Ya está. Por fin ha salido a la luz.

Durante unos instantes que se me hacen angustiosos, Ivy se me queda mirando con los ojos muy abiertos, como si se lo hubiese dicho en griego antiguo o alguna lengua muerta.

El silencio se alarga. Incómodo.

Mierda.

¿He interpretado mal las cosas?

¿Y si no quiere volver a acercarse a mí?

—Vaya —exclama por fin—. Amelia, yo… no sé muy bien qué decir —se mira las manos y frunce el ceño pensativa—. A ver, es que apenas me conoces —aclara.

Su tono dubitativo me atraviesa el corazón como un puñal. Aprieto las manos en el borde del banco hasta que los nudillos se me quedan blancos, intentando captar cualquier detalle de su expresión que me dé más pistas, pero nada.

—Es que siento que sí te conozco. O al menos, que me he acercado algo a la verdadera Ivy Scott que hay debajo de esos muros que levantas. Además, en esto no hay nada de racional. A veces te enamoras de una persona sin saber por qué —le explico.

—¿Estás enamorada de mí? —inquiere alzando las cejas.

—Es lo que pretendo decir.

Ivy sacude la cabeza lentamente, su melena oscura cayéndole como una cortina por un lado de la cara.

—Hay demasiadas cosas que no sabes de mí, Amelia —susurra.

Por fin, levanta la mirada para encontrarse con la mía y sus hermosos ojos color avellana muestran un atisbo de vulnerabilidad. En una faceta de Ivy que nadie más tiene el privilegio de presenciar aquí en Asteria Heights. Solo yo, y eso me hace sentir especial.

—Hay muchas cosas de mi pasado que no te gustarían y si estás considerando llegar a salir conmigo, deberías saberlas. Pero necesito estar segura de que puedo confiar en ti.

Por algún motivo, intuyo que es el momento crucial, así que asiento con la cabeza en silencio y me acerco un poco más a ella, dejando que mi rodilla roce la suya en señal de apoyo. Espero que este sea el instante en que los muros que Ivy ha levantado se derrumben por fin para dejarme entrar.

—Supongo que has leído las cosas que se dicen de mí en internet, porque todo el instituto

lo sabe —expone, encogiéndose de hombros.

—Sí, aunque no me importan incluso si fuesen verdad —le aseguro.

—En Miami, desde fuera parecía que lo tenía todo: estrella del equipo de vóleibol, popular, montones de amigos —sus labios se tuercen al pronunciar esas palabras—. Pero todo era superficial. Nunca tuve a nadie con quien pudiera hablar de verdad, que conociera mi verdadero yo. La única persona era mi madre y cuando ella murió en aquel accidente, en realidad me quedé sola —confiesa con los ojos humedecidos.

Me quedo callada mientras los dedos de Ivy se afanan por hacer más grande un agujero deshilachado en sus pantalones vaqueros antes de seguir hablando.

—Al morir mi madre todo se fue a la mierda de golpe. Ya es duro perder a tu madre a los dieciséis años, pero es que encima me quedé sin mi único apoyo. Empecé a lesionarme, un psicólogo deportivo me dijo que estaba relacionado con la pérdida, pero el caso es que me estaba destrozando porque toda mi vida era el vóley. Lo dejé con mi novia y acabé… acabé aceptando tomar algo que me dio el entrenador para mejorar mi rendimiento y… bueno, ya sabes cómo acabó la cosa —parpadea varias veces mirándose los nudillos—. Nunca quise que las cosas acabasen así. Fue horrible.

Se detiene. Respira hondo, dejando salir el aire poco a poco. A continuación, su confesión parece abrir las compuertas y las palabras de Ivy comienzan a salir a borbotones, repletas de dolor.

—Tuve la mala suerte de que me pillaron en un control antidoping rutinario. Nunca los hacían y me fue a tocar a mí —explica, entornando los ojos hacia el cielo en una mueca de dolor—. La federación me suspendió por dos años al ser la primera infracción, me echaron del equipo y lo perdí todo. Mis amigos, mi estatus, mi novia. Pasé de ser la chica más popular del instituto a ser una auténtica paria. Ya no era la estrella, era la tramposa. A partir de ahí, lo único que me quedaba era mi padre y no pudo con la presión. Empezó a beber y… bueno, el resto es historia. Llevo dos años de mierda cambiando de residencia cada pocos meses y sin amigos —concluye.

—Eh, ven aquí —suspiro, envolviéndola en un cariñoso abrazo.

—Ya ves que estoy bastante rota, Amelia. No te convengo, ni a ti ni a nadie. Tan solo llevo destrucción y dolor a todo lo que toco —balbucea y siento en mi cuello la humedad de sus lágrimas.

Verla así, tan expuesta y vulnerable, me causa un dolor inmenso. No me salen las palabras, lo único que se me ocurre es abrazarla en silencio y acariciar su espalda.

—Escúchame, Ivy Scott —susurro junto a su oído sin romper el abrazo—. No estás rota, no digas eso porque no es verdad. Y si tengo que repetírtelo un millón de veces cada día para que te lo creas, te lo diré. Eres una de las personas más increíbles que conozco —le aseguro, apretando con fuerza su cuerpo y deseando que me crea.

Deja escapar una pequeña risa y me devuelve el abrazo, aferrándose a mi cuerpo como si eso pudiese salvarla de morir ahogada.

—La vida fue muy cabrona contigo. Una auténtica mierda. Te dio mucho y luego te lo quitó de repente. Te golpeó con fuerza y eso fue una putada —me detengo para separarme un poco y colocar dos dedos bajo su barbilla, levantando su cabeza hasta que nuestros ojos se encuentran—. Tú eliges cómo seguir a partir de ahora. No dejes que algo que ha ocurrido hace dos años te defina como persona. Eres muy fuerte, y yo estoy ahí para ayudarte. Como amiga o como lo que tú quieras.

Una sonrisa triste se dibuja en sus labios al escuchar mis palabras.

—Haces que parezca tan sencillo. Ojalá todo fuera tan fácil —suspira y vuelve la cara hacia la luz del sol que se cuela entre las hojas de los sauces.

—No lo sé. Quizá algún día eso que dices sea cierto. Pero ahora mismo... mi padre apenas me habla desde hace dos años. Solo para insultarme cuando se emborracha. Me repite que yo tengo la culpa de todo lo que ha ocurrido, que he sido la mayor decepción de su vida —sacude la cabeza, la amargura vuelve a aparecer en su voz—. Y de todos modos, probablemente nos mudemos de nuevo en cuanto me gradúe, o incluso antes si le echan del trabajo de nuevo, quién sabe.

Vuelve a mirarme y su expresión se vuelve aún más triste.

—Como ves, si nos dejamos atrapar por... lo que sea que haya entre nosotras, sin duda una acabaremos mucho peor de lo que estamos. Y yo ya estoy muy mal, pero tú no. No quiero hacerte daño —su pulgar roza tímidamente mis nudillos—. Nunca querría eso para ti, Amelia.

—¿No crees que soy yo la que debe decidir eso? —pregunto, apretando su mano entre las mías—. No puedes tomar por mí esa decisión, Ivy. Si quiero arriesgarme por ti, soy yo quien debe decidirlo, no tú. Si luego las cosas no funcionan y acabo herida, eso son cosas que pasan. Cuando inicias una relación esperas que todo salga bien, pero no puedes estar segura. Yo confío en ti, sé que debajo de esos muros hay una persona sensible y buena. Me da igual lo que haya ocurrido hace dos años o lo que diga la gente —le aseguro.

Ivy me mira confusa, sin saber muy bien qué decir.

—Olvida el futuro. No pienses en él. Si somos felices dos meses, eso que salimos ganando. Y si es para siempre mucho mejor. No sé dónde quieres ir a la universidad, si las cosas van bien quizá podamos ir juntas, yo todavía no lo tengo decidido y…

—Te gusta mucho adelantar los acontecimientos, ¿no?

—Sí, perdona. Todavía no hemos dado el primer paso y ya estoy haciendo planes de futuro —admito avergonzada.

Tras una pequeña eternidad, Ivy suelta un suspiro tembloroso.

—Una parte de mí sí quiere eso —confiesa en voz baja—. Me gustaría salir contigo, eres la única persona que se acercó a mí y se molestó en entenderme —añade y un precioso rubor tiñe sus mejillas ante la confesión.

—Al principio era solo para que jugases al vóley.

—Lo sé, pero lo has seguido intentando. Y ya ni siquiera sacas el tema del vóley.

—Por alguna razón intuyo que se acerca un “pero”... ¿verdad? —suspiro.

Ivy se encoge de hombros, cohibida.

—No puedo prometerte nada, Amelia. Estoy demasiado jodida por dentro —se muerde el labio y vuelve a bajar los ojos con tristeza—. Si lo intentamos, no sé si seré capaz de darte lo que te mereces.

—Vamos despacio, y lo descubrimos juntas. Sin expectativas, sin presiones. No pido nada especial, solo intentarlo, solo eso, Ivy —le aseguro.

—¿De verdad te parecería bien ir despacio? —inquiere, mordiéndose el labio inferior—. Aunque eso signifique seguir siendo solo amigas durante un tiempo, ¿mientras me lo pienso?

—Me gustaría ser más que amigas, eso no te lo voy a negar, pero cualquier momento que pueda pasar contigo me hará feliz. Independientemente de cómo evolucione esto entre nosotras, lo importante es que seamos sinceras la una con la otra. Es todo lo que pido. Yo estaré aquí para ti —apunto apretando su mano.

—Bueno, podríamos empezar por una cita y ver cómo va la cosa. Si a ti te apetece —propone y sus mejillas se sonrojan ligeramente mientras me clava la mirada.

—¿Si a mí me apetece? Joder, Ivy, he imaginado esa posibilidad un millón de veces —exclamo envolviéndola en un repentino abrazo.

—¿En serio lo has imaginado?

—Muchas veces —admito.

—¿Cómo? No quiero decepcionarte.

—Uy, no te lo puedo decir, prefiero que no te formes una mala imagen de mí todavía —bromeo, aunque de momento es mejor que no sepa las cosas que imagino antes de irme a dormir.

Sonríe y nos quedamos instaladas en un cómodo silencio, solamente roto por el canto de los pájaros y el susurro de las hojas de los árboles con cada ráfaga de viento.

Al cabo de un rato, Ivy vuelve a hablar, tan bajo que casi no puedo escucharla.

—Gracias, Amelia —no me mira, pero se acerca para darme un suave beso en la mejilla que me parece lo más maravilloso de este universo—. Gracias por escucharme y por ver en mí algo por lo que merece la pena esforzarse. Significa mucho para mí. Mucho más de lo que te puedes imaginar, te lo aseguro, porque últimamente nadie lo hace.

—No tienes que dar las gracias. Solo con estar a tu lado ya me siento la chica más afortunada de la tierra —tercio secando una lágrima rebelde que rueda por mi mejilla.

Ivy levanta mi mano para darme un ligero beso en los nudillos y aunque es solo un gesto lleno de ternura, consigue que se me acelere el corazón.

Me quedaría a vivir en ese banco del parque junto a Ivy, pero llega la hora de volver a clase y a regañadientes recogemos nuestras cosas para regresar. Nos miramos tímidamente, sonreímos y volvemos al bullicio de la escuela.

Las clases de esa tarde, ni siquiera las recuerdo. Estoy flotando en una especie de nebulosa. El recuerdo de los suaves labios de Ivy en mi mejilla o mis nudillos, perdura como una marca.

—¿Y esa sonrisa de boba en tu cara? —pregunta Jenna arrastrándome hasta el baño más cercano.

Solamente me encojo de hombros, pero mi cara de felicidad se lo dice todo. De eso estoy segura.

—¿Supongo que fue bien con Ivy Scott?

—Fue perfecto —admito con un largo suspiro—. Vamos a empezar a salir. Poco a poco. De momento, vamos a tener nuestra primera cita a ver cómo van las cosas. Estoy que no me lo creo.

—Joder, ¡vais a ser la pareja del año! —exclama mi amiga empezando a bailar.

***

Esa noche, mientras me preparo para irme a la cama, mi teléfono recibe un mensaje y mi corazón se salta varios latidos al observar que es de Ivy.

Ivy: 23.30. Gracias por lo de hoy, de verdad. No puedo dejar de pensar en ti. Dulces sueños.

Me derrito en la almohada mientras contesto y abrazo el móvil con fuerza contra mi pecho. Está pensando en mí y darme cuenta de ello hace que me recorra una oleada de vértigo.

Acurrucada bajo las sábanas, dejo que los párpados se me cierren con un suspiro de satisfacción. La imagen de su sonrisa aún brilla en mi mente. Ahora, todo parece posible.

Capítulo 10

A la mañana siguiente, atravieso la jornada escolar envuelta en una cálida neblina. Mi mente es incapaz de dejar de reproducir en bucle las palabras de Ivy del día anterior. Después de semanas de suspiros e incertidumbre, parece demasiado bueno como para ser verdad.

En la clase de matemáticas, en vez de tomar apuntes, miro atontada por la ventana. Me imagino caminando con Ivy de la mano bajo los árboles o riendo con ella tumbadas sobre la hierba.

Estoy tan perdida en mis pensamientos que ni siquiera me doy cuenta de que Jenna arruga un trozo de papel y me lo lanza, hasta que rebota en mi frente.

—Tierra a Amelia —bromea cuando me giro para fulminarla con la mirada—. ¿En qué planeta estás ahora? Llevas con la mirada idiota toda la mañana.

—Todavía no me creo que vayamos a tener una cita —susurro cuando el profesor se da la vuelta para explicar una fórmula en la pizarra.

—Relaja. No empieces a planear todavía vuestra boda.

—Eres boba.

—Te lo digo en serio. Si esa chica ve que vas lanzada se va a echar atrás. Es muy reservada. Necesita que le des tiempo, ir poco a poco para que se sienta segura y siga abriéndose contigo. Sigue demostrándole que puede confiar en ti —sugiere.

Por desgracia, nuestra conversación se acaba demasiado pronto, porque el profesor escucha el cuchicheo y nos manda callar de inmediato. Tan solo levanto el dedo pulgar en dirección a Jenna, asegurándole que haré lo que ella dice.

Una vez que termina la clase, me sorprendo buscando involuntariamente a Ivy entre el bullicioso grupo de estudiantes. En cuanto diviso su pelo castaño desde atrás, mi corazón da un vuelco, es como si me hipnotizara.

—Podrías tratar de disimular mínimamente —expone Jenna, pegándome un codazo en las costillas—. No sé, al menos intenta parpadear de vez en cuando para no parecer gilipollas.

Meneo la cabeza y le doy un manotazo en el hombro, pero estoy demasiado eufórica como para pensar en una réplica. Durante todo el día he estado echando miradas a Ivy siempre que he podido, agradecida de que sea un instituto pequeño y compartamos tantas clases. Sus tímidas sonrisas cuando me pilla observándola hacen que se me detenga el corazón. No recuerdo haberme sentido nunca así por alguien.

Sé que hemos acordado no comentar nada con nadie hasta que tengamos una cita y veamos cómo va, pero nada me gustaría más que acercarme a ella y abrazarla en estos momentos. Solo pensar en que tras las clases vendrá de nuevo a mi casa a estudiar hace que me tiemblen las piernas y no pueda concentrarme en ninguna de las asignaturas.

Cuando termino el entrenamiento de vóley, me ducho a toda velocidad y salgo disparada hacia mi coche. Mis compañeras me miran con sorpresa, casi siempre nos quedamos un rato hablando. Todas menos Jenna, que parece estar sufriendo un ataque de risa.

Necesito toda mi fuerza de voluntad para no besar a Ivy en cuanto entra por la puerta. En lugar de eso, la empujo suavemente y la llevo a mi habitación, ante la mirada severa de mi padre al que sigue sin hacerle ninguna gracia que pase tiempo con ella.

—Sé que pronto tendremos un nuevo examen de historia, pero ¿te parece que esta noche repasemos química? —pregunto con indiferencia, tratando de aparentar que no estoy nerviosa.

Ivy alza las cejas y sonríe sorprendida.

—Probablemente deberíamos centrarnos en historia. Si tus notas bajan por mi culpa tu padre nos va a matar a las dos.

—En eso tienes razón. A mí, varias veces seguidas —reconozco, frotándome la nuca.

Tras varios minutos intentando interrogarnos en las preguntas principales, mis ojos no paran de desviarse hacia sus labios y cada vez que nuestras rodillas se rozan, siento un cosquilleo entre las piernas que me pone muy nerviosa.

—Entonces, en cuanto a todo lo que hablamos ayer y a nuestra cita… —interrumpo, secándome el sudor de las manos en los pantalones vaqueros.

Para mi sorpresa, Ivy hace un pequeño gesto de disgusto. Parece tensarse y sus ojos se posan en sus manos, que tiene dobladas sobre el regazo.

—Joder, ¿no podemos olvidarlo hasta que tengamos esa jodida cita? ¿Tenemos que volver a repetir todo eso ahora? Ya descargué ayer demasiada mierda emocional en ti —protesta.

—¿Jodida cita? —pregunto con un hilo de voz.

—Lo siento, no he querido utilizar esa expresión. Ayer fue una liberación, pero demasiado pronto como para haberme abierto de ese modo. Luego pasé toda la noche inquieta, sin poder dormir. Vamos a centrarnos en el examen de historia —propone.

Su evidente incomodidad es como si me tirasen un jarro de agua fría por encima.

—Eh, no, no digas eso —susurro, cogiendo su mano entre las mías—. Me alegro mucho de que hayas podido abrirte de esa manera. Para mí es muy importante que consideres que puedes confiar en mí. Quiero que sigas dejándome entrar poco a poco en tu vida, es todo lo que pido —le aseguro.

Su postura se relaja ligeramente. Esboza una sonrisa e incluso levanta la palma de su mano para entrelazar nuestros dedos por primera vez.

—Es que... hay mucho que procesar, demasiado —admite encogiéndose de hombros—. Llevo mucho tiempo sin confiar en alguien lo suficiente como para hablar de esas cosas. Supongo que me hace sentir vulnerable y eso es algo que no me gusta.

—Tómate todo el tiempo que necesites, Ivy —expongo apretando su mano—. Incluso si nuestra cita sale mal y decidimos seguir siendo tan solo amigas, sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras. Porque no has cambiado de opinión con lo de la cita, ¿no? —inquiero nerviosa.

Al escuchar mi pregunta, Ivy levanta la mirada y en sus labios se dibuja una sonrisa que me deja sin aliento.

—No, sigo pensando que es bueno que tengamos una cita, pero hoy hemos quedado a estudiar para el examen de historia —me recuerda con un guiño de ojo.

—Tienes razón —admito—. Es solo que…

—¿Qué?

—Cada vez me cuesta más estudiar cuando te tengo delante. ¿No sé si te he dejado ya claro que empiezo a estar muy pillada por ti?

—¿De verdad? ¿La capitana del equipo de vóley? ¿Le gusto a una chica popular como cuando estaba en Miami? —pregunta muerta de risa.

—Deja de reírte de mí, por favor, Ivy. Sabes perfectamente que podrías salir con

cualquier persona del instituto si tu quisieras —le aseguro muy seria.

—Es que en el caso de querer salir con alguien, solo hay una persona y la tengo delante —interrumpe, y a mí se me detiene el corazón al escuchar sus palabras—. Nadie me comprende como tú.

—A este paso no vamos a repasar historia —suspiro.

—Lo sé —responde, levantando mi mano derecha para besar suavemente mis nudillos.

—Puf, Ivy —siseo, mordiéndome el labio inferior y con el corazón latiendo tan fuerte que temo que pueda tener un infarto.

El aire entre nosotras cambia de pronto, como si el mundo entero hubiese dejado de girar. Su pulgar traza tímidos círculos en el reverso de mi mano y el simple contacto enciende mi piel. Su mirada se detiene en mi boca e involuntariamente llevo la mía a sus labios entreabiertos.

Suspira y se acerca un poco más. Cierro los ojos esperando sentir sus suaves labios en los míos, pero en el último segundo se detiene, inhalando bruscamente.

—Deberíamos… —señala vagamente el libro de historia—. ¿Probablemente deberíamos centrarnos en estudiar para el examen?

Trato de forzar una sonrisa despreocupada, pero me atraviesa una decepción difícil de describir con palabras.

—Sí, claro… supongo que tendremos tiempo de sobra para otras cosas más adelante —suspiro desviando la mirada.

Durante la hora siguiente, nos acomodamos en nuestro ritmo de estudio habitual, aunque ahora nuestras manos no dejan de encontrar excusas para rozarse, encendiendo cada vez que lo hacen mariposas en mi estómago.

Cuando por fin terminamos el repaso, ninguna de las dos parece querer separarse. En lugar de eso, nos quedamos torpemente junto a la puerta principal, con el aire entre nuestros cuerpos repentinamente cargado.

—Bueno, ¿nos vemos mañana en el instituto? —pregunto, odiando la idea de despedirme. Quiero aferrarme a estos hermosos momentos juntas un poco más.

—Obviamente nos vemos mañana en el instituto. No es un lugar tan grande —bromea mientras se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

Joder, es adorable.

Antes de que me lo piense demasiado, me inclino hacia ella y le beso suavemente la mejilla. Ivy inspira suavemente al sentir mis labios y esboza una sonrisa radiante.

—¿Y eso?

—Solo porque estoy muy contenta de que hayas entrado en mi vida —respondo sin saber qué más decir.

—Yo también, lo estoy, Amelia Thomson —me asegura, tocando suavemente con su dedo la punta de mi nariz—. Hasta mañana.

Cuando por fin cierro la puerta de la casa, no creo que mis pies toquen el suelo ni una sola vez mientras floto escaleras arriba. Necesito hablar con Jenna o mi cabeza va a estallar.

—¡Respira, Amelia! —ríe mi amiga—. Vais a hacer una pareja genial.

Me dejo caer en la cama, abrazando con fuerza una almohada para contener mi alegría.

—¿Esto es lo que se siente al estar drogado? —pregunto, colocando el teléfono móvil frente a mi cara—. Porque ahora mismo estoy tan colocada con Ivy que podría irme flotando en una nube.

—Así de mal, ¿eh? —se burla Jenna con cariño.

Nos quedamos al teléfono hasta altas horas de la noche analizando cada detalle de mi futura primera cita con Ivy. Jenna insiste en que tengo que hacer algo especial, así que tratamos de pensar en alguna idea asombrosa que deje a Ivy boquiabierta y derrita su corazón.

Aunque cuando recibo un nuevo mensaje en el móvil, es mi corazón el que se derrite.

Ivy. 23.58. Dulces sueños. No puedo dejar de sonreír pensando en ti. ¿Cuándo quieres esa primera cita?

Capítulo 11

Para mi desgracia, lo de flotar en una nube dura bien poco, sobre todo con la presión de un importante partido de vóley esta tarde.

En el último mes y medio, la moral de nuestro equipo está por los suelos. Jenna diría que un poco más abajo todavía. Según ella, nos acercamos al núcleo de la Tierra. Acumulamos una derrota tras otra y si no hacemos algo para cambiar los resultados, obtendremos la dudosa gloria de ser el peor equipo en la historia de nuestro instituto. Algo que ya estuvimos a punto de hacer el año pasado.

Durante el almuerzo, Ivy se adelanta y la veo en la cola cogiendo una ensalada. Sin poder resistirme, me acerco con sigilo por detrás y le hago cosquillas, haciéndola saltar y casi volcar la bandeja.

—¡Joder, Amelia! —protesta, pero en sus labios se dibuja una preciosa sonrisa.

—No he podido evitarlo —admito—. Escucha, ¿vienes a ver el partido esta tarde? Sé que no quieres saber nada del vóleibol, pero para mí significaría mucho que vinieses a verme.

—Ya, este año no es que el equipo esté consiguiendo muy buenos resultados, ¿eh?

—Más bien no —confieso dejando escapar un largo soplido.

Ivy arruga la nariz, con esa forma adorable que tiene cuando se concentra o está contenta por algo.

—Estaré allí y seré tu mejor fan —me asegura, cogiendo mi mano y apretándola ligeramente.

Sonrío y tengo la repentina tentación de besarla en medio de la cafetería, pero hemos quedado en ir muy poco a poco y todavía no es algo oficial. Ni yo misma tengo claro si estamos saliendo o tan solo somos buenas amigas que sienten algo entre ellas. Y juro que esta situación me está desquiciando, pero Jenna insiste en que me lo tome con calma y le deje espacio. A este paso me voy a volver loca.

A medida que se acerca la hora del partido, el ambiente en el vestuario se hace más tenso y apagado. Mis torpes intentos de dar un discurso motivador a mis compañeras caen en saco roto. Las otras chicas asienten sin entusiasmo, atándose las zapatillas y mirando al suelo.

Su evidente resignación ante el más que posible resultado me provoca una llamarada de ira. ¿Es que ni siquiera quieren intentarlo? Pero la lucha desaparece tan rápido como surge, yo misma empiezo a aceptarlo. Creo que todas estamos ya agotadas de tanto perder.

Durante el calentamiento, observo las gradas. Jugamos en nuestro instituto y el gimnasio se llena en cada partido. La única diferencia con años anteriores es que empiezo a pensar que ahora la gente viene para abuchearnos más que para darnos ánimos. Calentamos sin ganas, con continuos fallos, como si ya hubiéramos sido derrotadas antes incluso del primer saque.

Cuando empieza el partido, busco con la mirada en las gradas hasta que encuentro a Ivy sentada cerca de la parte superior, animando en voz alta. Incluso se ha puesto una sudadera de nuestro instituto que ni siquiera sabía que tenía.

Grita mi nombre y su voto de confianza me levanta un poco la moral.

Sin embargo, a medida que avanza el encuentro, queda dolorosamente claro que hoy no será diferente a los partidos anteriores. Fallos en el saque, remates flojos, malas recepciones.

Antes de que me quiera dar cuenta acabamos discutiendo entre nosotras mismas por cualquier tontería. Cada una culpa a la otra por un supuesto error en vez de animarnos como deberíamos hacer.

Con cada jugada fallida siento la frustración de mi padre en el banquillo. Aprieta los puños y tensa los hombros mientras nos ve fallar otro remate fácil. Ver cómo le está afectando esta horrible temporada me hace sentir vergüenza y decepción. Se merece algo mucho mejor que esto después de dedicar su vida a entrenar.

El primer set transcurre casi en blanco para nosotras. Ni siquiera puedo contar las veces que una de nuestras rematadoras ha sido bloqueada por las rivales. Entiendo que no es su puesto natural, le falta altura y capacidad de salto. Mi padre la está haciendo jugar en esa posición porque no tenemos a otra que pueda cubrir ese puesto. Nuestra líbero hoy no da una y yo, como colocadora, tampoco es que esté haciendo maravillas.

Se me forma un nudo en el estómago al escuchar los murmullos del público, aunque ya han empezado a dejar de ser murmullos y llegan a nuestros oídos con nitidez. Mientras caminamos hacia el banquillo, mi padre nos hace un gesto brusco para que nos apiñemos, con el rostro tenso por un enfado que apenas puede contener.

—¡Vamos, chicas, poneos las pilas de una vez, joder! —nos amonesta, claramente irritado—. ¡Trabajad juntas, hablad, comunicaos y dadle la vuelta a esto! Sois mejores de lo que estáis demostrando —grita.

Asentimos a su sermón bajando la mirada, aunque sus palabras parecen vacías. De vuelta a la cancha, intentamos recuperarnos, pero ya es demasiado tarde. La frustración de las últimas semanas ha destrozado nuestra confianza.

El segundo set es más de lo mismo. El equipo contrario nos barre. Nuevos fallos en todas las posiciones, enfados y malas caras entre nosotras. Un auténtico desastre. Ojalá le hubiese dicho a Ivy que se quedase en su casa. Hubiese preferido que no tuviera que presenciar esto.

Las oponentes celebran otro punto fácil y el partido se acaba. Desvío la mirada hacia mi padre pero pronto debo bajar los ojos por la enorme decepción que se dibuja en su rostro. Verle tan angustiado por nuestro fracaso hace que se me salten las lágrimas. Sé que este año va a ser muy duro para él.

En el vestuario reina un silencio sepulcral. Algunas de las chicas ni siquiera se duchan. Se ponen un chándal y se van con sus familias. Las que se quedan permanecen sumidas en sus propios pensamientos, como si quisieran desconectar con la realidad. Los resultados pesan ya como una losa.

Tras una rápida ducha, salgo de los vestuarios y encuentro a Ivy esperándome en el pasillo. Al verla, ya no puedo contener las lágrimas. Inmediatamente se acerca a mí y me envuelve en sus brazos. Aprieta mi cuerpo contra el suyo y yo me aferro a ella, llenando de lágrimas su camiseta.

—La próxima vez lo conseguirás —murmura, acariciándome suavemente el pelo. Me da un cariñoso beso en la frente que consigue calmarme bastante.

—Esto es una mierda —admito.

—No más lágrimas —susurra, secando las que ruedan por mis mejillas con sus pulgares —. Odio verte así de triste, pero tenéis que cambiar muchas cosas si queréis mejorar.

Consigo esbozar una sonrisa algo triste y asentir con la cabeza. Ivy me da la mano, entrelazamos nuestros dedos y abandonamos de la mano el instituto ante la sorpresa de las pocas personas que quedan.

A lo largo de la semana siguiente, se hace evidente la frustración entre los estudiantes.

Seguramente es un tema de conversación continuo en sus casas a la hora de la cena. Nuestra vergonzosa racha de derrotas, la peor de la historia, no ha pasado desapercibida para el resto del alumnado.

Oigo por casualidad a un grupo de chicas de primer año reírse de que el entrenador Thompson "ha perdido el toque" y "ya no sabe cómo dirigir a sus jugadoras". Sus despreocupadas palabras me hacen hervir la sangre. ¿Cómo se atreven a reírse a costa de mi padre cuando lo ha sacrificado todo por este equipo año tras año?

Aun así, el comentario que más me duele es escuchar que me está favoreciendo. Escuchar que me ha nombrado capitana por ser su hija cuando no tengo talento ni siquiera para jugar en el equipo. Sé que lo han dicho lo suficientemente alto como para que yo pudiese escucharlo. Por un instante estoy a punto de dirigirme al imbécil que lo dijo y darle un tortazo, pero Ivy tira de mi mano y me aleja de allí antes de que haga una estupidez.

Últimamente parece que todo el colegio habla de nosotras a nuestras espaldas.

La tarde del viernes, se convoca una reunión de todo el equipo y, cuando aparece el director en persona, se me forma un nudo de terror en el estómago. Esto no puede ser nada bueno. Las caras sombrías que me rodean demuestran que no soy la única que presiente que se avecinan malas noticias.

El director se aclara la garganta y nos mira a todas con una expresión demasiado extraña.

—Sé que últimamente habéis sufrido algunas derrotas muy duras —empieza, tratando de forzar una sonrisa.

Resisto el impulso de resoplar. Muy duras es decir poco. Llevamos semanas siendo aplastadas en la cancha.

—Sin embargo —continúa—. Ahora que se acercan la segunda parte de la liga y las eliminatorias, quizá sea prudente que exploremos nuevas... opciones. Quizá sea el momento de hacer cambios en la dirección del equipo.

Una oleada de furia estalla en mi interior y me pongo en pie antes de que registre completamente lo que estoy haciendo.

—¡No puedes sustituir así como así al entrenador Thompson! —grito con las manos en los costados.

Los ojos del director del instituto se abren de par en par, sorprendido por mi arrebato de ira.

—Señorita Thompson, por favor, siéntese. Comprendo que es una situación emocional… —intenta aplacarme.

—Usted no sabe nada —le replico—. ¡Mi padre se ha entregado en cuerpo y alma a este equipo durante más de una década! Una mala temporada no borra todo ese trabajo —añado.

Me acerco un paso más al director y me encuentro directamente con su mirada severa mientras observo a mi padre menear la cabeza hundido en su silla.

—El equipo tan solo necesita un poco más de tiempo para volver a encontrar su ritmo. Pero podemos hacerlo, sé que podemos —la desesperación hace que mi voz se quiebre—. Necesitamos otra oportunidad para demostrarlo antes de tomar ninguna decisión definitiva, por favor —suplico.

El rostro del director se suaviza ligeramente mientras me estudia de arriba abajo durante un buen rato y finalmente, asiente.

—Está bien. Estoy dispuesto a ofrecer un breve periodo de prueba para que el equipo recupere los resultados, pero esto no puede continuar de este modo. Ya empiezo a recibir quejas de muchos padres —explica.

Mi alivio dura tan solo unos instantes. Pronto se desvanece ante la certeza de que no vamos a mejorar de manera milagrosa. La carrera de mi padre como entrenador pende de un hilo y no quiero verle hundido de este modo.

—Es muy injusto —exclama Jenna mientras tomamos un café con Ivy tras la reunión—. Ya me imagino quién se está quejando. El padre de Carla, que siempre quiso dirigir el equipo para que la inútil de su hija tenga más minutos en la cancha.

—Somos un desastre, Jenna. Esto se acabó —concedo escondiendo el rostro entre las manos.

En ese momento, Ivy me coge la mano y me acaricia suavemente con el pulgar.

—Pensaremos en algo —me asegura con un guiño de ojo.

A pesar de sus palabras tranquilizadoras, la inquietud sigue carcomiéndome. Cuanto más pienso en nuestra situación, más pesada me parece la carga. Ya no se trata solo de que nos estén machacando y que empecemos a discutir entre las jugadoras. Ahora la carrera de mi padre está en juego.

—Sabes que tienes la llave para que todo esto cambie, ¿verdad? —susurra Jenna una vez que Ivy se marcha a su casa.

—No te entiendo, yo no puedo hacer más —me quejo.

—No me refiero a tu juego. Ni al nuestro. Solo tienes que pedirle a tu chica que juegue en nuestro equipo —afirma muy seria.

—No puedo hacer eso.

—¿Prefieres que despidan a tu padre?

—Ahora confía en mí. No puedo pedirle que vuelva a jugar cuando ella no quiere —le explico alzando los ojos hacia el cielo y mordiendo mi labio inferior.

—Pues no le veo otra solución. Ivy cambiaría las cosas ella sola. Ya has visto el nivel que tiene, en nuestra liga podría jugar ella sola y ganar los partidos.

—¡No! —insisto, levantando la voz.

No voy ni siquiera a contemplar esa posibilidad. No pienso romper la confianza de Ivy y pedirle ese sacrificio de manera egoísta. Buscaré una solución. No sé cómo, pero la encontraré. Algún modo tiene que haber de salvar esta situación.

Capítulo 12

Suena el pitido final y mi corazón se hunde de nuevo. Otra derrota. A estas alturas ya no me produce una punzada de dolor, se parece más a uno de esos dolores crónicos que te duelen de continuo, que nunca se van.

Observo los rostros derrotados de mis compañeras de equipo mientras tratamos en vano de darnos ánimos. Alguna susurra el típico “buen partido” sin mucha convención. La mayor parte de ellas, ni siquiera lo intenta.

Mi padre se queda quieto en el banquillo. No se molesta hoy en reunirnos para la típica charla de análisis. Creo que es consciente de que no hay mucho que decir. La hemos cagado una vez más. Así de simple. Nos han superado en todas las facetas del juego y estamos tan hundidas que ya no nos sale nada de lo que intentamos.

Entro en el vestuario la última y me dejo caer sobre el banco de madera. Nadie habla, Permanecemos en silencio mientras nos quitamos lentamente las rodilleras y las zapatillas de vóley. Como en el anterior partido, parte del equipo ni siquiera se ducha. Cogen sus cosas y se van con las caras tristes.

Finalmente, Jenna suspira en voz alta, con su optimismo perpetuo algo menguando, aunque tratando de darnos ánimos.

—Bueno, este partido ha sido...

—Una completa cagada —interrumpe Julie, soltándose la cola de caballo.

Algunas de las chicas se ríen sin gracia. Me froto las sienes y puedo sentir el inicio de un dolor de cabeza que estoy segura de que me atacará en breve. Supongo que como capitana, debería decir algo para levantar el ánimo de mis compañeras. Pero esta noche no puedo.

—Todas hemos visto la estrategia del entrenador, ¿no? —exclama Stephanie sin mirarme a la cara—. ¿Por qué insiste en seguir con la misma mierda de siempre? Está claro que no funciona. No me extraña que nuestro ataque sea inofensivo.

—No es que en defensa estemos jugando muy bien. Las recepciones son una auténtica mierda —se queja Carrie.

—Además, el ataque depende básicamente de Gloria que es la única rematadora alta que tenemos —añade Courtney, con una mirada de disculpa hacia mí—. No me extraña que ahora la bloqueen con tanta facilidad. Los otros equipos han aprendido a centrarse en ella. Lo que tenemos que hacer es traer a Ivy Scott de una vez, aunque se drogue, a mí eso me da igual mientras empecemos a ganar partidos.

—¿No es supuestamente tu novia? —chilla Carrie dirigiéndose a mí.

—No voy a pedirle que vuelva a jugar al vóley si ella no quiere —zanjo negando con la cabeza.

—Pues a este paso no habrá equipo para finales de temporada, porque la única solución es esa y cambiar al entrenador —añade Stephanie.

Abro la boca para protestar, pero Jenna se me adelanta.

—¡Chicas! —grita, llamando la atención de las pocas que quedan en el vestuario—. Sabéis que odio perder tanto como cualquiera, pero decir tonterías no ayuda en nada —me dedica una sonrisa comprensiva desde el otro lado del vestuario—. El entrenador está haciendo todo lo que puede. Solo tenemos que trabajar juntas como un equipo, no ponernos

a discutir sobre qué parte del juego lo está haciendo peor, porque la respuesta es que todas estamos fallando.

Su comentario calma ligeramente los ánimos, pero me doy cuenta de que no todas las jugadoras están convencidas. Stephanie se sacude con fuerza la coleta, con la boca torcida en una mueca de disgusto. Últimamente, ella y algunas otras veteranas refunfuñan cada vez más sobre la necesidad de un "nuevo liderazgo". Sé que si las cosas no cambian rápidamente, esos murmullos no harán más que extenderse.

Tras una ducha rápida y un "nos vemos en el próximo entrenamiento", encuentro a Ivy esperándome a la salida del vestuario, su ceño fruncido por la preocupación. Sin mediar palabra, me da un fuerte abrazo.

—¿Una noche dura? —pregunta besando mi pelo.

Asiento con la cabeza, apretando su cuerpo como si eso pudiese borrar el disgusto que tengo.

—Esta temporada está siento un desastre —reconozco.

—No hace falta que lo jures. Tendrías que ver los comentario de la grada. Alucino con la cantidad de gente que va a ver los partidos en este pueblo.

—Supongo que dicen de todo sobre mi padre —suspiro.

—Sobre tu padre y sobre medio equipo —bromea—. Pero la mayoría de las cosas que dicen no tienen ningún sentido.

Mientras hablamos, me doy cuenta de que Ivy elige cuidadosamente sus palabras a la hora de hablar. Sugiere algunos cambios que se podrían hacer, siempre intentando destacar algún aspecto positivo, aunque supongo que le está costando encontrarlos.

Vuelve a abrazarme y me tranquilizo un poco, pero cuando llegamos a mi casa, mi corazón parece detenerse de golpe. El camino de entrada está abarrotado de coches, señal inequívoca de que dentro se está celebrando una reunión improvisada de padres. Miro a Ivy con miedo. Ambas sabemos que esto no puede ser nada bueno. Estoy casi segura de que piden la cabeza de mi padre.

—Te llamo luego y te cuento —susurro apretando su mano, más para darme ánimo a mí misma que ninguna otra cosa.

—Ni hablar, entro contigo —me asegura decidida.

—Ivy, es una reunión del equipo de vóley y estoy segura de que será muy tensa —le explico.

—Pues con más razón. Eres mi novia y es precisamente en esos momentos en los que tengo que apoyarte. Me quedaré apartada, pero entro contigo —insiste.

Por unos momentos me quedo sin palabras. Ha utilizado la palabra novia por primera vez. En condiciones normales, le preguntaría si ya lo está considerando algo oficial, porque aún no hemos tenido nuestra primera "cita", pero entre los nervios por lo que puede estar pasando dentro y lo que acabo de escuchar, creo que no pienso con claridad.

—Lo tienes todo controlado, capitana —susurra dándome un beso en la mejilla antes de quedarse esperando en la puerta del salón.

Pero cuando entro en el salón de mi casa se me cae literalmente el alma a los pies. La mayor parte de los padres del equipo de vóley están allí. También algunas de las chicas y el director del instituto. Alzan la voz al hablar, exigiendo cambios mientras mi padre escucha sentado con gesto estoico.

—Ha perdido el control del equipo…

—Favorece a su hija…

—Utiliza sistemas anticuados…

—Es incapaz de adaptarse…

—¡Si esa chica nueva, Ivy Scott, se uniera al equipo mejoraríamos mucho, pero el entrenador Thompson se niega incluso a pedírselo! —protesta uno de los padres.

Ante esa última frase no puedo contenerme más y me levanto interrumpiendo.

—¡Eso es porque Ivy ya no quiere jugar al vóleibol! No porque mi padre se niegue a tenerla en el equipo— chillo nerviosa—. Nadie puede obligarla a jugar si ella no quiere.

Todas las miradas se vuelven hacia mí, sorprendidas por mi arrebato de rabia. Mi padre niega con la cabeza, claramente enfadado y advirtiéndome con un gesto que no me meta en esta discusión, pero no le hago caso.

—Todos actuáis como si mi padre fuera el único culpable de los malos resultados —continúo—. Pero somos nosotras las que fallamos en la cancha. Si queréis señalar con el dedo, dejadlo para las jugadoras.

Un murmullo ofendido recorre el salón y mi padre se frota los ojos bajo las gafas.

—¿Y no puedes convencer a esa chica para que juegue? Se dice que es tu novia, ¿no? —pregunta otro de los padres.

Antes de que pueda responder, el director se aclara la garganta y comienza a hablar.

—En cualquier caso, y ya que Ivy Scott parece que no volverá a jugar, creo que ha llegado el momento de cambiar la dirección del programa de voleibol —anuncia con voz seria, causando los aplausos de varios de los allí presentes.

—Con otro entrenador seguro que esa chica vuelve a jugar —murmura el padre de Carla que está deseando que le nombren a él.

Me pongo en pie de un salto.

—¿Habla en serio? No puede hacer eso —grito, con los puños apretados—. Mi padre lleva entrenando a este equipo muchos años. Ha conseguido muy buenos resultados.

—Exactamente, ha conseguido, en el pasado, pero esta situación es insostenible —admite el director alzando las cejas—. La presión para que los resultados cambien empieza a ser demasiado grande.

Mi padre levanta una mano hacia mí en señal de advertencia, pero decido ignorarle de nuevo. Ya me da igual, incluso si me echan del equipo. Ya nada me importa.

—Así que después de más de una década dedicada a entrenar en este instituto, se le juzga por los resultados de una sola temporada —Observo uno a uno los rostros de los allí presentes, sin importarme que las lágrimas rueden por mis mejillas.

—Amelia, sé que estás enfadada, sin embargo...

El director del instituto comienza a hablar, pero justo en ese momento, la puerta del salón se abre con un chirrido e Ivy se desliza silenciosamente hacia el interior.

Me quedo paralizada, parpadeando entre lágrimas para ver si estoy alucinando o las lágrimas no me dejan ver. Sin mediar palabra, se coloca a mi lado y entrelaza sus dedos con los míos, guiñando un ojo.

—He cambiado de opinión —anuncia apretando mi mano—. Quiero entrar en el equipo.

—Ivy, no —trato de disuadirla, pero ella simplemente me sonríe.

Durante unos instantes, nadie reacciona. Luego, un murmullo recorre el salón. Incluso mi padre parece sorprendido.

El director es el primero en recuperar la compostura.

—Bueno, esto supongo que sí podría cambiar los resultados. Al fin y al cabo incorporaríamos a una jugadora que ha estado en el equipo nacional. No es algo habitual

que una jugadora se incorpore al equipo en mitad de la temporada, pero no creo que el nuevo entrenador tenga ningún tipo de problemas en aceptarte.

—Solo me uniré con una condición —interrumpe Ivy de nuevo—. Si el entrenador Thomson sigue dirigiendo al equipo. He visto sus entrenamientos y me gustan—añade.

Realmente, Ivy nunca ha querido acompañarme a ninguno de los entrenamientos, pero en estos momentos, su pequeña mentira es más que bienvenida.

La mirada del director alterna entre Ivy y mi padre y luego a mí, para volver a centrarse en Ivy.

—Muy bien. Thompson se queda... de momento. Le doy dos partidos más al equipo para ver alguna mejora y reevaluaremos la situación —anuncia.

Hay algunas quejas entre los padres. Está claro que una parte de ellos venían con la idea de echar a mi padre a toda costa. Aun así, la mayor parte de ellos parecen bastante convencidos.

Está lejos de ser una victoria total, pero por esta noche es suficiente. Algunos de los padres se apresuran a felicitar a Ivy, pero en cuanto van abandonando la casa, cojo su mano y nos escabullimos.

—Gracias —susurro en cuanto nos quedamos a solas—. Pero no puedo aceptar que vuelvas al vóley solo por salvar el cuello de mi padre.

—Lo hago por ti, no por tu padre —corrige, colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja.

Y antes de que me dé cuenta de lo que está ocurriendo, se inclina hacia mí y siento sus labios sobre los míos en un suave beso que es como una caricia.

Me quedo de piedra, apenas respondo, simplemente abro ligerísimamente los labios para sentir la punta de su lengua recorrerlos en un instante fugaz.

—Perdona, ¿debería haber preguntado antes? —inquiere Ivy al ver que no reacciono.

—No… ha sido… ha sido perfecto —le aseguro en un suspiro.

Sonríe y vuelve a inclinarse para besarme. Esta vez, en cuanto nuestros labios se encuentran, le devuelvo el beso con todo lo que tengo. Vierto en él toda mi gratitud, todas las ganas que tenía de que llegase este momento perfecto, aunque nunca me imaginé que sería en medio del pasillo de mi casa con mi padre y el director de la escuela observando.

Mi padre carraspea, y en ese instante me gustaría que me tragase la tierra. Por suerte, dibuja una tímida sonrisa y me hace una seña para que lleve a Ivy a mi habitación, lejos de las miradas curiosas del resto de padres que están abandonando la casa.

—Vaya —suspiro temblando e Ivy suelta una suave carcajada.

—Debería haberte besado mucho antes —admite. Inclina la cabeza y me mira con ternura —. Me importas mucho, Amelia. Más de lo que te puedes imaginar. Verte luchar por tu padre esta noche me ha hecho darme cuenta de que yo también quiero luchar por ti.

Su confesión me deja momentáneamente sin palabras. Aliso su pelo hacia atrás y sonrío como una tonta, incapaz de encontrar las palabras correctas para contestar.

—No tienes ni idea de lo mucho que eso significa para mí —digo finalmente.

Permanecemos en mi dormitorio hasta que el zumbido de los últimos coches nos indica que la improvisada reunión se ha dispersado. Con tímidas sonrisas, volvemos cogidas de la mano al piso de abajo. Mi padre nos espera en la cocina, su mirada perdida.

Con pequeños pasos, me acerco a él y le doy un beso en la mejilla, acariciando su brazo.

—Por un momento me había asustado —anuncio en tono de broma—. ¿Qué haría el equipo sin tus entrenamientos de las seis de la mañana?

Las comisuras de sus labios se curvan de mala gana y sacude la cabeza.

—Está claro que tú solita controlas muy bien la situación —su mirada se detiene en Ivy —. Gracias, hoy me has demostrado que seguramente estaba muy equivocado sobre ti. Creo que mi hija tiene mucha suerte de tenerte a su lado —añade.

—¿Eso significa que puede quedarse a dormir en casa? Puedo preparar mis famosas hamburguesas —propongo y mi padre cierra los ojos, asintiendo con una sonrisa cómplice.

Capítulo 13

Me despierto con lentitud cuando el sol de la mañana se empieza a colar a través de las cortinas de mi dormitorio. Sonrío al ver a Ivy acurrucada a mi lado, durmiendo tranquila. Su pelo parece abrirse como un abanico sobre la almohada y su respiración se escapa con suavidad a través de los labios entreabiertos.

No puedo resistirme a apartar delicadamente un mechón de la cara. La noche anterior fue preciosa. Íntima y romántica. Llena de mimos y besos. Decidimos tomarlo con calma, seguir conociéndonos poco a poco, algo que agradezco, porque no sé cómo explicarle que ella es mi primera relación.

Cuando Ivy empieza a despertarse, su nariz se arruga de una forma adorable. Recuerdo nuestros besos, cómo sentía sus suaves labios en los míos, la excitación de sentir el calor de su cuerpo sobre mí. Nunca he tenido una novia de verdad, nunca me he acercado a alguien lo suficiente como para explorar mi sexualidad y la idea me emociona y me aterroriza a partes iguales.

—Buenos días, preciosa —murmura, dándose la vuelta para mirarme con una sonrisa repleta de sueño.

—Hola a ti —respondo en voz baja.

Nos miramos durante un largo rato, sin necesidad de palabras, simplemente disfrutando de la sensación de despertar juntas. Al final, soy yo quien rompe el silencio.

—No quiero levantarme y enfrentarme al mundo. ¿No podemos quedarnos aquí? Así, ¿las dos juntas en la cama? —propongo.

—Aunque suene tentador, probablemente deberíamos ir al instituto. Ahora que tu padre empieza a confiar en mí, lo último que necesitamos es faltar a clase. Además, no quiero perderme la emoción de algún examen sorpresa o la comida misteriosa de la cafetería —bromea.

—Vale. Pero que sepas que solo voy por ti —respondo de manera dramática.

Nos levantamos de la cama y nos preparamos con pereza, robándonos miradas y caricias. Cuando bajamos las escaleras, el olor a bacon chisporroteando en una sartén recorre la casa. Mi padre nos sonríe enfrascado en preparar el desayuno.

—Buenos días, chicas. Sentaos, el desayuno está en camino. Espero que os hayáis portado bien por la noche —añade, alzando las cejas.

Nos miramos sorprendidas. Mi padre casi nunca cocina, está demasiado ocupado repasando las cintas de vídeo de los partidos o buscando nuevos ejercicios técnicos por internet. Aun así parece que intenta hacer un esfuerzo por caerle bien a Ivy. Ella me golpea el hombro cariñosamente antes de tomar asiento. Es un progreso.

En el instituto, caminamos cerca pero no demasiado, aún averiguando hasta qué punto estamos preparadas para actuar como... bueno, lo que sea que seamos ahora mismo. ¿Novias? ¿Compañeras? ¿Pareja? Todo es demasiado nuevo para mí.

Cuando llegamos a su taquilla, Ivy se queda paralizada, respirando con fuerza. Hay palabras horribles garabateadas con un rotulador negro. Insultos despiadados sobre su pasado en Miami. La agarro del brazo intentando llevármela de allí pero me hierve la sangre.

—¿Quién coño ha podido hacer esto? —escupo apretando los dientes.

Ivy se limita a sacudir la cabeza, evitando mi mirada mientras mete la combinación de la cerradura con manos temblorosas.

Durante toda la mañana, se mantiene abatida, cabizbaja y silenciosa. Durante el almuerzo, picotea su comida con mirada distante. Nos hemos sentado todo el equipo juntas, pero no parece una más a pesar de mis intentos por animarla.

—Oye, háblame. No me excluyas. Lo de la taquilla es una tontería de algún gilipollas —le aseguro, cogiendo su mano entre las mías y apretándola para darle ánimos.

—Es que...es siempre la misma mierda en los últimos dos años, Amelia. No puedo más, estoy demasiado cansada. Agotada. Allá donde voy acaba ocurriendo lo mismo. No pertenezco a este lugar. Todo el mundo piensa que estoy rota, que soy una especie de inadaptada— se ríe amargamente—. Puede que lo sea.

—Eso es mentira —me apresuro a responder—. No eres ninguna de esas cosas que dicen de ti. Sé quién eres en realidad, Ivy. Me estás dando la oportunidad de llegar hasta ti y veo que eres una persona tierna y buena —le aseguro.

—Eso no importa. La percepción lo es todo y eso es lo que todo el mundo piensa de mí. Aquí y en todos los sitios a los que voy.

Durante toda la jornada en el instituto, Ivy permanece retraída sin importarle lo que yo diga o haga. En la última hora, estoy desesperada.

***

El ambiente en el vestuario antes del partido es raro, mis compañeras miran de reojo a Ivy. Aquí los rumores corren rápido. Demasiado rápido.

Una vez que salimos a la cancha, tengo la esperanza de que estar en su elemento le devuelva a Ivy su confianza. Pero cuando empieza el partido, la afición del equipo contrario se encarga de recordarle los errores pasados, tanto que el árbitro principal debe dirigirse a las gradas y avisar de que el partido se jugará sin público si no dejan de increparla.

Su nivel está muy por encima del nuestro, pero juega vacilante e insegura. Está lejos de ser la Ivy dominante que un día fue.

Durante el descanso, el entrenador nos reúne, la frustración grabada en el rostro.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde está la intensidad en el juego? ¿La comunicación? —sacude la cabeza—. Poneos las pilas, chicas. Amelia, no puedes colocarle todos los balones a Ivy, usa a la otra rematadora también —me recuerda.

Jenna se acerca a mí cuando volvemos a salir.

—Entonces... ¿está bien Ivy? —pregunta con timidez—. Parece fuera de juego.

Me muerdo el labio y miro a Ivy, sentada sola en el extremo del banco, con la mirada perdida.

—Lo está pasando mal —murmuro.

—Qué putada. Pues dile que la apoyamos, ¿vale? —exclama mi amiga.

Nuestro primer partido con Ivy en el equipo es a la vez un cambio y no lo es. Jugamos mejor. Eso, creo que lo ha visto todo el mundo, pero perdemos de nuevo y ya van… demasiadas veces.

Aun así, no se puede decir que sea culpa suya. Sin duda ha hecho más que todo el equipo junto. Ivy no ha estado a su mejor nivel, pero se ha multiplicado en la cancha y llevado todo el peso del ataque.

—Oye, has jugado muy bien a pesar de todo. Estoy orgullosa de ti —le aseguro sentándome junto a ella en el vestuario y apretando su hombro derecho.

Ivy se limita a sacudir la cabeza.

—Os estoy decepcionando a todas. Quizá... quizá debería dejarlo. Ya no soy la de antes —admite bajando la voz.

Coloco dos dedos bajo su barbilla y la levanto para mirarla a los ojos.

—Si renuncias, ellos ganan. No podemos dejar que destruyan lo que has conseguido. Y lo que aún te queda por conseguir. Yo estaré a tu lado en cada paso —le aseguro besando su frente.

Ese fin de semana Ivy vuelve a quedarse conmigo. Intentamos distraernos viendo películas y horneando galletas, pero me doy cuenta de que el acoso no abandona su mente.

Esa noche, ya tarde, mientras estamos tumbadas en la cama, la escucho llorar suavemente. De inmediato, me pego a ella y la abrazo, acariciándole el pelo.

—Es que... esas cosas que dicen tal vez tengan algo de verdad —solloza—. Quizá soy basura, como siempre repite mi padre.

Escuchar a Ivy hablar así de sí misma me rompe el corazón.

—Escúchame. Eres mucho más que los juicios de los demás. Eres valiente, resistente, tienes un talento increíble... No es culpa tuya todo lo que te ha ocurrido. La vida te ha tratado demasiado mal, pero saldrás adelante, ya lo verás —susurro apartando su melena para besarla en la nuca.

Acurrucadas, mientras la cubro de pequeños besos repletos de cariño, los silenciosos sollozos de Ivy se acaban convirtiendo en lentas y profundas respiraciones. Me quedo despierta abrazándola hasta mucho después de que se duerma, deseando poder curar todas sus heridas, aunque sepa que será difícil.

Cuando llega la pálida luz de la mañana, decido que ya es suficiente. Después de ver a Ivy así de angustiada, estoy dispuesta a luchar contra quienquiera que la esté atormentando de este modo.

El lunes, entro en el despacho del director solicitando que haga una declaración condenando el acoso y prometiendo consecuencias si alguien del instituto está involucrado. Pero él se limita a sacudir la cabeza intentando forzar una sonrisa.

—Comprendo que estés disgustada, pero no podemos controlar lo que dicen los alumnos fuera de la escuela. Tenemos las manos atadas —responde con evasivas.

Ante la negativa de nuestro director, que rara vez quiere ensuciarse las manos con algo, decidimos hacerlo por nuestra cuenta con la ayuda de los chicos del club de informática. Rastrean numerosas direcciones IP hasta que tenemos suficientes pruebas que implican a algunas jugadoras de vóley del equipo con el que nos enfrentamos la semana pasada y, sorprendentemente, a dos de nuestro equipo. Carla y Stephanie. Las dos más críticas con el trabajo de mi padre como entrenador.

—Recuerda, mantén la calma y cíñete a los hechos —le aconsejo cuando entremos en el despacho del director con las nuevas pruebas.

Nuestro director parece desconcertado, levanta la vista y se frota la mandíbula pensativo una y otra vez. Alza las cejas mientras ojea página tras página de los documentos que le hemos entregado con las direcciones IP.

—Esto ya ha durado demasiado —protesto—. Exigimos que actúe de una vez o lo denunciaré yo misma.

Nuestro director deja escapar un largo suspiro. De mala gana, coge el teléfono para llamar a la administración del otro instituto. Ivy me agarra la mano con fuerza mientras escuchamos. Sé que es su peor temor: causar más problemas, más drama. Tan solo quiere pasar desapercibida. Pero guardar silencio sería infinitamente peor.

Al final, la escuela rival no tiene más remedio que disculparse públicamente y tomar medidas contra las alumnas culpables. Por nuestra parte, las dos jugadoras involucradas son apartadas del equipo y no volverán a jugar al vóley el resto de la temporada. Tampoco es que nos perdamos tanto y su continua actitud negativa era una lacra en el vestuario. La noticia se extiende con rapidez tanto por nuestro pueblo como por el del otro instituto.

Durante toda esa semana, los compañeros de clase se acercan para ofrecer su apoyo a Ivy. Resulta irónico: al intentar derribar a Ivy, tanto nuestro equipo como el instituto entero se han unido de nuevo y eso nos ha hecho más fuertes.

***

El siguiente fin de semana comienza la segunda vuelta de la liga y desde el último puesto, ya no podemos caer más bajo. Cualquier resultado positivo será una mejora.

—Enséñales quién es la verdadera Ivy —susurro, dándole una palmada en el culo que me gana una bronca de mi padre.

Ha estado entrenando mucho mejor. Cogiendo forma poco a poco, ganando seguridad en sus remates. Está muy lejos de su mejor momento, dos años sin jugar se notan mucho, pero es tan buena que necesita muy poco para estar a un nivel superior.

Esta vez, el partido es muy diferente. Seguimos plagadas de errores, pero cada vez que consigo colocar bien e Ivy salta a rematar por encima de la red, lo hace con determinación.

El partido está reñido, ganamos el primer set. Ellas ganan el segundo y el tercero se alarga en una retahíla de juegos agónicos hasta que por fin cae de nuestro lado.

Lo celebramos como si hubiésemos ganado la final nacional. Nos abrazamos, cantamos y bailamos en el vestuario llenas de alegría. Lo cierto es que el resultado final bien podría haber sido favorable al equipo rival, pero lo que cuenta es que hemos ganado nuestro primer partido de liga.

—Gracias por luchar por mí cuando estaba dispuesta a rendirme —susurra abrazándome, todavía desnuda tras la ducha.

—Ivy, ¿sabes que me estás poniendo demasiado nerviosa en estos instantes? —suspiro al sentir su piel húmeda contra la mía.

Esa noche en mi casa, acurrucadas bajo las sábanas mientras intercambiamos tiernos besos y caricias, Ivy se detiene y me mira muy seria.

—Sé que solamente estamos empezando, pero necesito que sepas que lo que tenemos lo es todo para mí. Tu apoyo durante estas últimas semanas... —se queda sin palabras.

—Mientras me quieras a tu lado, nunca más tendrás que pasar por nada sola. Estoy aquí, Ivy —le aseguro, colocando mi frente sobre la suya y acariciando su mandíbula con el reverso de la mano.

Capítulo 14

Las gradas del gimnasio de nuestro instituto están abarrotadas para el partido de esta tarde. El zumbido de la multitud y el chirrido de las zapatillas al deslizarse contra el suelo del pabellón me reconforta. Parece una tontería, pero haber sido capaces de por fin ganar un partido, aunque sea por la mínima, nos ha subido la moral.

Mientras empezamos a sacar en el calentamiento, observo a mi alrededor, y veo a mi padre paseándose tenso cerca del banquillo. El pobre ha estado sometido a demasiada presión los últimos meses. Sé que los murmullos y las dudas le agobian, pero lo ha dado todo por este equipo durante más de una década. Sería demasiado injusto que le juzgasen ahora.

Observando las gradas llenas de gente con los colores de nuestro equipo, un alboroto llama mi atención. Un hombre corpulento y desaliñado baja los escalones, derramando cerveza sobre los que le rodean. A cada fila que desciende, sus gritos se hacen más fuertes.

Y darme cuenta de quién se trata es igual que si me diesen un fuerte puñetazo en el estómago. El padre de Ivy, borracho como una cuba y apestando a problemas. Incluso desde el otro lado del gimnasio puedo ver su mirada perdida. Observo a Ivy, que le mira fijamente, su mandíbula apretada.

—Ivy —trata de ignorarle —le sugiero en voz baja, tocándole ligeramente el brazo.

Ella asiente, aunque su cuerpo se ha puesto rígido como una estatua. Y es que no hay forma de ignorar el alboroto que su padre está causando, descendiendo por la grada a trompicones, justo en el centro, desde donde tiene una vista completa de la pista.

—¡Ahí está, mi gran superestrella! —brama en tono de burla, arrastrando cada sílaba por el alcohol—. ¿Quién iba a pensar que acabarías jugando en este pueblo de mierda, tú que estabas destinada a lo más alto? —sus palabras resuenan en el súbito silencio del gimnasio.

Ivy se tensa al escucharle, pero no reacciona, permanece con la mirada perdida. Un silencio incómodo se apodera de las gradas salvo un par de personas que hacen tímidos intentos de sacarle de allí. Pero es que el padre de Ivy es un hombre muy grande y corpulento. Y cuando está borracho se vuelve muy agresivo.

—¡Vamos, muéstranos ese talento del que tanto hablaban hace años! Demuéstrale a tu viejo por qué puso todas sus esperanzas en ti, maldita zorra. Te niegas a jugar durante dos años y ahora juegas en esta mierda de equipo —chilla, sacando una petaca del bolsillo y echando un largo trago.

Apenas puedo creer lo que ven mis ojos. Por mucho que me queje a veces de mi padre, sé que el nunca haría algo así. Ni siquiera puedo imaginar lo que sería vivir con un padre como ese. No me extraña que esté arruinando su autoestima. Miro con impotencia a los árbitros, pero parecen inseguros sobre cómo manejar la situación y se miran torpemente los unos a los otros.

Mi padre y el otro entrenador tampoco parecen querer hacer nada. Supongo que enfrentarte a un hombre de dos metros en estado agresivo no les apetece demasiado. Ni a ellos ni a nadie.

—Es mejor que se vaya de aquí, señor Scott, alguien habrá llamado ya a la policía —le advierto.

Se lo digo más por Ivy que por su bien. No quiero que tenga que pasar por la situación de ver cómo la policía se lleva a su padre con todos los alumnos del instituto y sus familias como testigos en las gradas.

—¿Y a ti qué coño te importa, rubita? ¿Tú eres la que se está follando a mi hija? ¿Es por ti por la que ha abandonado sus sueños para jugar en esta mierda de equipo? Joder, en Miami tenía a chicas mucho mejores que tú —espeta y una punzada de dolor atraviesa todo mi cuerpo.

—Por favor, acabarás metiéndote en problemas y estás avergonzando a tu hija delante de todo el mundo. Te suplico que abandones el gimnasio —ruego sin saber qué más hacer.

—¿Pero tú te estás escuchando zorrita? Puede que mi hija haya perdido la cabeza por lo que sea que le hagas por las noches, pero a mí no me das órdenes —ladra tambaleándose y casi cayendo al suelo al bajar un nuevo escalón en mi dirección.

Por unos instantes, se me para el corazón del miedo que siento. Clava en mí una terrible mirada de odio, aprieta un puño y se dirige hacia donde estoy. Por suerte, esta vez sí que tropieza y baja rodando varios escalones de la grada, golpeándose en la cabeza con uno de ellos y causando un gran revuelo.

Aprovechando que se ha quedado confuso, varios padres parecen poder sujetarle lo suficiente hasta que aparece el sheriff con uno de sus ayudantes y se lo llevan entre los aplausos del público.

Desvío la mirada hacia Ivy y se me parte el corazón al verla. No se molesta en disimular sus lágrimas, que ruedan libres por las mejillas mientras se muerde el labio sollozando.

Durante el primer set, está claramente distraída, se pierde jugadas sencillas, remates que debería clavar, su mente está en otro lugar. Es injusto y cruel que haya tenido que presenciar el escándalo de su padre.

En el pequeño descanso entre sets, mientras nos apiñamos junto al banquillo, el entrenador nos mira preocupado.

—Volved a meteros en el partido, chicas. Sé que podemos darle la vuelta a esto.

Aplaude con fuerza, intentando inyectar algo de energía a nuestra mediocre actuación.

De vuelta a la pista, Ivy consigue algunos buenos saques que nos ayudan a mejorar el marcador, pero sigue luchando, con dudas en movimientos que normalmente son instintivos para ella. Aun así, conseguimos hacernos con el segundo set por los pelos.

—Por favor, Ivy. Dependemos de ti, tienes que concentrarte y olvidar lo ocurrido —suplico, llevándola fuera de la vista del público para besar sus labios en un intento de darle fuerzas.

En el tercer set, Ivy está algo más entonada. O quizá nuestras rivales están fallando más de lo habitual. El caso es que conseguimos ganar, haciendo que las gradas estallen en aplausos.

Mientras hacemos una piña para animarnos, Ivy evita mi mirada, agachando la cabeza. Se aleja de mí y mi corazón se hunde en la tristeza.

—Ivy, espera —grito trotando para alcanzarla antes de que llegue al vestuario.

Al oír mi voz, se detiene, pero no se vuelve. Dudando, le cojo el hombro.

—¿Estás bien?

Me sacude bruscamente, abrazándose a sí misma.

—Quiero darme una ducha —es lo único que responde.

Permanece retraída mientras nos duchamos y cambiamos de ropa. No hay ni rastro de la Ivy que me abrazó desnuda tras ganar el partido anterior. A cualquiera de mis preguntas,

responde con monosílabos mientras recoge apresuradamente sus cosas.

—Vámonos de aquí. Estaría más tranquila si hoy te quedas a dormir en mi casa —propongo acariciando su brazo con suavidad.

Realmente, sé que su padre pasará en la oficina del sheriff toda la noche así que no hay peligro para ella, pero no quiero que se quede sola en casa en estas condiciones.

Ivy asiente lentamente con la cabeza, parece aliviada. El trayecto hasta mi casa transcurre en silencio, salvo por el murmullo de la radio entre nosotras.

Dentro, nos dirigimos en piloto automático a mi dormitorio. Ya parece también el espacio de Ivy, hasta tiene su manta favorita colgada en una de las sillas. La familiaridad de la habitación parece relajarla un poco y se sienta en la cama con las piernas cruzadas.

Le dejo espacio, permanezco callada junto a ella hasta que por fin, rompe el incómodo silencio.

—Siento lo ocurrido —masculla bajando la mirada.

—No fue culpa tuya, Ivy —le recuerdo.

—En el fondo, sí que lo fue, ¿sabes? Le llevé a la bebida —su voz vacila ligeramente—. Después de lo de mi madre... estaba muy enfadada. Solíamos discutir mucho y había puesto tantas esperanzas en mí que… que cuando empecé a lesionarme y jugar peor y más tarde me suspendieron durante dos años todo su mundo se vino abajo de un golpe. Se hundió.

Me giro hacia ella y observo que unas lágrimas silenciosas se deslizan por sus mejillas. De pronto, tengo la necesidad de abrazarla, de secar sus lágrimas con mis labios. Ivy se aferra a mí con fuerza, con la cara escondida en mi hombro.

—Tú no provocaste sus problemas con la bebida —le aseguro acariciándole el pelo—. El modo en que te trata es solo culpa suya. Te mereces algo mucho mejor, Ivy.

Un sollozo desgarrado escapa de su garganta.

—Pero al verle hoy, así... tengo tanto miedo de volverme igual de tóxica. Tengo miedo de llegar a ser algún día como él. La gente herida hiere a quienes les quieren, ¿verdad? —se echa hacia atrás, restregándose los ojos con rabia—. Quizá sea inevitable que yo también acabe amargada y borracha. Entonces te arrepentirás de haberme conocido.

—Eh, mírame —le agarro suavemente la cara, observando esos ojos color avellana llenos de problemas hasta que se encuentran con los míos—. Escúchame, Ivy Scott. No te pareces en nada a tu padre. Eres una de las personas más cariñosas, resistentes e increíblemente fuertes que he conocido en toda mi vida —le aseguro antes de besar sus labios.

A Ivy se le llenan los ojos de lágrimas.

—¿De verdad crees eso? —susurra con la voz entrecortada.

—Tengo cero dudas.

Una sonrisa se dibuja en su rostro. Luego se inclina lentamente y sus labios rozan los míos en un beso suave y tentativo. Instintivamente, mis manos aprietan su mandíbula, compartiendo ese momento íntimo de vulnerabilidad y confianza.

Cuando por fin nos separamos, Ivy sonríe, su voz aún temblorosa.

—Gracias. Por... todo. No te merezco —suspira.

—Sí que te lo mereces, eso y mucho más —me apresuro a responder, acariciando su mejilla con ternura.

Sonrío para tranquilizarla y le paso un mechón suelto por detrás de la oreja.

—No dejes que nadie, ni siquiera esa voz en tu cabeza, te convenza de lo contrario. Sobre todo, esa vocecilla en el interior de tu cabeza.

Más tarde, mientras estamos tumbadas bajo las sábanas, Ivy coloca la cabeza en mi pecho

mientras desliza la punta de los dedos por mi vientre como si estuviese trazando distraídos dibujos.

—¿Te parece bien que me quede más a menudo? En tu casa me siento... segura —sisea, levantando ligeramente los ojos para encontrarse con los míos.

Se me hace un nudo en la garganta. Ivy considera mi casa, mi habitación, como su refugio. No hay mayor regalo que ese.

Beso su pelo antes de hablar, acariciando su mejilla con el reverso de la mano.

—Mi casa es tu casa. Siempre —le aseguro.

—¿Tu padre pensará lo mismo?

—Sí —respondo con rotundidad.

—¿Sabes? En esta habitación, en la noche, apoyada sobre tu pecho mientras me acaricias el pelo o la espalda, es el único momento en el que puedo respirar de verdad —confiesa.

Le doy un nuevo beso. Me gustaría poder enviarla lejos, a algún lugar donde sus problemas no pudieran alcanzarla. Pero lo único que puedo hacer es abrazarla con más fuerza y canalizar todo el amor que pueda en mis palabras y en mis caricias.

—Aquí estás a salvo. Te lo prometo.

Ivy se incorpora ligeramente para besar mis labios. No es un beso pasional, sino un beso lleno de emoción contenida. La abrazo, y siento cómo su fuerte espalda se va quedando más relajada.

—¿Has pensado en dónde irás a la universidad? —pregunto peinando su pelo entre mis dedos.

—¿Y eso? Ni siquiera creo que vaya. Mi padre se ha gastado todo el dinero que teníamos ahorrado, incluyendo el seguro de vida de mi madre —explica con naturalidad, como si ya lo tuviese asumido.

—Podrías conseguir una beca para jugar al vóley.

—¿Con mi nivel actual?

—Faltan un par de meses para el final de la temporada. Si te esfuerzas en serio tienes un talento natural que pocas personas poseen. Es cierto que llevas dos años sin entrenar, pero ni siquiera necesitas llegar al nivel que un día tuviste. Muchas universidades podrían darte una beca si te pones en forma y demuestras que puedes liderar un equipo. Puede que no los mejores equipos de la liga, pero al menos te pagarían los estudios —le aseguro.

Ivy parece quedarse pensativa. Casi puedo ver las imágenes formándose en su cabeza, imaginando las distintas posibilidades.

—Quizá tengas razón —suelta de pronto—. Debo esforzarme por mejorar. Me sigo llevando muy bien con la entrenadora de la selección sub-16, ella podría recomendarme a algunas universidades, pero no puedo decepcionarla. Sé que debo volver a estar en forma.

—Te ayudaré en todo lo que pueda —afirmo, empujándola para darle la vuelta y colocarme sobre sus caderas—. Ahora, va siendo hora de que te diga algo. Debí decírtelo mucho antes, pero no sabía cómo.

—Tú dirás.

—Nunca he estado con nadie —admito con un hilo de voz apenas audible.

—Ya lo sabía y no pasa nada —responde.

—¿Tanto se nota?

—No seas boba. Me lo dijo Jenna. Y está bien, entiendo que este sitio es muy pequeño. Me parece muy bonito, Amelia, de verdad. Eso te permitirá vivirlo con una mayor intensidad.

Ni siquiera contesto. Me limito a dibujar una sonrisa tonta en los labios y a tumbarme sobre ella hasta que me voy quedando dormida entre besos y caricias. Un “dulces sueños” flotando en el aire.

Capítulo 15

Aún medio dormida, suspiro con satisfacción abriendo los ojos lentamente. Ivy duerme a mi lado, su brazo izquierdo rodeando mi cintura. Se ha acurrucado bajo mi hombro y su rostro queda tan cerca del lateral de mi pecho izquierdo que incluso sabiendo que está dormida, me pone muy nerviosa.

—Buenos días, preciosa —murmuro acariciando su mejilla con el reverso de la mano.

—Hola. ¿Qué hora es? —pregunta Ivy sin ni siquiera abrir los ojos.

—Las diez. ¿Has dormido bien?

—Podría dormir tres o cuatro horas más —me asegura—. Estar a tu lado me calma mucho mejor que las pastillas.

Por un instante, siento una punzada de dolor que rompe la magia del momento. Ayer, Ivy me confesó que necesitaba pastillas para poder conciliar el sueño. Eso me afectó mucho. Yo nunca tuve problemas para dormir y me parece muy injusto que una chica que acaba de cumplir los dieciocho deba tomar pastillas para poder hacerlo.

Con una sonrisa juguetona, Ivy coloca una de sus piernas entre las mías, arrastrándose ligeramente hacia arriba para besar mi cuello hasta ponerme la piel de gallina.

—Me encanta que seas tan sensible —susurra.

—¿Tú sabes cómo me estás poniendo ahora mismo? Te recuerdo que mi padre no está y no respondo de mis actos si sigues besando mi cuello —expongo alzando las cejas.

—Sería maravilloso despertarme a tu lado cada día —suspira mientras traza imaginarios dibujos en mi hombro con la punta de sus dedos.

—A mí tampoco me importaría, aunque creo que no llegaríamos nunca a tiempo a los entrenamientos de la mañana —bromeo.

—Podríamos cambiar a otro deporte que solo entrene por la tarde.

—Y mi padre nos mataría.

—Probablemente —admite Ivy, entornando los ojos de manera dramática—. ¿Cuánto tiempo tenemos hasta la sesión de entrenamiento de hoy?

—Dos horas —le recuerdo.

A pesar de ser sábado, mi padre se ha empeñado en citarnos a las doce en el instituto para una sesión estratégica en la que repasaremos el vídeo del partido anterior. Ayer le hice jurar que borraría la parte del calentamiento para que no salga ni rastro del horrible incidente con el padre de Ivy borracho mientras se lo llevaba la policía. Lo último que necesito es que lo vuelva a recordar.

—Venga, dormilona, arriba —le doy un rápido beso en los labios y me siento en la cama para estirar los brazos por encima de la cabeza—. Te propongo una cosa. Podemos preparar el desayuno juntas antes de ducharnos. ¿Qué te parece?

Al final, consigo arrastrar a Ivy fuera de la cama, robándonos besos y dándonos cariñosos golpes con la cadera de camino al baño. Me encanta verla sonreír despreocupada.

En la cocina, ponemos los temas de moda y saco de la despensa algunos ingredientes para el desayuno, tratando de contenerme y no abalanzarme sobre ella. Está preciosa tan solo con una camiseta que cubre poco más que sus nalgas.

—¿Te apetecen unas tortitas de chocolate? —pregunto cogiendo la bolsa de harina.

—¿Me has leído la mente?

Ivy se acerca a la encimera, se coloca detrás de mí, y me rodea la cintura con los brazos. Se acurruca en mi cuello y me estremezco al sentir su cálido aliento en mi piel mientras cuela sus manos por debajo de mi pijama.

—Aunque a este paso, nunca saldremos de aquí —bromeo.

—Me parece bien —sisea junto a mi oído mientras comienza a besar suavemente mi cuello y mis hombros.

—Estoy a nada de quitarte la ropa a mordiscos si sigues así —le aseguro entrelazando nuestros dedos por encima de mi vientre.

—Tus pezones están a punto de hacer un agujero en el pijama —susurra.

—Eres gilipollas, Ivy —protesto poniendo los ojos en blanco.

Me doy la vuelta para besarla, olvidándome momentáneamente de las tortitas que por mí ya se pueden quemar. Nos besamos sin prisa, sus manos acunando mi rostro mientras las mías se aventuran a subir por su costado en busca de sus pechos.

—Joder —suspira Ivy al sentir mi dedo pulgar jugando con su pezón.

—Lo mismo digo. Es mejor que paremos o no respondo de lo que pase —admito.

—Vale, pero me lo compensas esta noche.

—¿Te vas a quedar aquí esta noche? —pregunto sorprendida.

—Ayer me dijiste que podía quedarme cuando quisiera. No quiero volver a casa todavía, prefiero pasar una noche más contigo. Sería una maravilla si tu padre nos deja a solas —añade.

Trata de hacer parecer como que bromea, pero sé que en el fondo no quiere volver a casa para no encontrarse con su padre y eso me parece muy triste.

De algún modo, conseguimos concentrarnos lo suficiente para terminar de hacer una enorme pila de tortitas, empujándonos con la cadera mientras nos lanzamos trozos de masa la una a la otra.

Debatimos brevemente sobre los méritos de las pepitas de chocolate frente a los arándanos antes de decidirnos por añadir ambos a las tortitas.

—Espera que te limpio el sirope de chocolate bajo el labio —susurra.

Estaba esperando que lo limpiase con la yema del dedo, pero cuando se acerca para inclinarse sobre mí y lamer mi labio con la punta de su lengua casi se me detiene el corazón.

—Joder, Ivy.

—¿Crees que podemos saltarnos la ducha? Se está haciendo tarde y no olemos tan mal —propone.

—No creo. Y tampoco entra dentro de los planes que nos duchemos juntas porque estoy segura de que no llegaríamos a tiempo —me apresuro a anunciar al ver las intenciones.

—Ahora mismo no sabes cómo me tienes —sisea mordiendo su labio interior.

—Me lo puedo imaginar. Más o menos como estoy yo, pero tenemos que espabilar. De verdad, Ivy —insisto poniéndome seria.

—Está bien, sube arriba a ducharte mientras yo recojo esto. Será mucho más fácil si no te veo —propone recogiendo los platos y llevándolos al fregadero.

Estoy ya saliendo de la ducha cuando Ivy llega al baño y nada más verme, coloca las manos en mi cintura y empuja mi cuerpo contra la pared. Apagando un pequeño gemido en sus labios, nos besamos y por unos instantes estoy casi decidida a quitarle la camiseta y dejar caer mi toalla al suelo.

—Creo que es mejor que te duches, Ivy. Con agua fría a ser posible —añado.

—Probablemente sea una buena idea —concede—. Con agua fría no me apetecerá… ya sabes.

—Métete en la ducha, anda. Te espero en mi dormitorio. Vestida —agrego meneando la cabeza divertida.

Pronto, Ivy regresa envuelta en una toalla que deja caer al suelo frente a mí con un guiño de ojo.

—No es la primera vez que te veo completamente desnuda —bromeo.

—Pero en el vestuario no cuenta —me recuerda.

—Por favor, vístete de una vez, Ivy. Si llegamos tarde mi padre no te dejará quedarte a dormir nunca más —le aseguro.

***

Al entrar en el gimnasio, casi todas las chicas del equipo se encuentran ya sentadas frente al televisor. Mi padre me hace un gesto como diciendo “imagino lo que estabas haciendo, pero como capitana deberías ser la primera en llegar” y me indica que me siente.

Repasamos el partido, analizando cada fallo para intentar que no se repita, pero también señalando todo lo positivo que hemos hecho.

—Estáis empezando a jugar mucho mejor, chicas —nos asegura mi padre—. Necesito un poco más de esfuerzo y la segunda vuelta de la liga puede ser épica.

Sonreímos y nos miramos unas a otras, animándonos, aunque en el fondo, creo que ninguna esperamos mucho más que ganar alguno de los partidos que nos quedan. Para llegar a la final del campeonato estatal necesitaríamos una segunda vuelta prácticamente perfecta y eso no va a ocurrir. Ni siquiera con Ivy en su mejor estado de forma.

—Yo diría que nos hemos ganado una comida en el Molly's. ¿Qué te parece, Ivy? —pregunta Jenna acercándose a nosotras.

—Me apunto si tú invitas —ríe Ivy.

Nos montamos las tres en el coche de Jenna y elegimos una mesa en la terraza. Hace un día maravilloso, uno de esos extraños días con sol en esta época del año y hay que aprovecharlo.

—Hacéis una pareja perfecta —indica mi amiga en cuanto nos sentamos—. Todo el mundo lo comenta.

Ivy sonríe y me mira.

—Gracias —suspiro con timidez.

Es extraño, llevo años escuchando cada vez que Jenna sale con un nuevo novio y ahora me da vergüenza admitir ante ella que estoy bien junto a Ivy.

—Me alegro mucho por las dos —asegura señalándonos con el dedo índice—. ¿Qué tal lo lleva tu padre?

—Sorprendentemente bien —respondo encogiéndome de hombros.

—¿Vais a compartir habitación de hotel en el viaje del próximo fin de semana?

Hace la pregunta de manera inocente. Estoy segura. Sin embargo, ni siquiera lo había pensado. El próximo fin de semana es una de esas raras ocasiones en las que jugamos tan lejos que el instituto nos paga un hotel para pasar la noche. Normalmente, siempre comparto la habitación con Jenna, eso ha sido así desde que empezamos a jugar en el equipo.

Esta vez, en cambio, es diferente. Sería muy raro no compartir habitación con Ivy siendo su novia y espero que Jenna lo entienda.

—Por mí no hay problema, te lo juro —se apresura a indicar—. Ya lo he hablado con Gloria y puedo compartir con ella.

Supongo que se me ha quedado cara de tonta. Bueno a las dos, a Ivy también, porque a Jenna le entra un pequeño ataque de risa mientras nos observa.

Después de comer, Jenna se va a casa e Ivy y yo damos un lento paseo hasta la mía, con nuestros dedos entrelazados. La simple intimidad de ir cogidas de la mano por el pueblo es algo nuevo, una sensación preciosa que me hace estremecer.

De vuelta a mi habitación, cierro la puerta y me vuelvo hacia Ivy. De pronto, me siento tímida. Mientras veníamos hacia aquí caminando, lo había planeado en mi mente una y otra vez, en cambio, ahora que llega el momento de decirlo, me da demasiada vergüenza.

—¿Te ocurre algo? —pregunta confusa.

—Es que… estaba pensando que… Bueno, que esta noche podría ser la noche. Ya sabes. Mi padre se marcha a ver a su hermana y nos quedamos a solas en la casa y…

—¿Estás segura? —pregunta ruborizándose.

—Creo que sí —admito con un suspiro.

—Bueno, para mí sería algo maravilloso —me asegura—pero vamos a ir al ritmo que quieras, ¿vale? Ya vemos cómo va la noche. Si al llegar el momento no te sientes preparada, no hay ninguna prisa. En absoluto, ni para eso ni para ninguna otra cosa.

Asiento con la cabeza y por algún motivo, no puedo dejar de admirarme al comparar esta experiencia con la de alguna de mis amigas. Recuerdo a Jenna confesando que se sintió muy presionada para perder la virginidad con su novio. Con un novio que parece que en cuanto cumplió su objetivo ya no estaba tan interesado en ella, porque la dejó a la primera ocasión que tuvo.

Ivy, en cambio, me pone a mí por delante de cualquier otra cosa. Su principal interés es que yo esté bien y es capaz de esperar, de ir al ritmo que yo necesite. Creo que he tenido mucha suerte con ella.

Capítulo 16

El aroma de la salsa de tomate mientras se prepara a fuego lento inunda mis fosas nasales. Trabajamos codo con codo, robándonos besos y mimos, bromeando.

—Esta pasta va a ser legendaria —anuncia Ivy, mordisqueando un trozo de pan de ajo que ha preparado.

—A mí no me beses más con el sabor al ajo —bromeo.

Cuando tenemos ya casi la comida preparada, mi padre nos indica que se marcha y nos deja solas. Me hace gracia que nos diga que nos portemos bien, cuando sabe perfectamente que no lo haremos. Es decir, al menos no montaremos una fiesta ni romperemos nada, pero lo de portarnos bien no está precisamente entre nuestros planes para esta noche.

—He estado pensando en lo que me dijiste de intentar conseguir una beca deportiva para ir a la universidad —exclama de pronto.

—¿Ah, sí? ¿Y qué has decidido? —pregunto alzando una ceja.

—Voy a ir a muerte.

—¿Lo dices en serio? —insisto.

—Totalmente en serio. Es mi oportunidad de buscar una vida mejor. No quiero acabar como mi padre. Me asusta demasiado —confiesa bajando la mirada.

—Me alegra escucharlo —susurro, tirando de su brazo para besarla.

—No te empiezas ni siquiera a dar cuenta de la influencia positiva que estás teniendo en mi vida —añade después de un rato en el que permanecemos en silencio, simplemente regalándonos besos y caricias.

—Soy tu novia y tu amiga. Es lógico que me preocupe por ti y que trate de que todo te vaya bien, ¿no?

—Aun así, Amelia. Si esto sale bien, podrías cambiar mi vida para siempre. Ya había abandonado la idea de jugar al vóley y ahora, viendo la posibilidad de una beca de estudios, tengo claro que pienso ir a muerte lo que queda de temporada —asegura asintiendo con la cabeza.

Una nueva imagen de determinación se dibuja en su mirada y casi parece una nueva Ivy mientras me describe sus aspiraciones en el vóleibol.

—Aunque eso quizá significaría que…. —se interrumpe a sí misma y aparta los ojos.

—¿Significaría?

—No sé, quizá eso nos separaría. Tengo claro que ya no estoy en condiciones para elegir universidad. Si logro una beca completa en una que juegue en la primera división tendría que ir. Quizá eso me envíe a la otra punta del país y…

—Ivy —la corto—. Vamos paso a paso, ¿vale? Queda casi medio curso y luego todo el verano. Yo ni siquiera sé dónde voy a estudiar todavía. Puedo intentar elegir algo que esté cerca de tu universidad. Buscaremos el modo de que funcione. No te empieces a comer el coco con una posibilidad tan lejana.

—Siempre tiendo a pensar las cosas demasiado —admite encogiéndose de hombros—. Lo siento.

Pronto me recuesto en el sofá, utilizando la pierna de Ivy como una improvisada almohada mientras ella recorre mi costado con la punta de los dedos, poniéndome la carne

de gallina.

—No me estoy enterando de nada de la película —bromeo.

—¿Quién quiere ver una peli pudiendo hacer esto? —pregunta inclinándose hacia mí para besarme tras el lóbulo de la oreja y haciéndome suspirar.

Al poco rato, los dedos de Ivy abandonan mi costado para dirigirse a mis pechos y creo que es hora de desistir en nuestro interés de terminar la película esta noche.

—¿Vamos a mi dormitorio? —inquiero con la respiración entrecortada.

Ivy simplemente asiente, aunque las dos nos levantamos del sofá como si nos persiguiese alguien, subiendo los escalones de dos en dos hasta llegar a mi habitación y cerrar la puerta.

—Eres preciosa —susurra colocando las manos en mi cintura y empujándome contra la pared.

—No creo que puedas quejarte —respondo colando las manos por debajo de su camiseta —. Eres el sueño de la mayor parte del instituto.

Ivy sonríe y cierra los ojos al sentir la punta de mis dedos acariciar lentamente su vientre.

—¿Puedo quitarte la ropa? —suspira.

—Nos hemos visto desnudas unas cuantas veces ya —le recuerdo.

—Esto es muy diferente.

—Lo sé —le aseguro.

Y vaya si es diferente. En el momento en que Ivy coloca las manos en el dobladillo de mi camiseta y tira de ella hacia arriba, mi corazón parece estar a punto de detenerse.

Trago saliva y muerdo mi labio inferior al observar que ella también se desprende de su camiseta y a continuación del sujetador, que cae al suelo a nuestros pies, dejando libres sus preciosos pechos.

—Joder, Ivy —siseo, desabrochando el mío y quitándomelo también.

Y el momento que le sigue, creo que lo recordaré para siempre. Permanecerá grabado a fuego en mi memoria. El tacto de sus pechos desnudos en mi piel es sencillamente sublime. Solamente nos abrazamos, sintiendo el calor de nuestros cuerpos. Sus pezones me acarician con cada ligero movimiento y si existe un paraíso, creo que no puede superar este momento.

—¿Quieres seguir? —pregunta con miedo.

—Sí.

Mi respuesta no es más que un susurro, pero está cargada de determinación.

Desnudas en la cama, nos tomamos nuestro tiempo para aprender las zonas más sensibles de cada una, comunicándonos sin palabras, solamente con suspiros y ligeros gemidos. Cada beso, cada caricia que recibo en este momento de intimidad es lo más bonito que he sentido jamás.

Y cuando por fin me duermo, abrazada a su cuerpo, con sus dedos peinándome perezosamente el cabello, el mundo me parece un lugar perfecto.

Capítulo 17

La semana pasa sin apenas darnos cuenta. Y debo reconocer que cuando Ivy me dijo que iba a ir a muerte con su entrenamiento, lo decía muy en serio. El equipo entero está asombrado con su intensidad en cada sesión. El primero mi padre, que ha pasado de no querer tenerla en el equipo a ser su niña mimada, algo que si no fuese mi novia me pondría bastante celosa.

Después de cada entrenamiento, por las tardes, se queda al menos media hora más o cuarenta minutos sacando. A veces me quedo con ella, pero la mayoría de los días permanezco con Jenna en la grada, charlando de las últimas tonterías del instituto mientras nos compadecemos de las pobres chicas que tengan que recibir esos saques en potencia en los partidos que faltan hasta acabar la liga.

Las cosas en el instituto han cambiado mucho también. De ser una chica retraída, ha pasado a que la salude todo el mundo. Los resultados del equipo de vóley nos están acompañando a volver a ser populares, y ella es, sin discusión, la estrella del equipo.

Yo, por mi parte, he pasado de darme miedo que nos vieran demasiado juntas los primeros días a caminar orgullosa de su mano o a robarnos besos en los pasillos.

Y si los días han mejorado. Las noches son una maravilla. Mi padre ya acepta que Ivy se quede en casa como una más de la familia y pasa casi todas las noches en mi habitación. En muy poco tiempo se ha convertido no solo en mi novia, sino que hasta se podría decir que es mi mejor amiga. Tenemos conversaciones que ni siquiera con Jenna he tenido. Y, evidentemente, conoce secretos de mí, que nadie más sabe.

—¿De verdad tenemos que levantarnos? —pregunta perezosa cuando suena el despertador.

—Eres una dormilona. Para ser tan disciplinada, te cuesta un mundo levantarte por las mañanas —susurro colocándome sobre ella para hacerle cosquillas.

—¿Tu padre sabe que dormimos desnudas?

—¿A qué viene esa pregunta?

—No entrará un día de golpe, ¿no? —inquiere alzando las cejas y con el rostro muy serio.

—Ivy, tonto no es. Supongo que ya se imagina lo que pasa aquí la mayor parte de las noches, aunque puede que prefiera no pensar en ello —respondo con una sonrisa.

—Es que tú sigues siendo su niña pequeña —bromea tirándome de nuevo sobre la cama para colocarse sobre mí.

—¡Idiota! ¡Métete en la ducha, anda, que llegaremos tarde! —insisto señalando hacia el cuarto de baño.

Al bajar las escaleras, ya duchadas y arregladas, mi padre nos sorprende con café recién hecho y unas tostadas a la plancha con mermelada.

—De fresa, tu favorita —bromea Ivy, muerta de risa mientras me pongo roja al recordar lo que hicimos con la mermelada de fresa sobre su cuerpo hace dos días.

Y si mi padre nos sorprende con el desayuno, el abrazo que de pronto le da a Ivy, es aún mucha más sorpresa.

La envuelve entre sus brazos y puedo observar cómo el cuerpo de Ivy se tensa sin saber muy bien cómo reaccionar, mientras mira hacia mí como suplicando ayuda.

—Siento no haberte dado la oportunidad de conocerte desde el principio —le asegura—. Amelia tenía razón cuando decía que eras muy buena chica. No recuerdo haber visto a mi hija tan feliz, gracias por cuidar tan bien de ella. No podría pensar en una pareja mejor para ella —añade con una sonrisa orgullosa y yo debo hacer un esfuerzo para no ponerme a llorar de la emoción.

Nos esperan casi cuatro horas de viaje hasta el instituto en el que jugaremos esta tarde. Será un hueso duro, es un equipo muy bien organizado, pero la racha de victorias que estamos consiguiendo nos ha subido la moral y estamos logrando cosas con las que antes ni siquiera nos atrevíamos a soñar.

En el autobús, mientras escuchamos música, Ivy me aprieta la mano. Se ha pasado una buena parte del viaje dormida, con la cabeza apoyada en mi hombro y Jenna nos ha sacado una foto tan tierna que quiero ampliarla y enmarcarla para que un día la vean nuestros futuros hijos.

—¿Estás nerviosa? —pregunto besando su mejilla.

—Habrá unos cuantos ojeadores de varias universidades —me recuerda.

—Has jugado partidos súper importantes. Incluso has estado en la selección nacional. Simplemente juega como tú sabes.

—Eso fue hace mucho tiempo. Parece casi la prehistoria —bromea.

Solamente sonrío y aprieto su mano. Sé que está nerviosa. Estos últimos partidos de la temporada para nosotras son un premio, teniendo en cuenta cómo hemos empezado. Para Ivy, en cambio, son algo mucho más importante, significan su billete hacia una beca universitaria. Se juega mucho más que el resto de nosotras.

—Vas a brillar —le aseguro tirando de su brazo para besarla.

—Gracias por creer en mí cuando ni siquiera yo lo hacía —susurra y su sonrisa es lo más bonito que recuerdo.

***

Las gradas están repletas de gente y el ruido es ensordecedor. En el partido, Ivy parece estar en todas partes: bloqueando, rematando, en la recepción. Es como si se hubiese multiplicado para cubrir nuestras carencias. Sus saques directos intimidan a las rivales cada vez que le toca en la rotación y mantienen a nuestro equipo a flote.

Al final del tercer set, con un partido de lo más igualado, consigue cinco saques directos seguidos, cada uno más imposible de detener que el anterior, mientras las chicas del banquillo cantan a todo pulmón “saque directo, directamente dentro” y el público ruge en las gradas.

En el último suspiro del partido, Ivy salta para hacer un bloqueo y el tiempo parece ralentizarse. Juro que por unos instantes parece suspendida en el aire, sus dos brazos extendidos antes de que el balón se estrelle contra ellos y caiga en el campo contrario.

¡Se acabó! ¡Hemos ganado!

El equipo entero, mi padre incluido, salta a la cancha y se abalanza sobre Ivy, abrazándola mientras saltamos y cantamos. Contra todo pronóstico, lo hemos conseguido. La segunda vuelta de la liga ha sido prácticamente perfecta y entremos en la final del estado. Hacía muchos años que nuestro instituto no conseguía algo así y es como si los días en los que querían despedir a mi padre por los malos resultados no fuesen ahora más que un eco del pasado.

Ya en la intimidad de nuestra habitación de hotel, tras una pequeña celebración con el resto de las chicas, envuelvo a Ivy en un fuerte abrazo, como si quisiera recordar el tacto de

su cuerpo para siempre.

—Hoy has estado increíble. Cualquier universidad estaría encantada de tenerte en sus filas —le aseguro.

—Me das mucha confianza. Cada vez que tengo dudas, simplemente te miro y se me olvidan. Es todo gracias a ti, no habría podido hacerlo sin tu ayuda —admite, colocando las manos a ambos lados de mi cara para besarme.

Mientras Ivy se cambia de ropa para ponerse el pijama, reviso las redes sociales y una foto en concreto me hace sonreír.

"Nuestra intrépida capitana con su novia superestrella" reza el comentario que ha dejado Jenna, seguido de varios corazones y emojis tirando besos. Medio instituto ha dejado algún tipo de comentario dándonos la enhorabuena o diciendo lo buena pareja que hacemos. Estar en las finales del estado hace milagros.

—¿Me enseñas a bailar? —pregunta Ivy cuando sale del cuarto de baño.

—¿Ahora?

—Es un momento como otro cualquiera. No quiero hacer el ridículo en el baile de fin de curso —admite encogiéndose de hombros.

—¿La gran Ivy Scott no sabe bailar? —bromeo.

Sonríe tímidamente y no puedo evitar coger su mano entre las mías para atraerla hacia mí antes de fundirnos en un beso maravilloso.

Pongo música lenta en el móvil y pronto, bailar con ella parece algo natural, como si lo hubiésemos hecho toda la vida.

—No te vas a poner zapatos de tacón, ¿verdad? —bromeo.

—No tengo —responde.

—No creo que los necesites, serías la más alta del baile si te los pones —le aseguro—. Además, no sé si los encontrarías de tu número. ¿Te he dicho ya que tienes unos pies muy grandes? —bromeo.

—Eres idiota, Amelia Thomson —responde inclinándose para besar mi frente.

—¿En el baile de fin de curso también piensas ponerme las manos en el culo mientras bailamos?

—Cuando no mire tu padre solamente —sonríe y es como si todo el mundo se redujese de golpe a nuestra habitación y el pequeño baile que hemos organizado.

Capítulo 18

El enorme pabellón en el que se celebra la final del campeonato estatal nos intimida. Estamos acostumbradas a jugar en los gimnasios de los institutos a los que nos enfrentamos y esto, en comparación parece casi infinito.

Al entrar en la cancha, miramos asustadas a las gradas que ya se empiezan a llenar de público y creo que a mitad del equipo le está entrando un ataque de pánico. Es como si de pronto nos hubiésemos hecho muy pequeñitas al darnos cuenta de dónde estamos.

Fila tras fila de asientos se extienden en unas gradas que parecen no tener fin y el suelo de la cancha está reluciente, casi parece nuevo. Diviso las cámaras de la televisión y trago saliva. Nunca he jugado con tantos ojos observándonos.

En la primera fila, al menos veinte o treinta ojeadores de distintas universidades toman asiento, sus cuadernos abiertos. Han venido a ver jugar a Ivy y a la colocadora del equipo contrario. El resto de las jugadoras sabemos que estamos en otra liga diferente.

Hemos saltado a la cancha en completo silencio, sin atrevernos a pronunciar una sola palabra. Los nervios y la tensión escritos en nuestros rostros. Se me hace un nudo en el estómago que apenas me permite respirar. Sé lo que nos jugamos. Es el partido más importante de nuestras vidas y no queremos defraudar a nadie.

Ivy está muy atenta a todo el equipo, se afana por darnos ánimos una a una antes de dirigirse a la red a saludar a la colocadora del equipo contrario. Al parecer, jugaron juntas en la selección nacional sub-16 hace algo más de dos años y cuando se funde en un cariñoso abrazo con ella, siento algo parecido a un repentino ataque de celos.

Empezamos a calentar entre vítores y aplausos. La mitad de nuestro pequeño pueblo ha conducido las cuatro horas de viaje para estar aquí. Se han sentado juntos. Todos ataviados con los colores azul y amarillo de nuestro instituto. Incluso hemos conseguido traer al equipo de las animadoras. Estoy segura de que para ellas es una novedad animar a un equipo de chicas, aunque, de nuevo, las miradas que dos o tres le dedican a Ivy me pone muy nerviosa.

—Buah, parece que todo el pueblo ha venido a apoyarnos —bromea Ivy, colocándose frente a mí para empezar a calentar.

Parece estar tranquila. Se desenvuelve como pez en el agua y me anima y sonríe cada vez que cometo algún error tonto fruto de los nervios.

—Juega tranquila. Solamente estar en esta final ya es un premio —me recuerda.

—Es que… hemos trabajado muy duro para llegar hasta aquí. No me importa perder, a ver, prefiero que ganemos. Lo único que espero es que no nos den una paliza delante de toda esta gente y en televisión —admito dejando escapar un largo suspiro.

El partido comienza siendo un pequeño desastre. Nosotras estamos nerviosas, pero el equipo rival también. Los errores tontos, fruto de la tensión, se suceden a ambos lados de la red. Observo ansiosa cómo mis compañeras fallan simples saques o recepciones.

Tener frente a mí a una colocadora que está a años luz de lo que yo puedo hacer, tampoco ayuda a mi autoestima. Deja los balones perfectos para que las rematadoras hagan su trabajo y es capaz de colocar hacia atrás como si tuviese ojos en la nuca.

En nuestro equipo, solamente Ivy parece mantener la compostura, imponiéndose en la red

y animándonos después de cada jugada, ganemos o perdamos el punto.

Hoy está jugando de manera increíble. Ejecuta los bloqueos con una precisión milimétrica, como si pudiese medir el tiempo de salto de sus rivales, y sus remates alcanzan siempre algún hueco al que las jugadoras contrarias no pueden llegar.

Entre punto y punto, no puedo evitar preguntarme cuál sería el nivel actual de Ivy si hubiese seguido entrenando estos dos últimos años en algún equipo de élite. Seguramente, en un partido como este sería imparable. Incluso tras dos años sin entrenar, su nivel está muy por encima de cualquier otra jugadora. Claro, que jamás la hubiese llegado a conocer de haber sido así.

La ventaja en el marcador pasa de un lado a otro a un ritmo agonizante. Celebramos cada punto ganado como si fuese una victoria, con gritos de alegría, chocando las manos y abrazándonos. Según Jenna, le estoy tocando demasiado el culo a Ivy cada vez que consigue un punto, pero apenas me doy cuenta. Son pequeñas palmadas cariñosas.

En un momento crucial del primer set, una de las chicas del equipo contrario consigue sacar a un hueco en nuestra defensa e Ivy se lanza a por el balón, estirándose como si fuese una líbero, manteniendo vivo un punto que parecía perdido y desatando los aplausos en las gradas.

—¡Esa es mi chica! —grito desde la red.

Ivy me guiña un ojo mientras se levanta como un rayo y nuestra frágil ventaja aumenta.

El primer set lo ganamos por los pelos y hacemos una piña en el banquillo saltando como si ya nos hubiésemos hecho con el título a pesar de que todavía falta mucho.

—Joder, estás jugando increíble esta tarde —la aseguro a Ivy acercándome a ella para darle un abrazo.

—Los azotes en el culo y los mimitos déjalos para esta noche —bromea Jenna mientras salimos de nuevo a la cancha a por el segundo set.

Miro a mi padre y siento que me pongo roja como un tomate, aunque creo que no es nada comparado con lo que ocurre a continuación. Cuando ya estamos asumiendo las posiciones en nuestro lado de la cancha, Ivy se acerca a mí, coge mi mano y me besa bajo la red.

Entorno los ojos en cuanto nuestros labios se separan, aunque los silbidos y aplausos de Jenna y algunas de las chicas, incluidas las del equipo contrario consiguen que me tiemblen las manos.

En el segundo set, forcejeamos de manera desesperada, pero esta vez la suerte nos es esquiva y perdemos con claridad sin que Ivy pueda hacer nada por evitarlo.

—Venga, chicas. Estamos empatadas. Todo se decide en este jodido set. Tenemos que salir ahí a matar. Si perdemos, pues perdemos, pero que no sea por no haber luchado. Este partido pasará a la puta historia del instituto. ¡Será algo épico! —nos grita Ivy mientras hacemos una piña.

Prácticamente ha asumido el papel de entrenadora. Mi padre está demasiado nervioso como para reaccionar y se limita a pequeñas correcciones y a ordenar algunos cambios.

Conseguimos mantener más o menos la distancia, aunque el equipo rival va todo el tiempo por delante en el marcador. Es como si el ambiente en el estadio se hubiese vuelto pesado, cargado de tensión y nervios.

Por suerte para nosotras, en la recta final, la rotación de nuestro equipo nos favorece y es el turno de Ivy a la hora de sacar. La observo con una mezcla de asombro y admiración. Su técnica de saque es sencillamente perfecta. Podría servir para enseñar vóley a cualquier nivel.

Eleva el balón a una altura imposible, salta arqueando la espalda con elegancia y luego lo golpea con una fuerza endiablada, utilizando todo el impulso de su cuerpo para ganar potencia. Lanza contra nuestras rivales un torrente de cohetes imposibles de devolver.

Son saques fulminantes que se cuelan una y otra vez entre la defensa del equipo rival. Busca ángulos endiablados, abrumándolas con su velocidad y precisión. No me extraña que hace dos años la nombrasen mejor sacadora de la Copa Panamericana sub-16.

Los últimos tramos del partido transcurren a cámara lenta, como si estuviésemos flotando en algún tipo de sueño. De pronto, un remate de Ivy que la líbero del equipo contrario recepciona mal nos da el último punto del partido y apenas nos lo podemos creer.

Caigo de rodillas en la cancha, lágrimas rodando por mis mejillas. Ivy corre hacia mí, me levanta y me envuelve en un beso maravilloso. No sé el tiempo que pasamos besándonos, pero el suficiente como para que se forme un corro de jugadoras que aplauden a nuestro alrededor y de que algunos fotógrafos comiencen a disparar fotos entre los silbidos de una parte del público.

Sé que probablemente utilizarán esa foto para acompañar la noticia. Estoy casi segura de que aparecerá en el periódico local y creo que lo han captado también las cámaras de televisión. Por un lado, me siento cohibida, pero también profundamente orgullosa de poder compartir ese momento íntimo con mi novia sin escondernos.

Los vestuarios son una fiesta. Celebramos nuestra reñida victoria con bailes, cánticos y risas. Doce jugadoras semi desnudas saltando y bailando, liberando por fin toda la adrenalina contenida durante el partido y los días previos.

—¡Lo hemos conseguido, joder! —grita Jenna abrazándose a Ivy y a mí.

De algún modo, ha colado tres botellas de tequila en su bolsa de deporte y parte de las chicas ya han empezado la fiesta incluso antes de ducharse.

Y si estaba orgullosa de Ivy durante el partido, escucharla mientras nos asegura que hemos jugado genial y que el título de mejor jugadora del encuentro nos lo debe a cada una de nosotras, me ablanda el corazón. Me llenan de orgullo sus palabras. Ha estado genial, hemos ganado claramente gracias a ella que se ha multiplicado en la cancha y aun así, mantiene la humildad en todo momento.

Esa noche, nos desplomamos en la cama, abrazadas. Ivy me da las gracias entre beso y beso por haber sido su apoyo en estos últimos meses, por haber creído en ella.

—Verte triunfar es el mejor regalo que puedo recibir —le aseguro.

Y entre besos y mimos, entre caricias y palabras de amor susurradas al oído, creo que ya no podría separarme de ella.

—Esto es para siempre —suspira antes de desnudarme.

No digo nada, simplemente me dejo llevar entre sus caricias, pero por un fugaz instante, mi mente racional me recuerda que el curso se está acabando y que tras el verano Ivy se irá a jugar a alguna universidad con un equipo de élite.

Me recuerda que este país es demasiado grande.

Capítulo 19

El gimnasio del instituto no parece el mismo. El espacio, normalmente oscuro, parece haberse transformado en el país de las maravillas para el baile de fin de curso. Elegantes cortinas de telas brillantes cuelgan de las paredes y el techo, dando al espacio un ambiente más íntimo y acogedor.

—Voy a echar de menos este lugar —susurro, apretando la mano de Ivy y dejando escapar un largo suspiro.

He pasado innumerables horas en este gimnasio. Aquí se queda parte de mi vida. Ivy seguirá jugando al vóley en la universidad, pero para mí, aquí se acaba mi historia. Al menos, se acaba con algo grande, campeonas estatales. Nuestro nombre estará grabado para siempre en la historia de nuestro instituto.

En el caso de Ivy, algún día, cuando quizá la veamos participar en unos Juegos Olímpicos o un Campeonato del Mundo, podremos decir con orgullo que estudió en este pequeño pueblo durante un año.

Trato de olvidarme de que el curso llega a su fin. Intento no pensar en ello. Ivy ya ha recibido varias ofertas de universidades que le ofrecen una beca completa. Aún no se ha decidido por ninguna, pero todas quedan muy lejos de Indiana.

Pero hoy tiene que ser una noche perfecta. He soñado con este momento desde que entré en el instituto. Siempre me imaginé que entraría de la mano junto al amor de mi vida.

Nunca pensé que llegaría a estar tan enamorada, tampoco que mi primer amor tuviese fecha de caducidad de tan solo unos meses.

Y es que está radiante con un vestido negro que deja al descubierto sus brazos y hombros, bien torneados en horas de gimnasio desde hace años. Casi me siento celosa al ver que gran parte de los estudiantes giran la cabeza al verla pasar.

—Ese vestido te queda demasiado bien —le susurro.

—Con esos tacones ya casi me alcanzas —bromea ella, mordiéndose el labio inferior.

Mientras nos cambiábamos de ropa en mi casa nos costó toda nuestra fuerza de voluntad no acabar perdiéndonos el baile. Pero es que esta noche Ivy parece una diosa griega. Se lo digo, y me deleito en el ligero rubor que se extiende por sus mejillas. Y me dedica esa sonrisa que adoro, mostrando los pequeños hoyuelos que se le forman a ambos lados de la boca cuando está contenta.

—Tú también estás perfecta —asegura colocando las manos en mis caderas para atraerme hasta su cuerpo.

—Podréis esperar hasta que termine el baile y lleguéis al hotel, ¿verdad? —bromea Jenna a la que le encanta ponernos nerviosas.

Ambas sonreímos, pero ojalá pudiese congelar el tiempo para que se quedase justo en este instante, para que esta noche no se acabase nunca.

Nos juntamos con el resto de las chicas del equipo de vóley. Si en la primera parte de la liga hubo algún roce entre nosotras, todo quedó olvidado en la segunda vuelta. Los triunfos y nuestra lucha sin cuartel para llegar a la final del campeonato estatal nos ha unido más que nunca.

Un par de ellas han traído unas petacas con algún tipo de ponche demasiado cargado de

alcohol que beben a escondidas, mientras el resto aprovechamos para sacarnos *selfies* y asegurarnos de que este momento perdura para siempre.

En cuanto suena la primera canción lenta, cojo a Ivy de la mano y tiro de ella hacia la pista de baile. Me derrito a su lado, mis manos en sus hombros mientras apoyo la cabeza en la curva de su cuello, aprovechando para darle pequeños besos que le ponen la piel de gallina.

Pero, por mucho que quiera que el baile no termine nunca, la música se detiene y el director coge el micrófono para hacer el anuncio que todos esperan.

—Ha llegado el momento de coronar a la reina y al rey del baile —chilla ante los gritos de júbilo de los estudiantes.

Observo por el rabillo del ojo cómo Carrie, la capitana de las animadoras, se estira el vestido con las manos. Una de sus amigas le retoca el peinado, pero si tuviese que apostar, creo que solamente Ivy merece ese honor.

Aprieto su mano mientras el director se hace de rogar, prolongando el anuncio en un modo dramático. Es una de las nominadas, pero tradicionalmente, el premio siempre va a una de las animadoras. No recuerdo la última vez que una chica de nuestro equipo lo ha ganado. Quizá nunca.

—La reina del baile de este año es… ¡Ivy Scott!

Grito a todo pulmón y envuelvo a Ivy en un fuerte abrazo, tratando de no despeinarla mientras beso sus labios. Parece aturdida, como si no esperase haber tenido esa oportunidad, aunque en cuanto nuestros compañeras empiezan a corear su nombre, una encantadora sonrisa se dibuja en su rostro.

Tras coronar al rey del baile, Ivy me coge de la mano y me conduce hasta el centro de la pista de baile. El resto de los estudiantes nos rodea de forma respetuosa, tan solo dos parejas bailaremos la primera canción y puedo ver la mirada de odio que desprende Carrie mientras baila con su novio.

—La segunda parte de este curso ha sido un sueño —susurra Ivy colocando con ternura sus manos en mi cintura.

—Ha sido perfecta —añado sintiendo el calor de su cuerpo junto al mío.

Permanecemos todavía un rato bailando y riendo con nuestras amigas, pero pronto observamos que las primeras parejas empiezan a marcharse.

—Quizá quieras ir ya al hotel. ¿qué te parece? —propongo con un guiño de ojo.

—¿Tantas ganas tienes? —pregunta Ivy alzando las cejas.

—Era solo una sugerencia —me defiendo, aunque contengo la respiración esperando su respuesta.

—Yo me muero de ganas —me asegura mordiendo cariñosamente el lóbulo de mi oreja.

En el vestíbulo del hotel, un recepcionista con aire de aburrido y los ojos saltones nos entrega la llave de la habitación. Seguramente ha entregado ya unas cuantas a parejas de nuestro instituto y le quedarán un buen número de ellas por entregar.

No creo que su imaginación deba hacer ningún esfuerzo para adivinar las intenciones de una pareja de adolescentes vestidas de gala tras el baile de fin de curso.

Al abrir la puerta, me quito los tacones con un gemido de alivio y me dejo caer en la lujosa cama de matrimonio.

—Por algún motivo, esto se siente especial —susurra Ivy tumbándose junto a mí.

Asiento con la cabeza y me acurruco a su lado, apoyándome en su hombro con un suspiro de satisfacción mientras peina mi melena entre sus dedos.

—¿Puedes pellizcarme para ver si estoy soñando? —bromea besando mi frente.

—¡Boba! En todo caso, estaríamos soñando las dos —replico—. Esta noche ha sido…

—Perfecta —responde por mí.

Poco a poco nos vamos desnudando entre caricias y besos. Sin prisas. Apoyo la cabeza en su pecho, trazando distraídos círculos en su vientre con la punta de mis dedos, maravillándome cada vez que tensa sus músculos cuando siente cosquillas, mostrando una deliciosa tableta.

Y decir que la noche es mágica es quedarse muy corta. Mi cuerpo tiembla entre sus manos, me estremezco cuando hacemos el amor. Adoro sus pequeños gemidos junto a mi oído, me vuelve loca todo en ella y lo último que deseo en este mundo es perderla.

Es una noche de una intimidad exquisita, completa, nada que ver con el sexo precipitado que algunos de nuestros compañeros estarán teniendo en este mismo hotel.

Esto es diferente.

Muy diferente.

—Recordaré esta noche el resto de mi vida —murmura Ivy tras un largo bostezo.

Cubro su cuerpo desnudo con una sábana y beso su frente. No quiero estropear esta noche. No deseo romper la magia. Ya habrá tiempo de decirle que no puedo pagar una carrera universitaria fuera de Indiana.

Y mientras ella duerme tranquila, su respiración pausada, abrazándome de vez en cuando como si quisiese que formase parte de sus sueños, las lágrimas ruedan libres por mis mejillas. Quizá sería mejor romper antes de ir a la universidad. Nos ahorraríamos problemas.

Ella estará lejos, conocerá a alguna chica maravillosa y poco a poco se olvidará de mí. Casi prefiero que lo nuestro se acabe antes, que sigamos manteniendo nuestra amistad por mucho que duela, antes de exponerme a una infidelidad que dolería mucho más. Eso sí que me partiría el corazón.

Capítulo 20

Mis manos tiemblan mientras me abrocho el último botón del vestido. Hoy es el gran día. La culminación de largos años. El día de la graduación. Dejaré atrás muchas cosas buenas; los amigos, alguna fiesta, el equipo de vóley. También cosas malas.

—¿Puedes ayudarme con la mierda esta de la cremallera? —pregunta Ivy que sigue peleándose con su vestido. Es lo que tiene no estar acostumbrada a llevarlos.

—Todo listo —mascullo, poniéndome de puntillas para darle un pequeño beso en la nuca.

—No me puedo creer que por fin haya llegado el día de la graduación. Parece que fue ayer cuando intentabas llamar mi atención en la clase de educación física —bromea Ivy girándose para besar mis labios.

—Joder, yo diciéndote que si necesitabas ayuda para ejecutar un saque de vóley. ¡Qué vergüenza! —admito, poniendo los ojos en blanco al recordar aquel día que parece estar ya en la prehistoria.

—Han cambiado muchas cosas desde entonces —reconoce.

—Mira todo lo que has conseguido.

—Lo que hemos conseguido —corrige—. Creíste en mí cuando ya me había rendido. Nunca lo olvidaré.

—Prométeme que nada cambiará entre nosotras —susurro contra su pelo.

Y es que en cuanto le diga que sé desde hace varias semanas que no podré ir con ella a la universidad no creo que se lo tome demasiado bien, y no la culpo. Debí decírselo en el mismo momento que lo supe, pero no encontré el momento adecuado.

Ya en el instituto, nos unimos al resto de los estudiantes que hacen cola a la puerta del gimnasio, donde nos entregarán los diplomas. Al entrar, veo a mi padre sentado en la grada, una sonrisa de orgullo en su rostro en cuanto le saludo con la mano.

—¿Esto está ocurriendo de verdad? —suspira Ivy, cogiendo mi mano para entrelazar nuestros dedos.

—Está ocurriendo de verdad —repito como una boba.

Uno a uno, van llamando nuestros nombres y nos detenemos en el escenario para aceptar nuestro diploma y hacernos algunas fotos. Cuando llega el turno de Ivy, me pongo en pie de un salto, silbando y aplaudiendo, gritando su nombre con orgullo, sabiendo que hace unos días reconoció que por momentos pensó que nunca terminaría el instituto.

Tras la ceremonia, hay muchas lágrimas y abrazos. Nos despedimos de nuestros compañeros con tristeza. En el fondo, a la mayor parte de ellos les veremos durante el verano, pero esto suena a un adiós. O al menos, a un hasta luego.

—Siempre seremos como hermanas —nos asegura Jenna fundiéndose en un largo abrazo con nosotras y dejando escapar algunas lágrimas.

De pronto, mi corazón se detiene. Ivy se queda pálida. Hacia nosotras llega un hombre que camina inseguro entre la gente a pesar de su gran tamaño, como si fuese un pez fuera del agua. Su padre.

Por unos momentos, se queda paralizada, atónita. Luego, muy despacio, vacilante, se acerca a él. Abre los brazos tímidamente y le abraza, hundiendo la cara en su pecho.

—Estoy muy orgulloso de ti, pequeña —suelta su padre de golpe, acariciando su pelo—. Sé que llegarás lejos. Siento no haber estado ahí para ti en los dos últimos años.

Ivy se limpia las lágrimas con la mano, aunque no sabe qué decir. Creo que ninguna de las dos esperábamos esto. En los últimos meses ha pasado mucho más tiempo en mi casa que en la suya, tratando de evitar a su padre a toda costa.

Una vez repuestas de la sorpresa, Ivy me coge de la mano separándome del resto de la gente y me lleva a un lugar apartado. Nos sentamos en un banco y su expresión se torna seria.

—Es raro que esto se acabe —murmura, hurgando en un hilo suelto de su vestido.

—¿Ya has decidido en qué equipo jugarás? —pregunto en un intento de sacar el tema sin estar muy segura de cómo seguir.

—¿Y tú, Amelia? ¿Tú lo has decidido? ¿Sabes ya a qué universidad irás? —espeta y su tono se ha vuelto agresivo.

De pronto, me quedo sin palabras. El momento ha llegado mucho más rápido de lo que esperaba y no tiene nada que ver a como me lo había imaginado. Respiro hondo, ponderando lo que quiero decir, deseando que este instante no hubiese llegado.

—El caso es que… —tartamudeo insegura—. No puedo permitirme estudiar fuera del estado. Estoy admitida en Purdue y en Indiana University. Ambas tienen excelentes programas de ingeniería y…

—¿Y desde cuándo sabes eso? —me corta clavándome la mirada.

Me estremezco al percibir el dolor en su tono de voz.

—Ivy, lo siento, yo… sé que debí decírtelo antes pero no encontraba el momento adecuado para hacerlo. Las últimas semanas han sido tan perfectas que no quería estropearlo y…

—Y has preferido no decirme nada, claro. Ignorarme. Para qué vas a confiar en tu novia, ¿verdad? —me interrumpe de nuevo y lo cierto es que no tengo ninguna explicación que ofrecer.

—Sé que la he cagado. Lo siento. No es que no quisiera decírtelo. No sé cómo explicarlo, Ivy, perdón —añado sin saber qué más decir.

—¿Cómo crees que me siento yo, Amelia? ¿Cómo imaginas que me hace sentir que mi novia no me incluya en sus planes para el futuro? Creí que no iba a haber secretos entre nosotras.

—Ivy, yo…

—Ni yo ni nada. No sabes lo que me ha dolido. Intenté disimularlo lo mejor que pude, pero a pesar de lo bien que estábamos, cada vez que pensaba en ello me rompía por dentro —confiesa bajando la mirada.

—Lo siento.

—Respondiendo a tu pregunta, he aceptado la beca de Purdue. Estaremos juntas en West Lafayette.

—Pero… ¿lo dices en serio? Pensé que querías ir a California o Florida.

Me quedo sin palabras ante su anuncio. Casi puedo asegurar que lo he escuchado mal.

—Ya bueno, eran demasiados kilómetros como para estar separada de ti. Lo he arreglado con admisiones para compartir habitación a pesar de que no estás en el equipo, así que ahora no la jodas y me digas que prefieres estudiar en Indiana University.

—Pero Ivy… no lo entiendo —mascullo.

—¿No lo entiendes? Tú eres mi sueño, no el vóleibol. Voy a un buen equipo, pero el

principal objetivo era estar a tu lado —admite enredando un mechón de pelo en el dedo índice.

—¿Desde cuándo lo sabes? —pregunto con miedo.

—Desde hace dos semanas.

—¿Puedo preguntar cómo te has enterado?

—Me lo dijo tu padre. Ya que tú no acababas de decir nada, se lo pregunté directamente. No era tan difícil habérmelo dicho, Amelia. No es ninguna vergüenza. Si yo no tuviese una beca completa ni siquiera podría haber ido a la universidad, mi padre se gastó todo nuestro dinero.

—Joder, no te merezco —le aseguro, abrazándola con fuerza y llorando en su cuello.

—Sigo enfadada contigo —me recuerda—. Has sido una gilipollas, pero te he dicho que lo nuestro es para siempre y no tengo intención de cambiar de opinión.

Capítulo 21

Dos meses más tarde.

—Pues ya está. Es la última caja. Oficialmente nos hemos mudado a un dormitorio de la universidad —exclama Ivy en cuanto terminamos de desempaquetar nuestras cosas.

Sonríe y se deja caer sobre el colchón.

—Nuestro hogar lejos del hogar, como suele decirse —añade señalando con el dedo la pequeña habitación que será nuestra casa durante el año académico.

Me tiro yo también en el colchón y la rodeo con los brazos.

—Cuesta creer que estemos aquí juntas, ¿verdad?

El campus universitario al completo bulle de actividad. Multitud de estudiantes instalándose en sus habitaciones. Algunos veteranos, otros están tan perdidos como nosotras.

La mayor parte del dormitorio en el que nos quedamos está reservado a estudiantes que forman parte de los equipos deportivos de la universidad, con algunas excepciones como yo misma, que se me ha permitido quedarme para compartir habitación con Ivy.

Y menos mal que me quedo con ella, porque alguna de las chicas que caminan por el pasillo con solo una toalla enrollada en su cuerpo tras salir de las duchas comunes quitan la respiración.

—Piensa en todas las aventuras que nos esperan en este lugar —bromea Ivy colocándose sobre mí para besar mis labios.

La primera semana transcurre en un torbellino de actividades. Sesiones de orientación, visitas guiadas por el campus universitario, reuniones con los tutores. Aunque el momento en el que Ivy me presenta a sus compañeras del equipo de vóley y me siento con ellas a comer marca algo especial. Por unos instantes, siento envidia de lo que tiene. Envidia sana, la apoyaré siempre, pero me gustaría poder formar parte de ese equipo.

Verlas entrenar es una auténtica maravilla. Su nivel no tiene nada que ver con el que teníamos en el instituto e incluso a Ivy le cuesta destacar. Claro que es una estudiante de primer año y tiene mucho que mejorar, pero aun así, el nivel es altísimo. Un jodido sueño.

Aunque se ha matriculado en la carrera de Educación física, ya en la primera semana está descubriendo una nueva pasión por la escritura, sobre todo por la poesía. Se me hace raro verla escribir poemas que son capaces de transmitir unas emociones tan profundas que a veces te sacan una lágrima.

El campus universitario está ubicado en una pequeña ciudad, más grande que Asteria Heights, por supuesto, pero pequeña al fin y al cabo. El propio campus es mucho más grande. Aun así, guarda pequeños tesoros que poco a poco vamos descubriendo como acogedores cafés o nuestros románticos paseos por un parque cercano.

No es que la transición a la vida universitaria esté exenta de retos. Yo echo muchísimo de menos a mi padre, a pesar de que estamos a poco más de una hora en coche.

Por algún motivo, a menudo sorprendo a Ivy observando fotos de su madre, su mirada llena de nostalgia. Supongo que se sentiría muy orgullosa si pudiese verla ahora.

En nuestro segundo día, nos perdemos por West Lafayette en busca de una heladería. Debemos parecer dos idiotas, mirando alrededor y riéndonos hasta que nos duelen las

costillas.

Cuando por fin encontramos la heladería, juro que es el mejor helado de chocolate que he probado jamás. Ivy pide una cantidad ridícula de *toppings*, dispuesta a probar todo lo que la heladería tiene que ofrecer. Y cuando la veo con un poco de nata montada en la punta de su nariz, me parece lo más adorable de este mundo.

Momentos como ese me recuerdan cada día lo afortunada que soy de tenerla a mi lado. Ilumina mi vida como nadie lo había hecho. Me desafía, me apoya. En suma, hace que cada día parezca especial a su lado. No puedo ni empezar a imaginarme un futuro sin ella.

Tras el helado, nos tumbamos bajo las estrellas en el jardín que hay frente a nuestro dormitorio. Cogidas de la mano, soñamos con planes futuros. Ivy quiere viajar por el mundo, volver al equipo nacional, quizá jugar al vóley en Italia o en algún otro país europeo.

—Iremos juntas a todas partes —le aseguro, girándome para besar su frente.

Y cuando me recuesto con la cabeza apoyada sobre su pecho, es como si todo el mundo hubiese desaparecido de repente. Tan solo parece quedar el calor que desprende el cuerpo de Ivy y los latidos de su corazón bajo mi mejilla.

—Te quiero —susurro, cogiendo su mano y alzándola para besar sus nudillos.

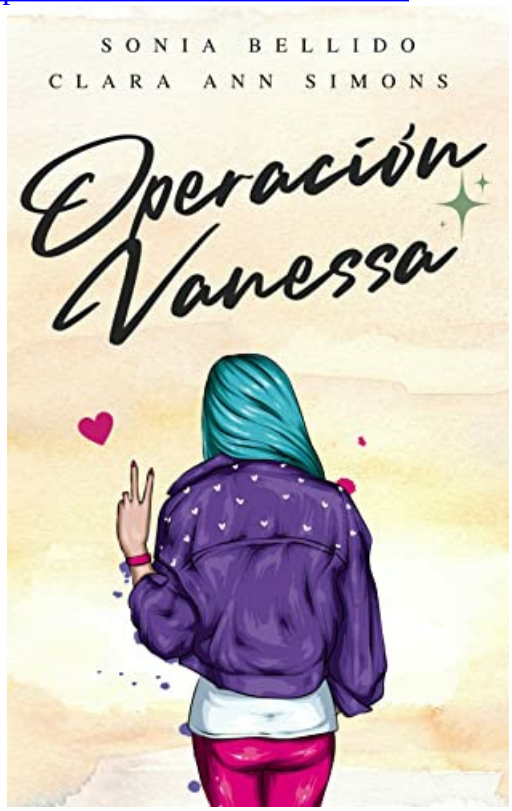
Y en ese momento perfecto, tengo claro que quiero pasar el resto de mi vida con ella. No nos separaremos jamás.

Otros libros de la autora

Si te ha gustado este libro, seguramente te gustarán estos otros libros de romance juvenil con protagonistas LGTB+. Y por favor, no te olvides de dejar un comentario en Amazon o Goodreads. No te lleva casi nada de tiempo y es importante para que otras personas encuentren el libro.

¡¡¡Muchas gracias!!!

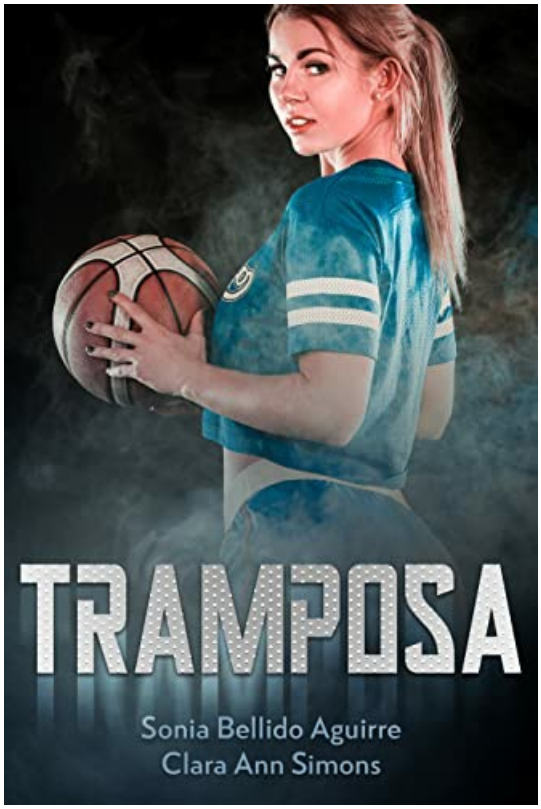
Operación Vanessa https://relinks.me/B0C6MNC5HV



Mentirosa https://relinks.me/B0BB8BCGBL



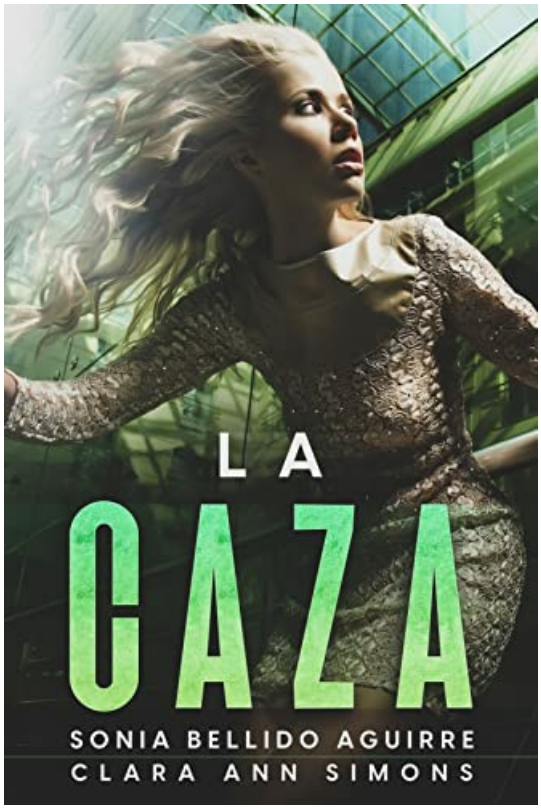
Tramposa https://relinks.me/B09J2LGZ5T



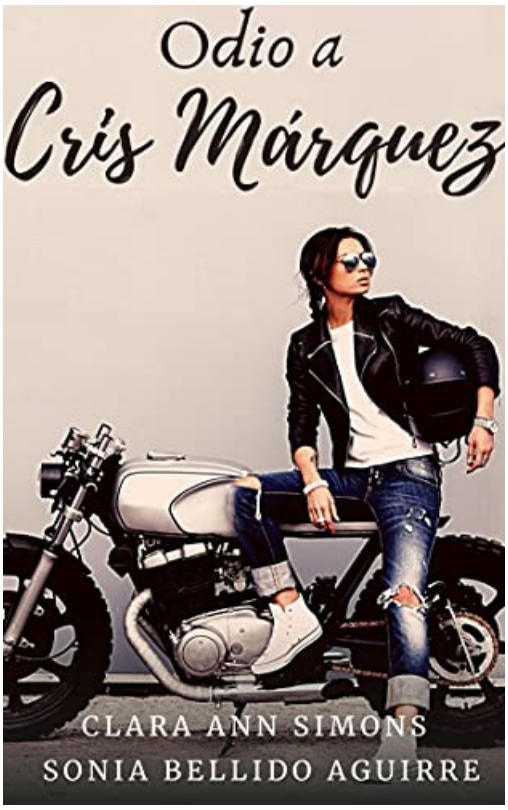
Enfrentadas https://relinks.me/B09SDMR6F6



La caza https://relinks.me/B09YCHDTVH



Odio a Cris Márquez https://relinks.me/B0972PKWJ7



Aquel restaurante junto al lago https://relinks.me/B09G4NVJ65

